

EL DRAGÓN ROJO

JULIO GARCÍA ROBLES



紅龍

Tai chi chuan, el arte del Dragón



May es una chica especial, tiene un talento innato para las artes marciales. Aun así se verá obligada a huir de su tierra con la llegada de un terrible tirano al poder. En busca de un maestro que forme su arte en mente y cuerpo, llegará al Reino de Azahar, donde conocerá un nuevo mundo y encontrará el amor que nunca conoció, dejando atrás la tragedia y su obsesión por regresar en busca de venganza. Sin embargo, un verdadero dragón no conoce la paz, su destino es la batalla y la sombra del mal la persigue atroz hasta hacerla enfrentarse al misterio de su propia existencia.

El Dragón Rojo
Primera edición 2021



© Julio García Robles
© Bebuki Rock

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra



EL DRAGÓN ROJO

El Dragón Rojo es una novela de Julio García Robles donde nos relata las peripecias de una joven discípula de artes marciales que guarda en su interior el misterio divino y la fuerza del kung fu. El autor imprime en esta aventura su carácter y estilo propio con escenas crudas y esos momentos emotivos que sellan sus obras.

EL AUTOR

Julio García Robles es diagramador, escritor y fotógrafo de naturaleza. Diplomado en Gestión Medioambiental por la Universidad de Cádiz; entre otros, cuenta entre sus trabajos de divulgación científica con los libros *Devoradores de hombres* y *Lobo*. Ha llevado adelante proyectos de conservación en numerosos países, destacando su trabajo como agente social en programas ONG de Desarrollo. Es precisamente en estos largos viajes donde compagina historia y leyendas para dar vida a los personajes mágicos de sus novelas, siempre llenas de aventuras y emociones: la saga *Uma Soona*, *Sarima Vamp*, *El pequeño Budy* y *el Dragón Blanco*, *La leyenda de Perpintres*, *Planeta Z Muerto*, *Los crímenes de mi querida mamá*, *Las aventuras de Calamity Queen*, *Un poema para mi general*, *Socarrats*, *Valentine*, *El Enterrador*...

EL DRAGÓN ROJO

May abrió los ojos y brillaron como pedacitos de hielo envueltos en lágrimas. Permanecía con las rodillas hundidas en el barro ante una tumba abierta. Llovía en aquella fría mañana de principios de invierno; el agua calaba las telas y pieles que la vestían. Cubierta por una capucha, miró el cielo gris y las gotas salpicaron sobre su cara pecosa, tan triste. Luego observó el cuerpo amortajado de aquel anciano que yacía con una sonrisa muerta. Suhyu se fue sin un abrazo, sin un beso, sin un adiós. Descansaría por siempre, como era su deseo, al pie del gran roble de la sabiduría frente al templo de Dhyana. Había pasado algo más de una década desde que Suhyu la acogiera en aquel hogar de bondad y meditación, ahora convertido en ruinas. Tantas risas, tanto amor y ya no quedaba nada. Solo ella, con su pena y ese llanto oculto que devoraba su alma y le hacía temblar el mentón.

Un anciano monje, rapado, de extraña sonrisa, sin apenas dientes, de grandes orejas y hábito pardo, la miraba cabizbajo apoyado en un bastón. En la mano tenía una pala de madera y en el hombro, un viejo zurrón colgando.

May se alzó y asintió levemente.

El monje respondió con una mueca triste de resignación y preparó la pala.

La tierra cayó sobre el cuerpo marchito y ella, incapaz de ver más, retrocedió para fijar sus ojos ante las ruinas del antiquísimo monasterio que otrora fuera su hogar, donde aprendió sobre el yin y el yang de la vida: la noche y el día que siempre llegan, la calma y la tempestad que todo lo pueden. Donde conoció el whusu eterno de las artes marciales: agua,



tierra, madera, fuego y metal; acción y meditación, maestría en el arte de la guerra y en el don de la paz. Un demonio se lo arrebató todo y le abrió los ojos al mal. Su corazón, pleno de bondad y humildad, se colmó de dolor e ira. ¡Venganza!

La venganza no es el camino. El karma, esa energía que se genera con cada acción, que todo lo vive, tiene su causa y efecto, su retribución transcendental. El bien y el mal... Sí, el bien y el mal pueden ser relativos o no, pero existen. Cada cual es libre de elegir, de tomar un camino u otro, en una ocasión u otra, pero debe aceptar las consecuencias.

Sin mirar atrás, May comenzó su camino bajo la lluvia.

—¡He! —la llamó el monje.

Ella se detuvo y volvió la vista sin alzar la cabeza.

El monje le lanzó el viejo zurrón y después, el bastón.

May tomó ambas cosas al vuelo. Curiosa, abrió el zurrón y observó en el interior un mendrugo, una taleguilla de frutos secos y algo de queso enmohecido. Apretó los labios y sin más, retomó sus pasos. En su mente, un destino tan lejano como cierto aguardaba: ¡venganza!

Conforme se alejaba, alimentaba su odio arrastrando un infierno donde encontraba el calor que necesitaba. Con cada paso, la sangre parecía hervir un poco más en sus venas. Atrás quedaba la tumba de su maestro, el templo de sus meditaciones... Toda su vida convertida en nada. En sus ojos amaneció esa expresión sin sentido, tan tenebrosa como inquietante, a la par que perdieron el azul hielo del iris y se volvieron oscuros, negros. Así, como una muerta en vida, sin nada que amar, querer ni perder, dio sus primeros pasos en busca del dragón, sin comprender que en su alma anidaba el más mortal de los dragones.

CAPÍTULO I

Entre los escarpados riscos, sentada sobre una gran piedra, May descansaba con las manos en los costados, resoplando su esfuerzo. Con cierto desdén, se limpió las lágrimas de los ojos; de esos hermosos ojos que con el sol parecían azul hielo y con la sombra, negros por completo. Se quitó la capucha y se acarició la cabeza, rapada casi al cero. Con ambas manos, se frotó las orejas y las mejillas para entrar en calor. Luego mordió el último trocito de queso enmohecido que quedaba en el viejo zurrón y suspiró, degustándolo hambrienta. Pan ya no tenía, ni frutos secos. Observó la nieve que comenzaba a cubrirlo todo y más allá, en cotas bajas, el enorme bosque de cedros que se abría ante ella. Al momento, se descalzó un pie; lo notaba hinchado, helado. Miró con resignación los agujeros de su grueso calcetín: el dedo gordo y alguno más asomaban descarados. Arrugó los labios y se dio un masaje en el tobillo, en la planta del pie y en los dedos.

La joven llevaba varios días descendiendo sin apenas descansar. Las cumbres heladas quedaban atrás, como todo lo que había conocido, lo que había amado. Muerto y enterrado el maestro Suhyu, solo la distancia prudente podía darle cierta paz y, tal vez, la oportunidad de vivir para regresar un día.

El graznido de un cuervo la puso en alerta. Un águila real pasó por encima, cerca, demasiado cerca, cubriéndola con



la sombra de su alargada silueta. El cuervo desapareció. May quedó ensimismada con la majestuosidad de aquella reina del cielo, tan hermosa como poderosa, la cual hizo un quiebro para alzarse potente en el azul, muy alto, a la vez que lanzaba estridentes silbidos.

De pronto, la rapaz plegó las alas y se lanzó en picado.

May observaba con detenimiento, conforme se calzaba de nuevo el pie. Ese águila... Notó una sensación sofocante recorrerle el cuerpo hasta alcanzar sus mejillas; un calor que alertaba sus instintos y clavó la mirada en el ámbar de los ojos de la gran rapaz. Apenas en un suspiro, el águila estaba sobre ella, estirando hacia delante las poderosas garras, afiladas como puñales. La joven echó rápidamente el cuerpo hacia atrás, dejándose caer de espaldas, esquivando la fatal embestida en su rostro por un escaso palmo. De soslayo pudo ver las pihuelas de cuero que calzaba la rapaz. Sin duda, era un ave de cetrería. Se incorporó rápidamente, conforme volvía la cabeza a ambos lados. A lo lejos vio descender varios jinetes cabalgando sobre pequeños caballos.

Un fuerte impacto en su espalda la hizo caer de frente: el águila estiraba sus grandes alas sobre ella, conforme trataba de hacer presa en algo más que una capa. La joven gritó al notar las aceradas garras penetrar en sus carnes y se revolvió violentamente, cayendo por el cortado. Rodó montaña abajo golpeándose entre las rocas, la nieve y los matojos, por veinte pies o más, hasta alcanzar la orilla de un arroyo que serpenteaba encajonado entre montañas.

La rapaz voló.

May se alzó temblando, palpó las heridas de su espalda, miró su mano ensangrentada y alzó la vista. En la cima del cortado aparecieron los jinetes, eran al menos siete. Desafiante, se mostró en silencio a la vez que vigilaba el

vuelo del águila, la cual se alzaba de nuevo en las alturas. Les vio trotar buscando una senda que los llevara hasta ella. Corrió entre dos rocas que formaban un corredor hacia el valle, por donde transcurría el arroyo hasta desembocar en un acaudalado río de aguas rápidas.

Uno de los jinetes saltó de su montura y apuntó con un potente arco de astas. Silbó la saeta, salpicando nieve y esquirilas apenas a unos palmos de la cabeza rapada de May, la cual se giró y vio al arquero apuntando de nuevo. Acosada, se lanzó al río. El impacto con el agua helada la hizo estremecerse. Nadó como pudo, tratando de vencer el entumecimiento de los brazos, chocando con los salientes de piedra, tragando agua sin remedio. Angustiada, quiso llegar a la orilla. Pero el impacto de una saeta sacudió su muslo derecho, haciéndola perder por completo el control. Arrastrada, se golpeó la espalda, los brazos y las piernas con varias rocas, hasta notar un fuerte impacto en la cabeza.

Al momento, su cuerpo se mecía inerte al antojo del serpenteante río.

En la distancia, en lo más alto del cortado, apareció el general Shojuko vestido con cota de escamas negra, tal como sus defensas, altas botas y la larga capa que lucía. De tenebrosa mirada, su rostro, cabello y pensamientos quedaban ocultos bajo un horrible yelmo con largos cuernos de búfalo. Con la mano izquierda sujetaba un labrys, ese enorme hacha de doble filo; con la mano derecha, cubierta por un guante de afiladas garras de metal, así las riendas del hermoso caballo blanco que cabalgaba, un animal salvaje al que solo el general podía acercarse sin que estallara a coces y mordiscos. Con suave trote, avanzó y quedó pendiente del cuerpo de la joven que se perdía montaña abajo, arrastrado por las heladas aguas.



Cabalgando hermosos caballos zaínos, una columna de lanceros, uniformados de negro total, con turbantes y máscaras de hueso por cara, le siguieron y quedaron atentos a un costado. Era la temida Guardia Negra del general Shojuko. Esperaban órdenes. No tardaron en llegar también los siete jinetes con sus pequeños caballos y, sin mentar palabra, quedaron al otro lado del general observando a la muchacha hasta que desapareció engullida por el río.

—Le di, no escapará —dijo finalmente uno de los jinetes, el arquero.

Shojuko le miró de inmediato con esos ojos oscuros sin expresión alguna. Rechinó los dientes y sin más lo tomó del cuello de un severo golpe, con aquellas afiladas garras. Y lo alzó al aire, descabalgándole brutal.

—Estúpido —susurró con una voz gutural que parecía salida del mismísimo infierno. Luego, sin soltar, apretó con fuerza.

El afilado metal del guante penetró en la carne.

Se escuchó un crujido y un agónico quejido.

El arquero cayó en tierra, temblando los pies y las manos.

—¡Traédmela! ¡A qué esperáis! —exclamó Shojuko dirigiéndose a los demás.

Los seis jinetes cabalgaron rápido montaña abajo.

Shojuko desmontó sin prisa y guardó el labrys en una trinchera de su caballo blanco, junto a la silla de montar. Se acercó al precipicio limpiando con una tela la sangre de su guante y se situó en el mismo borde. Luego estiró su brazo y el águila real descendió para posarse majestuosa sobre este. Acarició las plumas de la gran rapaz, las de los costados y el cuello, con cierto cariño, sin apartar la mirada del río.

—Oscurece, mi general —se acercó el capitán de la Guardia Negra.

—Está viva, lo sé... Acamparemos aquí mismo y si esos inútiles no la encuentran, al alba seguiremos el rastro hasta dar con ella.

En un recodo de aguas tranquilas, el cuerpo de May reposaba marchito, boca arriba, con la saeta atravesándole el muslo. La helada nocturna traía consigo el oscuro manto de la muerte. La joven entreabrió los ojos, se arrastró para salir del río y trató de levantarse. Cayó de inmediato, de bruces, al apoyarse en la pierna herida y quedó agazapada contra unas rocas. Tenía un frío horrible, su ropa mojada se estaba convirtiendo en una cruel mortaja. El dolor la mataba y a lo lejos se oía el eco de los pequeños caballos. Suspiró conforme sus ojos se cerraban, pensando si era su fin. Entonces, unas grandes manos la tomaron de un costado y de la cintura; en nada, se vio alzada en brazos de una persona que más bien parecía un oso de lo enorme que era, por las gruesas pieles que lo cubrían y el hedor que desprendía.

Cuando los jinetes alcanzaron aquel recodo tranquilo, nada vieron y siguieron con la búsqueda, alumbrando con las antorchas río abajo, sin percatarse de que una gran figura peluda les vigilaba entre dos rocas distantes con May en brazos.

Ella cerró los ojos sin fuerza para más.



CAPÍTULO 2

En la oscuridad de una profunda cueva, las llamas de la hoguera mecían las inquietas sombras que la calentaban. Al lado, en una cama hecha de abundantes hojas secas, May dormitaba desnuda, sudorosa, presa de sus propias pesadillas: monstruosos demonios y engendros sin nombre atormentaban su cuerpo y el continuo graznido de un cuervo sacudía su mente. El hermoso tatuaje de un dragón rojo que le recorría los hombros, desde una mano a la otra, pasando por detrás del cuello, parecía agitarse vivo con cada espasmo que ella daba.

De pronto, May abrió los ojos, jadeando sus miedos y se incorporó veloz para quedar sentada. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Desconcertada trató de recordar, de situarse. Una enorme figura pasó entre las penumbras dando cortos gruñidos. Alarmada, la joven fue a levantarse, pero chocó contra el techo de la cueva y cayó con la mano en la frente. Se alzó con cuidado y anduvo varios pasos hasta poder incorporarse por completo. Entonces se dio cuenta de su desnudez: un estrecho trapo cubría su cintura y una venda, el muslo herido. Escuchó un ronquido fuerte y tragó saliva al ver un enorme oso pardo al otro lado de la hoguera, una bestia gigante que no paraba de dar pequeños gruñidos conforme arrugaba los belfos.

El oso se tumbó y apoyó su grandiosa cabeza cerca de la hoguera; resopló alzando arenilla, ascuas y cenizas. Luego miró a la joven con sus pequeños ojos castaños y la ignoró como si nada fuera; bostezó y se volteó panza arriba para restregar el lomo contra tierra.

May observaba atenta, sin saber qué hacer. Al momento, el oso se puso a cuatro patas y anduvo como despistado, acercándosele, rodeando la hoguera. Ella retrocedió buscando con la mirada un palo, una piedra o algo con lo que defenderse. El animal se alzó sobre las patas traseras, rugiendo levemente. El palpitar del corazón de la joven se aceleró rápidamente, tal cual el dragón de su piel se tornaba rojizo intenso. Instintivamente adoptó la figura de combate kung fu. Pero el oso, en vez de embestirla, se sentó sobre los cuartos traseros y quedó allí curioso, venteando con su trufa negra los olores de la cueva y de aquella humana.

—Acuéstate, estás débil —se escuchó una voz ronca.

May se giró desconcertada y vio a un hombre de avanzada edad, grande, enorme, tanto como el oso; de más de dos metros de alto, larga barba y melenas blanquecinas, tal cual esas pobladas cejas. Llegaba con una presa en la mano, una liebre, y con un arco cruzado en su ancha espalda. Sin decir palabra, ella retrocedió hasta el camastro y tomó unas pieles que vio, aquellas que le hacían de almohada; se cubrió y quedó sentada, pendiente de todo.

El desconocido se acomodó tranquilamente frente a la hoguera para desollar la liebre con las manos desnudas y un puñal. La cabeza, la piel y las entrañas fueron rápidamente devoradas por el oso conforme la carne se asaba sobre las brasas. El hombre se puso de cuclillas ante May con un paño entre las manos. Lo deslió y apareció un unguento de fuerte olor a hierbas. Sin rubor alguno, desplazó a un lado



las pieles que cubrían las piernas de la joven, que nada hizo más que mirar desconfiada; y comenzó a retirar la venda del muslo. Lavó la herida y posó el unguento con suaves caricias, impropias de un hombre que se veía tan bestia, tan salvaje y con esas enormes manos llenas de callos y pelos.

—Sanarás, la saeta atravesó limpiamente la carne. Además, tu cuerpo reacciona rápido, muy rápido, más de lo que esperaba. Te quedará una bonita cicatriz, nada del otro mundo —expuso el extraño. Luego continuó posándole unguento en las heridas causadas por las garras del águila en la espalda y las producidas por tantos golpes como se dio contra las rocas del río. Finalmente, vendó de nuevo la herida de la saeta, le cubrió la pierna y se acercó a la hoguera para voltear la carne de la liebre sobre las brasas.

May estudió atenta al hombre y luego, al oso. No sabía nada de aquel extraño personaje. Aun así relajó su mente, consciente de que estaba a salvo. Luego comenzó a examinarse las heridas en piernas, costados y brazos; y ese chichón en su cabeza rapada. Su cuerpo sanaba rápidamente, algunos cortes y hematomas habían desaparecido.

—Bonito tatuaje —aseguró el hombre.

Ella se miró los brazos, el dragón que recorría su cuerpo de una mano a otra. Y cubrió su desnudez con las pieles.

—Tú ropa ya estará seca. Allí, sobre la piedra —le indicó el hombre con un gesto tranquilo—. ¿Sabes lo que es ese dragón?

May no respondió.

El extraño tomó la liebre con una mano y mordió con ansia, saboreando la carne. De pronto, como si esperara una respuesta, clavó su mirada en May. Sin más, asintió y lanzó los restos del asado ante las fauces del oso. Desaparecieron de un bocado.

May apretó los labios con cierto disgusto: no había liebre para ella.

El desconocido tomó un cazo y se alzó.

—Bebe —dijo ofreciéndoselo.

Ella miró en el interior. Tenía tanta hambre. Una especie de agua sucia y con tropezones colmaba el cazo. No había liebre, solo aquella cosa verdosa.

—Llevas tres días haciendo de marmota, sin tomar sólidos; te sentará bien. Ya comerás carne mañana, si logro abatir algo. La caza escasea con este tiempo. Está comenzando a nevar de valiente ahí afuera, pronto caerá la gran nevada invernal —aseguró el extraño y sin más, dio un potente eructo, se recostó en el suelo, al calor de la hoguera, se apoyó en la panza del oso y cerró los ojos.

May quedó perpleja. Aquel hombre se había quedado dormido en un suspiro, no sin antes relajarse con una ventosidad que le hizo arrugar la nariz. Dejó el cazo en el suelo y se levantó con cuidado para vestir su cuerpo. Por unos momentos, conforme se ajustaba la ropa, observó de nuevo al hombre y al oso. Después tomó un palo de la hoguera, lo preparó a modo de antorcha y anduvo buscando una salida. Avanzó por una oscura galería que ascendía en su camino, angosta a menudo, amplia en otras, hasta que comenzó a ponerse nerviosa. La llama se consumía, cada vez se veía menos y no hallaba salida alguna. Resbaló para quedar boca abajo, con la cara embarrada, en un apestoso lodazal de guano; sobre ella, centenares de murciélagos dormitaban. El fuego se apagó en el suelo enfangado y quedó en la más absoluta oscuridad. Palpando con las manos, logró avanzar sin saber si iba o venía, rozando piedra y golpeándose varias veces en la cabeza. Tropezó con los dedos de los pies contra una roca y quedó sentada, gimiendo su dolor.



Pasado un buen rato, estiró de nuevo los brazos hacia delante, tratando de palpar algo en la oscuridad, con ánimo de seguir. Quedó quieta: acababa de tocar pelo, mucho pelo. Aquello era algo muy peludo y caliente. Movi6 las manos, recorriendo lo que parecía ser un enorme lomo; enseguida notó una gran cabeza, unas orejas redondeadas y un hocico. Aunque no veía nada, sabía que estaba frente a aquella bestia, seguro el oso pardo. Un corto gruñido así se lo confirmó. Para su consuelo notó que el animal se movía, se alejaba. Temerosa, se incorporó a gatas y comenzó a seguirle posándole una mano en el lomo para no perder el contacto.

May anduvo junto al oso completamente a oscuras y por largo tiempo, hasta que sintió una bocanada de aire fresco y vio un poco de luz en la distancia. Con cierto entusiasmo, aceleró sus pasos. El enorme animal la había llevado hasta la boca de la cueva. Por fin, un cielo colmado de estrellas brillaba sobre ella. La cueva se encontraba en la ladera escarpada de una montaña cubierta de un extenso manto de nieve. No sabía dónde estaba, aunque seguro que no muy lejos de aquellos jinetes, del águila real y de Shojuko. Con un gesto de resignación, se sentó en un saliente y se cubrió bien con las pieles.

El oso se acomodó al lado, como queriendo darle compañía.

May trató de calmar sus miedos y se apoyó en aquel lomo peludo que le trasmitía calor y seguridad. Allí quedaron por largo tiempo el oso y ella, en la cima del saliente rocoso, observando el valle nevado y el lejano bosque de cedros.

—En un par de días debemos marchar —se escuchó.

Aquel hombre que había rescatado a May estaba allí con una gran antorcha en una mano y el cazo de agua verdosa en la otra.

—Necesitas recuperar fuerzas —le dijo ofreciéndole de nuevo el caldo.

Ella le miró seria, sin decir nada.

—Esos malditos demonios te andan buscando por todas partes, no se cansan. Ladrones, mercenarios, engendros y asesinos de todas clases también, y no son pocos. Muchos piensan que has muerto, pero él sabe que estás viva. Así que aquí no estás a salvo, te encontrará. Debes aprovechar el invierno, la gran nevada, para alejarte y huir lejos de aquí. Saldremos temprano, te acompañaré hasta el Valle de los Mil Lagos.

—No —saltó ella—. Tengo mucho que hacer aquí.

—No tienes nada que hacer aquí, no seas niña estúpida. Marcharás al valle y desde allí embarcarás hacia las tierras del Levante peninsular, donde estarás a salvo en el reino de Azahar.

—¿Qué reino es ese? ¿Y qué he de hacer allí? Mi lucha está aquí.

—No hay lucha que te devuelva la paz. Abre los ojos, despeja tu mente. Escucha: una vez llegues a puerto, te dirigirás hacia el interior de la comarca. Pronto te encontrarás con una gran ciudadela, destaca en una extensa planicie por sus abundantes cultivos frutales de deliciosas naranjas. Sambori la llaman y es real por pertenecer al brazo armado de la Corona. Allí estarás a salvo. Busca la escuela de artes marciales del maestro Coy.

—¿Coy? ¿Quién es el maestro Coy?

—Es un buen hombre y sin duda cuidará de ti. Ahora bebe y sígueme, tienes que descansar. El mañana te será duro, el camino largo y el peligro siempre acecha —aseguró el extraño y anduvo hacia el interior de la cueva con la antorcha en alto.



May probó aquel caldo grumoso; el sabor le resultó horrible, muy amargo. Lo bebió todo, en dos tragos. Luego permaneció dubitativa con la vista al frente, hasta que se perdió la luz de la antorcha. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? Sin respuestas, decidió seguir a aquel hombre y se introdujo de nuevo en la oscuridad acompañada por el enorme oso.

Cuando alcanzó la comodidad de la hoguera, en lo más profundo de la cueva, observó que su extraño salvador se había tumbado junto al fuego, sobre un camastro de pieles, y que incluso roncaba despierto.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

—Llámame Orton.

—Orton, dime: ¿por qué me ayudas?

—Duerme.

Al día siguiente amaneció con una suave nevada, el blanco lo cubría todo hasta donde alcanzaba la vista. May, sentada sobre una roca a la entrada de la cueva, observaba los extraños juegos del oso, el cual no paraba de saltar y retozar como si fuera un cachorro: de panza, de costado...

—Toma —dijo Orton.

Ella miró por un instante el cuenco caliente, colmado de ese líquido verdoso, y bebió. Después quedó pendiente de aquel hombre, su salvador, el cual sacaba bajo el brazo un fardo de pieles, un arco con carcaj y un morral que se colgó al hombro.

—Debemos marchar. Ten esta capa, cúbrete con ella; es puro yak —aseguró Orton.

Un gruñido ronco del oso le calló. El enorme animal se alzó sobre las patas traseras, inquieto, venteando el aire con su trufa negra. Lanzó un alargado gruñido, potente, y se volvió hacia el interior de la gruta para desaparecer rápidamente.

—Están aquí —remugó Orton y se ajustó la mochila a la espalda, cubrió su cuerpo con una capa de pieles y comenzó a caminar.

May se levantó y observó al frente, al extenso manto blanco. La nieve seguía cayendo. No vio nada. Estiró los labios, se cubrió con la piel de yak y le siguió dando grandes zancadas.

—¿Y el oso? —preguntó un tanto preocupada por la suerte del animal.

—Los demonios seguirán nuestras huellas, el amigo oso está a salvo.

Ella miró atrás, el rastro que dejaban era tan claro que hasta un ciego podría seguirles.

—Eso es bueno para el amigo oso, no tanto para nosotros.

—Nos seguirán, sí. Pero la tormenta irá a más, la nieve cubrirá pronto nuestro rastro y entonces usaremos raquetas. Así, de pronto, avanzaremos más rápido y desaparecerán las huellas; les desconcertaremos. Con la gran nevada, sin visibilidad, les llegarán las dudas, tendrán que parar y buscar resguardo en el bosque.

—¿Y dónde nos resguardaremos nosotros?

—No lo haremos, continuaremos. Átate este cabo a la cintura, no sería bueno que te perdieras ahora que te estás recuperando.

Orton y May pasaron el día caminando bajo la intensa nevada, descendiendo por la montaña. La tormenta arreciaba con fuerza, apenas se veía nada, ni camino ni ruta, solo el blanco caer. Blanco por todas partes. El tiempo transcurría lentamente, conforme avanzaban penosamente. Ella trataba de estar pendiente de cada paso para no caer, otra vez, y preguntaba a menudo cuándo iban a descansar,



a comer algo. Anocheceía y no obtenía más respuesta que el silencio. Tenía hambre, sed y frío, mucho frío. Le dolían los dedos y las tibias, y la mandíbula no le estaba quieta. Solo veía nieve y más nieve allá donde mirara: a los lados, por encima, en el aire, en tierra... Agotada, cerró lentamente los ojos y cayó de bruces.

CAPÍTULO 3

Un fuerte olor despertó a May, como de carne asada. ¡Era carne asada! Abrió los ojos y quedó prendada ante una hoguera sobre la que se rustía la pata de un venado. En torno suyo vio enormes árboles; más allá la noche lo oscurecía todo.

—Tienes hambre ¿eh? —dijo Orton y se sentó al lado.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—En el bosque de cedros, bien resguardados de los vientos. Dejamos atrás la tormenta; vamos bien, en unos días llegaremos —aseguró Orton. Después estiró la mano con una afilada daga sobre el asado para extraer un pedazo de carne—. Come, sáciate. No creo que hallemos más salvajina hasta llegar al Valle de los Mil Lagos. La nevada fue muy dura, los animales han descendido de las montañas en busca de pasto.

May tomó la ofrenda y la devoró en apenas un chasquido de dedos.

—¿Y el resto del venado? ¡No te lo habrás comido! —exclamó sin dejar de tragar.

—Es todo, solo pude tomar una pata; el resto lo devoraron los lobos.

La joven dejó de masticar, quedó en silencio y miró a los lados, desconfiada.

—¿Lobos? —acertó a preguntar.



—Sí, hoy nos han dado de comer y...

Una saeta voló fatal, clavándose en el pecho de Orton e interrumpiendo sus palabras. Seis guerreros cubiertos de pieles surgieron tras los troncos de los cedros con las espadas en alto. May soltó la carne con una exclamación muda, mientras Orton caía clavando la rodilla. Un capitán de la Guardia Negra, cuya cara estaba cubierta por una máscara en forma de calavera, apareció trotando sobre su caballo, dando órdenes sin parar; tras este marchaba un engendro musculado de unos tres metros de altura, carnes rojizas, ancho pecho, cortas piernas, calvo como la luna y con un solo ojo, pues el otro lo llevaba oculto bajo un parche; vestía pieles de oso y en la mano derecha portaba una tremenda porra.

—¡Al fin te encontramos, eres nuestra! ¡Capturadla! —gritó el capitán.

Se fueron a echar encima de ella cuando, dando un furioso grito, Orton se levantó con la saeta hundida en el pecho y tomó del cuello a los dos guerreros más cercanos, para alzarlos al aire y chocar brutal sus cabezas; a un tercero que corría hacia él gritando con la espada en alto, lo alzó al aire y lo dejó caer de espalda, crujiéndolo sobre la rodilla. Entonces, de un tremendo porrazo, voló hasta estrellarse contra el tronco de un cedro; un montón de nieve de las ramas le cayó encima del impacto. Trató de incorporarse titubeante y estiró los brazos con los puños cerrados, conforme rugía desafiante tal cual si fuera un verdadero oso.

Dos saetas impactaron en su ancho pecho.

Otra más.

Y tembló.

—¡No! —gritó May.

Lo sujetó, sin apenas poder, acompañándole en la caída. Sus manos se mancharon de sangre y alzó la vista, clavándola en

los arqueros, en aquel capitán. Notó ese intenso calor que bien conocía, abrasaba sus venas conforme se le aceleraba el corazón.

—¡Rápido, traedla aquí! —ordenó el capitán.

Apenas se acercaron a ella, May saltó pisando sobre la rodilla del primero para golpearlo en la cara con el empuñador, y rodó por la tierra nevada para estrellar su puño en el vientre del segundo. Rápidamente, con un movimiento marcial, se puso en guardia de nuevo. Su vida era pura lucha, había nacido para la batalla y lo iba a demostrar. Una brutal palmada, que le propinó el engendro en la cara, la dejó mareada y marcada; dio tres vueltas sobre sí misma hasta caer inerte sobre la nieve.

—Amarrad bien a esa fierecilla —ordenó el capitán.

Una gruesa red la cubrió por completo.

May se alzó lentamente, tratando de liberarse. Notó un fuerte golpe en la cabeza y se sintió tan débil que no pudo hacer más. Cayó de lado. Quería luchar, pero sus ojos se cerraban. Entonces escuchó el graznido de un cuervo, seguido de un grito fatal. Todo se volvió confuso, su entorno se colmó de gruñidos bestiales, del relinchar agónico del caballo y de voces de horror. Levantó la cara y pudo ver una enorme figura blanca cruzar ante ella, unas tremendas fauces, y quedó inconsciente.

Un golpe en un pie la despertó. En realidad fue una extraña mordida, tal vez probando. Conmocionada, alzó la cabeza con los párpados entrecerrados. El sol bañó su rostro pecoso, era de día. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Dónde estoy? ¿Orton? Abrió bien los ojos, miró a su alrededor y cayó sentada del susto: estaba en medio de un enorme clan lobuno. Eran muchos, sí, tal vez veinte o más. Unos se



disputaban los restos del caballo y otros, los cuerpos de los guerreros. Tres de aquellos cánidos de hermoso manto gris se revolviéron al notar su movimiento. Alzaron levemente los belfos y agacharon la tez clavando su mirada ambarina en ella, a la vez que agudizaban el olfato. May trató de levantarse. En un instante sintió la dentellada del primero en el talón, el segundo saltó sobre su costado y el tercero mordió el grueso de la capa de yak. La arrastraron violentamente sobre la nieve. La joven trató de defenderse a gritos, manotazos y patadas. En su desesperación, vio al menos a cinco lobos más trotar, acercándose con el pelo erizado y el rabo en alto.

La bota del capitán de la Guardia Negra voló y se estrelló en la cabeza de uno de los cánidos y un potente gruñido, bestial, la acompañó. Los lobos agacharon el rabo entre las patas, sin calmar los belfos, manteniendo un leve ronroneo, y se distanciaron. May miró la bota con las cejas en alto, el pie estaba dentro, y giró la vista atrás. Allí estaba aquel hombre que tanto la había ayudado: Orton. Una leve sonrisa se dibujó en su cara pecosa. ¡Orton estaba vivo! Poco más allá, sobre el cuerpo marchito del enorme engendro de un solo ojo, se erguía victorioso un gran lobo de manto blanco.

May se levantó precavida, ajustándose la capa de yak.

—¿Y ese lobo? —murmuró.

—No es lobo, sino loba —contestó Orton ofreciéndole la mano.

Aquella hermosa y poderosa loba de mirada azul celeste, la observaba altiva, como consciente de cuanto ocurría, y parecía desafiarla, invitarla a la batalla. May sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, una extraña presencia, poderosa, que parecía envolverla por completo. De pronto, la loba lanzó una terrible dentellada al cuello inmóvil del engendro y agitó su gran cabeza con furia, desgarrando. Después aulló al aire

proclamando su triunfo, su fuerza y poder. Los demás lobos la siguieron, creándose un concierto de aullidos que ponía los pelos de punta.

May quedó boquiabierta ante aquel espectáculo.

—Tenemos que marchar —aseguró Orton—. Ese capitán era de la Guardia Negra, por lo que Shojuko no cabalgará lejos. Puede estar cerca y si es así, ni tan siquiera los lobos podrán con él.

May dio dos pasos y se dejó caer sobre la nieve presa del dolor.

La herida de su pierna sangraba de nuevo.

—Estás hecha una pena —aseguró Orton y la tomó en brazos, para alzarla sobre el hombro como si fuera un fardo de leña. Y comenzó a caminar, alejándose con paso firme.

Allí quedaron los cuerpos de aquellos guerreros, el enorme engendro, el capitán de la Guardia Negra y su caballo como alimento para lobos.

Un cuervo negro se posó sobre una rama, pendiente de todo.

Y graznó.



CAPÍTULO 4

May amaneció al calor de una reconfortante lumbre, sobre un rústico sillón de madera, cubierta de pieles, ante la atenta mirada de una anciana de bondadoso rostro, pequeños ojos y sonrojados mofletes. El rumor de las palabras la habían despertado y se incorporó lentamente. Se encontraba en una humilde cabaña de madera con su chimenea de piedra, una mesa y cuatro sillas de anea; detrás de una tela gruesa se adivinaba una habitación pequeña. El olor húmedo del bosque se mezclaba con el del fuego y su guiso.

—Eres muy bonita —sonrió la anciana—. Ten, te prepararé sopa caliente.

—¡Hu...?

—Come. Llevas dos días dormida, tienes que recuperar fuerzas.

—Ya te dije que era una marmota —escuchó May y estiró el cuello para ver.

Allí estaba aquel enorme hombre que la había salvado, Orton, desollando una cierva en una esquina de la cabaña, con el torso desnudo y vendado. Y se emocionó al extremo que aparecieron lágrimas en sus ojos. Entonces, la anciana soltó la sopa, cayéndole al suelo, y dio dos pasos atrás, asustada.

May la miró perpleja.

—¿Qué me has traído a casa, Orton? —preguntó la anciana.

—Te dije que era una muchacha especial.

Sobreponiéndose del susto, la anciana se acercó a May mostrando cierto temor. Dando un leve suspiro, le limpió la cara con un pañuelo y la joven comprendió: sus lágrimas parecían ser de sangre, pues un suave color púrpura las hacía brillar.

—Dime ¿quién eres? Lloras con el corazón y eso solo... Orton no me cuenta nada, pero sé que los soldados te buscan por todas partes. ¿Eres un demonio tal vez?

—No es un demonio, es May —intervino Orton.

—Ah... ¿May?

—El maestro Suhyu falleció y ahora, sin su protección, Shojuko la busca. Tal vez quiera hacerla su esposa, matarla o a saber. Ya sabes lo que se dice.

—¿Y ella no quiere ser su esposa? Es un general rico, poderoso, temible.

May escuchaba sin intervenir.

—Es un ser cruel, maligno. ¡Un demonio! Un malvado dragón —expuso Orton.

—¿Un dragón? Como ella. Sí, tal vez por eso la desea —susurró la anciana y se puso a recoger los restos del cuenco—. Si se enteran que la ocultamos, nos despedazarán.

—Fuera no hubiera sobrevivido.

—¿Y crees que aquí está a salvo? Mírate, casi acaban contigo por ella.

Por unos momentos se hizo el silencio.

—Creí que habías muerto —intervino May, dirigiéndose a Orton.

—No te preocupes: tengo siete vidas, como los gatos. Aunque solo me quedará una o dos, o tal vez ya las agoté



todas y deba alguna. No sé, en fin, da igual. ¿Qué más da? Ella es Baba, mi madre.

May asintió.

—Esos lobos ¿también son tus amigos, como el oso? — preguntó curiosa.

—No hay ser más noble que el lobo, por ello el perro es fiel compañero. Pero no, no son como el amigo oso, ni mucho menos. Yo soy grande como un oso, camino como un oso y huelo como un oso, apesto. Así que tal vez piensen que soy un maldito oso. Cuando cazo en su territorio, siempre les dejo gran parte de la presa; y cuando ellos cazan, me permiten llevarme algo de carne. Los lobos cuidan de sus aliados y atacan a los extraños, especialmente si estos invaden sus territorios de caza.

—¿Y la loba blanca?

—No la había visto nunca, pero celebro que se hallara en el clan lobuno. Destrozó a ese engendro, mal nos hubiera ido sin su ayuda.

—Los guerreros que nos atacaron... ¡Pueden habernos seguido otros!

—No te preocupes. Yo acabé con tres, tú con dos y los lobos hicieron el resto. La nieve debió cubrir sus restos, si dejaron algo, y hasta la próxima primavera nadie sabrá de ellos. Shojuko no sospecha de mí, cree que estás sola, en la montaña, perdida, y sus demonios siguen allí arriba, buscándote. Estuviste muy bien, luchas valiente.

—Me derrotaron enseguida. ¡Ese maldito engendro me tumbó de una bofetada!

—Pero antes acabaste con dos, en un instante, débil y herida como estabas. Y eso no es broma, dice mucho de ti. La Guardia Negra de Shojuko se implementa de grandes guerreros, forman un cuerpo muy hábil y ducho en combate.

—Son demonios... ¡Los demonios de Shojuko! —aseguró Baba.

—No eran demonios, sino hombres —afirmó May—. He oído hablar mucho de esos demonios, pero nunca los vi, ni conocí a nadie que los viera. ¿Serán leyenda?

—Pues témeles más allá de las leyendas, por algo les llaman demonios.

—Voy a prepararte otro cuenco de sopa —afirmó Baba.

—Sírvela en la mesa y ponme uno a mí, con generosos tropezones y un par de huevos —le pidió Orton—. Y tú, marmota, levántate. Ya está bien de dormir. En unos días sale un barco con destino al Levante peninsular, no habrá otro hasta que vuelva la primavera y derrita los hielos que se están formando en los lagos.

May se alzó, cubriendo su cuerpo con una de las pieles que le hacían de manta, y se acercó a la lumbre. Observó de nuevo la cabaña y quedó mirando a la anciana.

—Casi matan a mi Orton por ti —aseguró Baba, como si la regañara.

—No le hagas caso —murmuró Orton sentándose ante la mesa.

—Espero que un día se lo tengas en cuenta —insistió la anciana.

May pasó cuatro días más en aquella humilde morada, tiempo que dedicó a descansar, recuperarse y ejercitarse. Con el canto del gallo, cada mañana saludaba al sol practicando formas de kung fu e incluso se animaba a realizar pequeños combates controlando cada acción, cada movimiento. Tan enorme como era Orton y a la vez, tan ágil que siempre la sorprendía. Y cuánto sabía de todo. Tras el arroz, el pescado y la fruta de la cena llegaba el reposo del guerrero. Tocaba



charla junto a las llamas de la chimenea. Hablaban de suertes y batallas, de los grandes maestros de otros tiempos, del arte de la guerra...

—Háblame de Shojuko, creo que bien lo conoces —dijo May aquella noche.

—A los demonios no se les menta, pues entonces pueden escucharte —aseguró Baba.

—Hace mucho, mucho tiempo —comentó Orton—. Mahishasura, el más atroz de los demonios, se enfrentó a hombres y dioses y se sintió vencedor. Pero la temible Durga, batalladora incansable contra el mal, combinó los poderes de las deidades más benévolas que nos asisten, de una forma hermosa, noble y poderosa para dar vida al Dragón Blanco. ¡El gran dragón! Un torbellino de poder cósmico que se tragó a ese demonio de un bocado.

—El maestro Suhyu me habló de la divina Durga y del Dragón Blanco, de su gran poder. Por ello dicen que los demonios evitan las Montañas Sagradas, donde se esconde el Templo de Hielo y permanecen presas las almas en pena de los malvados. Pero también sé que Shojuko no teme a nada, pues pisó y vertió sangre en tierra sagrada y no se amilanó. Tal vez esas montañas ya no sean el hogar del Dragón Blanco... o quizá todo sea quimera, leyendas de otros tiempos.

—No, no. La esencia del gran dragón quedó viva en las personas de alma pura que lucharon a su lado. Así nacieron en el reino de Shambala los dragones del Templo de Brahman, envueltos en un halo de misterio y al amparo divino de la temible Durga. Sí, los primeros dragones habitaron en las almas de monjes poderosos. Solo ellos podían enfrentarse a los demonios pasados y venideros... ¡Y vencer! Pero un dragón, un verdadero dragón, ¿cómo controlar a una criatura de espíritu tan puro, salvaje y feroz? No es fácil dar vida a

un dragón, su enseñanza, su poder. Dicen que Shojuko es un dragón que abrazó la oscuridad, un alma en pena poseída por los demonios; por ello no tiene miedo a las leyendas, pues él mismo es leyenda.

Orton quedó unos momentos en silencio.

—Cuando llegues a Sambori, busca al maestro Coy, su templo, él te ayudará —continuó, cambiando el semblante, como recordando algo que quisiera olvidar por siempre.

—Háblame del maestro Coy, no me has dicho nada de él —insistió May.

—Es un buen hombre —aseguró Orton—. Fue monje y maestro aventajado, hasta que un día marchó. A menudo visitaba el Templo de Brahman, cultivaba su kung fu como pocos y también conocía muy bien al maestro Suhyu, eran buenos amigos. Pero un buen día se fue. ¡Cosas del mal de amor!

—¿El mal de amor? —preguntó May, curiosa.

—Sí. Es un terrible mal que se apodera de tus instintos y te hace cometer las mayores de las estupideces. Todo locura, no tiene solución ni cura —remugó Orton—. El maestro Coy conoció a una jovencita y fue su perdición. En fin, marchó a ese mundo de grandes ciudadelas y reinos en Occidente, fuera de estos territorios salvajes. ¿No lo recuerdas?

—No, no sé... ¿Debería?

—Eras muy pequeña, pero las primeras clases de kung fu te las dio él. Aún estabas con tu hermana —aseguró Orton y quedó de nuevo en silencio.

May estiró los labios, sorprendida. ¿Podría ser el tal Coy uno de esos monjes que conoció de niña? Luego pensó en su hermana. ¿Su hermana! ¿Qué hermana? Hacía tanto que no sabía nada de ella. ¿Qué sabía Orton de ella? Parecía que mucho más de lo que contaba.



—¿Qué sabes de mi hermana? Desde que marchó, nadie me habló nunca de ella.

Orton suspiró sin poder ocultar su alma atormentada.

—Debes buscar al maestro Coy, solo en él puedes confiar —aseguró ignorando aquella pregunta—. Aprende, no encontrarás un maestro mejor. Y piensa que no es necesario que vuelvas, por más que te tienten los demonios o esa fiera salvaje que crece en tu interior. Nadie te espera y si alguien lo hace, no es para procurarte el bien.

—¿Tú tampoco me esperarás? —preguntó ella.

Orton sonrió y asintió.

—Yo siempre te esperaré, aun sabiendo lo que ello significaría. Ahora, duerme, es tarde —respondió finalmente y se levantó dando por terminada la charla.

Desde la popa de una pequeña embarcación de unos 16 metros de eslora y dos mástiles, con una extraña mueca de resignación, May se despedía de aquellas tierras y de todo lo que había conocido hasta entonces. El viento era frío y los bloques de hielo en el agua amenazaban con impedir pronto la navegación. Atrás dejaba la pequeña aldea y la humilde morada de la afable Baba que tan bien la había cuidado. Y al amigo Orton. Cuánto sabía ese enorme hombre y qué poco le había contado, pensó. Y echó mano al cabo de un mástil. Las olas: nunca había navegado, aquello se movía todo. Quedó pendiente de la línea de costa, apenas visible ya, y sintió cierta nostalgia acompañada de un ligero mareo. Agachó la cabeza y después, la alzó decidida y se dirigió a la proa para sentir en su rostro el romper de las olas, el aire fresco del amanecer que la acompañaba a un nuevo mundo: ¡El maestro Coy!

—No le has dicho nada —dijo Baba en el embarcadero, resguardándose del frío con una manta y con la vista puesta en ese velero que ya apenas se veía.

—¿Decirle? —se preguntó Orton—. No seré yo quien agite tal avispero. Espero que no vuelva, que encuentre una nueva vida y que sea feliz.

—¿Feliz? ¡Qué tontería! ¿Crees que el maestro Coy la reconocerá?

—Sí. No podrá ignorar el dragón que atormenta la vida de esa muchacha, que crece en ella.

—¿Cómo no ha de volver? Volverá, sabes que volverá y entonces...

—Será lo que tenga que ser, si es que tiene que ser.

—Deberías haberla entregado a los demonios de Shojuko.



CAPÍTULO 5

El maestro Coy era un hombre mayor con el cabello corto y canoso, tal cual su bigote y perilla. Como cada mañana bien temprano permanecía concentrado en la terraza, vestido con un kimono blanco, con los brazos estirados hacia delante y algo curvados. Las rodillas las mantenía ligeramente dobladas, el pecho recto y la cabeza erguida. Cerró los ojos dejando bañar su rostro con la luz del amanecer, colocó la lengua en el paladar y esbozó una gran sonrisa. Era lo que llamaba el abrazo al árbol, el zhang zhuang de cada día. Por un momento, observó feliz a su esposa seguirle en sus artes y pensó en los lejanos días de juventud en que se encontraba en las lejanas Montañas Sagradas cultivando su espíritu; en aquel ancestral templo donde tanto tiempo pasó hasta alcanzar el zen, donde descubrió los secretos del kung fu y se forjó como maestro. Añoró el tiempo en que fue un simple discípulo, ese pasado en el que seguía con devoción las enseñanzas del maestro Shu Chung, su muy estimado shifu, al cual siempre recordaba con orgullo y cariño. Había aprendido tanto con él: humildad, resistencia, tolerancia... Aquel fue un tiempo en que tenía tanta vitalidad que no encontraba rival; poderosa juventud en cuerpo y alma. Podía haberse convertido en un respetado maestro en el Templo de Brahman, en el más grande tal vez. Sí, amaba la meditación, las artes marciales, todo lo que

envolvía y engrandecía aquel templo de sabiduría. Pero en su corazón habitaba un amor más fuerte, que latía meciendo sus pensamientos desde el primer instante en que la conoció: la dulce Ba-Ghan. Así, un buen día abandonó Shambala para emprender una vida en armonía con nuevas ilusiones y todo un mundo por construir: un templo, un hogar y una familia. Coy era un verdadero experto en artes marciales, fiel a los ideales de rechazo a la violencia. Su mensaje, siempre el mismo: haz el bien, ayuda al débil e indefenso, afronta la injusticia y práctica la paz. Las artes marciales se emplean siempre para la justa defensa, nunca para la vil ofensa. Nobleza y sabiduría en combate, arte y excelencia en el tatami, humildad y bondad en la vida. Llevaba cuatro décadas enseñando, tal vez más. Cientos de alumnos, exhibiciones, combates y alegrías habían pasado por su escuela: el Templo Mabu.

Sin embargo, en la gran ciudadela de Sambori no era más que un humilde y respetado anciano. El tiempo de glorias parecía quedar atrás. Tras tantos años de trabajo, ahora solo era ese hombre de gran corazón que añoraba un pasado que no regresaría, que vivía un presente extraño y que pensaba en un futuro que no veía. ¿Dónde estaba el ímpetu y las ilusiones de antaño?

—¿Te pasarás hoy? —le preguntó Ba-Ghan sacándolo de sus pensamientos.

—Sí, esta tarde. Me acercaré por los talleres de escribanos y recogeré las fichas, en nada se tienen que presentar si queremos participar en el torneo.

El maestro Coy recorrió el pequeño jardín de la vivienda, donde unos pequeños cactus bordeaban su árbol de la sabiduría: una solitaria higuera. Llevaba las manos atrás y se



movía en silencio. ¿Qué fue del sol? El tiempo se había girado, comenzaba a llover de forma tenue. Entró en el gimnasio del templo, haciendo sonar la campana que colgaba tras la puerta, y observó un cuadro de grandes dimensiones que embellecía la estancia: una enorme cascada y cuatro monjes diminutos mostraban la grandeza de la naturaleza y lo insignificante del hombre. Luego se sentó ante una vieja mesa y comenzó a rascarse la barbilla. Se sentía extraño. ¿Por qué? Revisó algunos papeles y guardó el carboncillo, los lápices y las tintas de agua que tenía sobre la mesa. Avanzó por un pasillo que le llevaba hasta la sala de ejercicios, donde se encontraba un tatami modesto con un pequeño altar dedicado al maestro Shu Chung. Varios cuadros de buchonas adornaban el lugar, sus aficiones más allá de las artes marciales eran la pintura y esas palomas. Saludó ante el cuadro de Shu Chung y comenzó a practicar formas marciales con elegancia.

A Coy le gustaba prepararse bien antes de dictar las clases y pronto llegarían sus discípulos, en realidad amigos que le querían y compartían su amor por las artes marciales. Su humilde templo no era como los grandes monasterios de las Montañas Sagradas, ni llegaban cientos de jóvenes de distantes regiones dispuestos a todo por aprender. Apenas una veintena de personas formaban aquella humilde y orgullosa familia que practicaba en el Templo Mabú, una familia muy especial de la cual Coy era su shifu.

Terminaba la última forma de ejercicios cuando, de pronto, una extraña sensación comenzó a recorrerle el cuerpo. Sonaron dos fuertes truenos y notó un leve susurro en el interior de su alma. Esa sensación... La lluvia arreciaba con fuerza. Un tanto inquieto, anduvo ligero hasta el jardín y se acercó al portón exterior del templo. Distinguió bajo la tormenta la figura de una persona. Allí estaba, quien

fuera, desafiando el mal tiempo, sin entrar en el recinto. Un relámpago lo alumbró todo, a la par que el trueno que lo acompañaba le hizo temblar las canas, y vio que se trataba de una joven de cabello muy corto y que tenía aquellos ojos negros tan tristes fijos en cada uno de sus movimientos. Y se dirigió hacia ella. Al momento, un rayo se estrelló brutal contra la higuera del jardín crujéndola por la mitad, asolando los cactus y haciéndole caer hacia atrás. Se levantó perplejo, recomponiendo la figura conforme su árbol de la sabiduría caía al suelo convertido en dos mitades humeantes. Y volvió la mirada hacia el portón. No había nadie. ¿Dónde estaba esa joven? Una suave brisa se dejó caer, parecía que despejaba. Salió del templo y miró a ambos lados de la callejuela embarrada. Dispersos, se veían vecinos asomar tras la tormenta, algunos carros, un burro, unas gallinas y poco más.

—¿Le ocurre algo, shifu? —preguntó una joven llegando al portón del templo.

—No, nada. ¿Todo bien? —respondió Coy.

Llegaban sus discípulos. Entró de nuevo en el templo, entre saludos y gratas sonrisas, arrastrando cierta preocupación y gran curiosidad, pues aquella no era la primera vez que notaba esa sensación. Sintió en su interior una gran nostalgia, acrecentada por aquella presencia que había despertado sus instintos más profundos, que había alarmado su humilde alma de monje guerrero.

—Empezaremos con unos estiramientos —dijo conforme llegaba al tatami donde esperaban los discípulos.

Apenas pasó un corto tiempo cuando Coy, sin poder evitarlo, volvió la vista hacia la salida del templo. Solo él podía notar aquella sensación poderosa que levitaba en el aire, pues solo un maestro en verdad, un gran maestro, puede notar la energía que emana un dragón... ¡Un dragón!



—No es posible —murmuró.

Y quedó quieto ante la mirada perpleja de los discípulos, que no entendían esa inusual inquietud que mostraba el maestro.

—Por favor, continuad —solicitó Coy a la par que regresaba al portal del templo.

Salió a la callejuela y miró a ambos lados.

Nada, no vio nada.

—No, no puede ser —se dijo para sí mismo regresando al interior y observó los restos de su árbol de la sabiduría calcinado por el rayo, tal cual los cactus. Estiró los labios, ciertamente preocupado. No podía ser casualidad: los dioses le anunciaban la presencia de una criatura divina, peligrosa... ¿Quién era aquella joven con alma de dragón?

Sambori era una antiquísima ciudadela del Levante peninsular, de cierta relevancia por su cultura y riqueza en aquel entramado de territorios que formaban la Corona de Azahar. Se hallaba enclavada en una extensa llanura, entre las altas cumbres de la serranía de la Espada y las costas del mar de la Pola. Un caudaloso río, el Idubeda, regaba los extensos cultivos de cereales y naranjos que se distinguían hasta más allá de donde alcanzaba la vista. Una gran muralla de piedra con sus altas torres la rodeaba por completo. Destacaba también por sus hermosas casas, jardines y templos, así como por el pujante comercio que se daba a diario en la plaza Mayor. Gracias al comercio de la seda y a las abundantes cosechas de naranjas, se había convertido en una ciudadela cosmopolita llena de oportunidades, paso de caballeros y aventureros de todas clases.

Sin embargo, para Coy, poco había cambiado con el transcurso de los años. Para él todo seguía como cuando

llegó y levantó con sus propias manos, a base de tesón e ilusión, su humilde templo. No parecía gran cosa, pero allí estaba desafiando al tiempo y a las nuevas escuelas de artes marciales. Algo que atraía en especial la atención de Joe Dafoe, antiguo discípulo convertido en gran señor gracias a las amistades de buen querer, y que era el maestro de la Escuela de Artes Marciales de Sambori; sus vitrinas estaban colmadas de pomposos títulos y galardones, y decenas de jóvenes se entrenaban en sus gimnasios. Sin embargo, los trofeos de la más grande de las competiciones no se enmarcaban en su escuela sino en la del maestro Coy, y eso le mataba. Su objetivo era hacerse con el Templo Mabu y su legado, para dominar por completo la escena de las artes marciales en la comarca. Por ello presionaba a Coy constantemente para que vendiera.

—Eres cabezón como tú solo —le dijo Joe Dafoe.

Estaban ambos sentados en un pequeño local de té, dando cortos sorbos, frente a la plaza Mayor. Allí mismo se alzaba el bullicioso mercado, donde se daban cita toda clase de gentes con sus puestos de especias, frutas, verduras, carnes y pescados; además de cacerolas, herrería y utensilios de todas clases.

—No voy a vender, ¿qué iba a hacer entonces?

—Oh, no te preocupes. Serías bienvenido al templo, si es tu deseo impartir clases. ¿Tal vez yoga? Lo tengo todo pensado, tendría que hacer algunos cambios en el templo, darle un aire actual. Pero eso es lo de menos. Tú ya me entiendes. A la gente no le gustan estas cosas así que parecen salidas del ayer. Además, con lo que te ofrezco puedes hacerte con una buena vivienda en la costa y disfrutar de la brisa marina, del sol de cada día, sin preocuparte por nada.

Coy remugó, aquello no le convencía.



—Consúltalo con tu querida Ba-Ghan, se te acabarían los problemas. Piensa en la familia, en tu gente —dijo Joe Dafoe y se alzó—. Tengo que marchar, me esperan en Alcaldía para una reunión de seguridad. ¿Te he dicho que me van a nombrar Jefe de la Guardia?

Coy negó con la cabeza, sonriendo levemente y sin sorprenderse mucho. Entonces una corriente de aire le propició un escalofrío en el alma y volvió la vista de inmediato. Al momento notó esa inquietud que se le hacía cada vez más sofocante, esa sensación hostil estaba de nuevo ahí. Se levantó precipitadamente, sin escuchar más.

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Dónde vas? —preguntó Joe Dafoe sin hallar respuestas.

Cubierta de andrajos sucios, May paseaba por el mercado pendiente de todo. Su cabeza rapada mostraba apenas unas pulgadas de pelo azabache, llevaba vendadas las palmas de las manos y los nudillos, al igual que los tobillos. Unas viejas sandalias de cáñamo y un zurrón atravesado eran toda su fortuna. Quedó frente a un puesto frutero. Su vientre se agitó con un pequeño rugido; con un gesto casi imperceptible, se hizo con una hermosa manzana y continuó la marcha hincando el diente. Apenas crujió la sabrosa fruta en su boca, vio frente a ella, a unos seis pies, al maestro Coy, el cual nada decía, solo la estudiaba. Masticó despacio. Aquella tristeza tenebrosa que colmaba su rostro pecoso se fundió por completo con una mirada tenaz.

Mientras comía, estuvieron observándose sin más.

May tiró el corazón con las pepitas de la manzana a un lado y al volver la vista, alzó las cejas y miró a su alrededor. No estaba, el maestro había desaparecido. Por un momento buscó, taimada. Nada, no logró verlo. Y resopló con cierta

rabia, conforme apretaba su puño derecho con fuerza. Sinceramente, le había molestado que Coy la sorprendiera tan fácilmente. Aunque en verdad, si era un gran maestro, como Orton le había asegurado, debía ser lo suyo. Cruzó la calle y llegó frente a un pequeño local, una modesta casa de almuerzos. Aquel aroma desconocido de churros, pestiños y buñuelos penetró en su interior haciéndola relamerse de gusto viendo como se freía la pasta de harina.

—¿Quieres churros, niña? —le preguntó la churrera.

Ella quedó muda ante aquella mujer bajita, chata y regordeta.

—¿No? —insistió.

—No tengo con qué pagar —murmuró May con desconfianza.

—Ya veo, no te preguntaba eso —aseguró la mujer mientras le entregaba un cono de papel con media docena de churros—. Tú no eres de aquí, no te tengo vista.

May devoró los churros en un visto y no visto, sin contestar.

—Anda, pasa a la cocina, lávate la cara y quítate esos andrajos. Ponte una de las batas blancas del armario —dijo la mujer de forma condescendiente.

May la miró posándose a la defensiva.

—No tienes plata, necesitarás trabajo ¿no? —preguntó la churrera.

—No sé hacer churros.

—La pica está llena de cacharros sucios.

May pasó la mañana vestida con una bata blanca. La churrería funcionaba como nunca los días fuertes de mercado y allí la tenían, lavando platos y limpiando mesas.

—¡Hola! ¿Tú quién eres? —le preguntó un joven que se colocó a su lado.

—¿Eh...?



—¿Eres la nueva? Yo soy Jotko, el hijo de Sasha. Sí, la mujer que te puso a fregar platos —apuntó alegre el joven.

May quedó pendiente de aquel muchacho moreno, de cierta melenilla, que se puso a ayudarla con la continua fregada y que no le quitaba los ojos de encima regalándole siempre una grata sonrisa.

—¿Sabes? Soy escritor, artista; estoy preparando una comedia —aseguró Jotko de forma galante, haciéndose el interesante—. Por eso no puedo ayudar tanto a mi madre como quisiera, siempre estoy en los ensayos y además...

De un cachete en el cuello se acabó la tontería, Sasha estaba tras ellos.

—¿Qué haces aquí, vago? En la vida te vi fregar un plato, ¿será posible?

May miró sin entender, mientras Jotko huía dedicándole un gesto de complicidad.

—Tú, niña, deja eso. Tendrás que comer algo ¿no? Llevas toda la mañana trabajando. Oye, ¿no te interesaría quedarte por una temporada? —le propuso Sasha.

—No, yo...

—No tienes a donde ir.

May negó con un ligero movimiento de cabeza.

—Trabajas bien —aseguró Sasha fijándose en la labor realizada—. Además no protestas y eso es muy importante. Aquí no sale mucha plata, pero algo podrías ahorrar y tendrías comida y una cama si me ayudas por las mañanas.

—No, no creo que pueda.

—Quédate al menos unos días. Me sacas del apuro y no tendrás que ir robando manzanas. Me iría muy bien, pues tengo a mi sobrina constipada y el vago de mi hijo siempre está liado con sus cosas de “artista”, el muy sinvergüenza.

—No, no puedo —contestó May quitándose el delantal.

—¿Qué haces? —le preguntó Sasha con los brazos en jarra.

—Marcho.

—No. Está bien, si quieres irte, pues te irás, pero antes tienes que comer y terminar la fregada. Además, ¿te vas a poner otra vez esa ropa llena de mugre? Deja que te la lave —le dijo Sasha, tal cual una orden—. Aunque tal vez sería mejor quemarla. ¡Cómo huele! Seguro que está llena de chinches y liendres. Anda, ponte el delantal y siéntate a comer.

May quedó en silencio, pues otra cosa no, pero hambre sí que tenía.

Sasha la acomodó en una pequeña mesa de la cocina, le puso pan y un plato delante, se alejó y al momento regresó con una olla entre las manos.

—¡Hoy, lentejas! —exclamó ofreciéndole una cuchara.

Y estaban de buenas aquellas lentejas, tanto que May parecía estar degustando el más exquisito de los manjares.

—Dime, niña, ¿de dónde vienes? No reconozco ese acento tuyo —preguntó Sasha.

May no contestó, solo comía.

—Ah, interesante el sitio. ¿A dónde te diriges? —insistió la mujer.

No obtuvo, de nuevo, más respuesta que el silencio y una extraña mirada.

—Pareces de las montañas heladas de más allá del norte o tal vez del lejano Oriente; tienes la piel muy blanca. ¿Qué buscas por estas latitudes de morenos? ¿Por qué llevas el pelo tan corto? Déjate crecer, seguro que incluso estás hasta guapa y todo.

—Debo marchar —dijo May. Luego se levantó, mojó con un mendrugo el resto de caldo que quedaba de las lentejas y lo comió. Limpió su boca con la manga y se alejó hacia el cuarto donde guardaba la ropa.



Sasha retorció los labios, resignada.

May salió vestida con sus andrajos, cruzó el local, cabizbaja, ignorando a Sasha y a los clientes que allí se encontraban.

—Niña, si no encuentras cama para dormir, vuelve. Te han gustado las lentejas, así que ya sabes: te estaré esperando — le dijo Sasha saliendo tras ella con una gran sonrisa.

Caída la tarde, el maestro Coy cerró los portones y salió del templo para recorrer las callejuelas del casco antiguo. Le apetecía pasear, tal vez tomar algo con Joe Dafoe y decirle que no aceptaría su amable oferta. No quería ni pensar en ello. Miró al cielo, el tiempo inestable propiciaba una llovizna. Sonrió y continuó su camino. Estaba contento, finalmente el Templo Mabu estaría representado en el Torneo de la Corona de Azahar por tres de sus jóvenes promesas y varios de los discípulos más veteranos, entre ellos su amada Ba-Ghan. Era el evento más grande y prestigioso que se celebraba en los reinos de Occidente, al que asistía el mismísimo rey de reyes, y hacía algunos años que no había logrado concretar su presencia para competir. De pronto, sus pensamientos quedaron en blanco y el vello de su piel se erizó al notar esa extraña sensación de nuevo: la brisa helada, el calor sofocante.

Se volvió de inmediato sobre sí mismo.

A tres escasos palmos de su cara, May le contemplaba con aquella mirada tétrica. Por unos segundos permanecieron en silencio, frente a frente.

—Necesito de su sabiduría, maestro —aseguró ella.

—No puedo, no tengo nada que enseñarte —replicó él.

—Tiene mucho que enseñarme, maestro; un mundo.

—Tu mundo no es el mío, la bestia habita en tu corazón.

—Necesito dominarla, crecer. Orton dijo que solo tú podrías ayudarme.

Coy quedó en silencio.

—¿Orton, el oso Orton? —preguntó al momento.

—Sí.

—Solo soy un humilde maestro de kung fu.

—Fuiste discípulo de Shu Chung y amigo de Suhyu, es admirable. Orton me habló de ti, de tu grandeza, de tu humildad. Alcanzaste el zen, vives en paz. Dice que mis primeros pasos los di contigo. ¿Es verdad?

Un nuevo silencio lo invadió todo.

—Dime ¿quién te enseñó? Los monjes no imparten sus conocimientos con mujeres.

—Suhyu, a él nunca le importó.

—¿Cómo está el viejo Suhyu?

—Muerto.

Se hizo un largo e incómodo silencio.

—Lo siento —apuntó Coy—. Sabes que no debo entrenar a la bestia, no puedo.

—¿No puede?

—No quiero. Un dragón no se puede domesticar ni adiestrar, se alimenta de ira. Nunca alcanzarás el zen —aseguró Coy. Luego, dándole la espalda, se alejó calle abajo conforme comenzaban a caer las primeras gotas de la lluvia.

May estiró los labios y resopló apretando sus puños. Miró el cartel de cabecera del Templo Mabú y los hermosos dragones que adornaban el rótulo de madera, uno a cada lado. Después se metió las manos en los bolsillos y se alejó. Por primera vez en mucho tiempo, sonrió. ¡La hubiera decepcionado tanto que el maestro Coy la aceptara en primera instancia! Ahora debería, como la buena discípula que pretendía ser, demostrar sus virtudes, insistir, trabajar, constancia... Solo así se demuestra el interés, solo así se despierta la voluntad de un gran maestro para aceptar a un auténtico discípulo.



May recorrió las calles de la ciudadela sin saber muy bien a donde ir y fue hasta más allá de la muralla, atraída por la luz de unas hogueras y cierto tumulto que se vislumbraba. La oscuridad de la noche se dejaba caer cuando alcanzó el estrecho puente de piedra que se alzaba sobre el río Idubeda. Asombrada, vio una pequeña explanada, al lado de un molino de agua, con unas gradas en semicírculo y un foso de tierra. Allí estaba Jotko, el hijo de Sasha, con faldilla de combate y el torso desnudo, peleando con otro joven, y luchaba bien. Miró a su alrededor: un centenar de personas jaleaban emocionadas.

El muchacho sudaba los suyos, esquivaba rápido y golpeaba con fuerza. El rival encajaba bien, se tragaba los golpes como si nada fueran. Pero ahí estaba, cubriéndose, lanzando series de puños y patadas, recibiendo valiente. No, desde luego Jotko no tenía la mandíbula de cristal. Hasta que la vio a ella y quedó por un instante sorprendido, prendado; un gancho de derecha lo alzó tres palmos del suelo y cayó noqueado. El rival se le echó encima propinándole severos golpes en la cara con el puño cerrado. De inmediato, un hombre mayor, enorme, que hacía de réferi, paró la lucha de un severo empujón conforme el público maldecía o gritaba dispuesto a cobrar sus apuestas.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Abriste la guardia!—espetó Joe Dafoe, disgustado.

—Yo —murmuró Jotko y buscó con su mirada hasta clavar los ojos en May.

Allí estaba ella con sus pecas, cabeza rapada y esos hermosos ojos negros, tan tristes y embaucadores. Entre dos muchachos que vestían las mismas faldillas, lo cubrieron y se lo llevaron medio lelo ante la decepcionada mirada de Joe Dafoe. May se sentó para observar la siguiente pelea.

Aquellos combates no parecían muy éticos, ni técnicos, pero sí entretenidos. Además, no tenía donde ir... o tal vez sí.

El maestro Coy entró en el comedor del templo y se sentó ante la mesa. Ba-Ghan servía en ese momento la cena: arroz blanco y verdura. Se miraron sin decir nada y ella quedó un tanto extrañada, pues su amado parecía preocupado.

—¿Qué piensas? —preguntó Ba-Ghan.

—Me siento viejo, agotado. ¿Qué será del templo, de cuanto hemos construido? Los hijos volaron, recorren sus propios caminos; los discípulos que formamos, ahora son maestros en otras escuelas. Tan solo somos los que somos... Todo desaparecerá, sin más.

—No digas eso. Tienes a tu gente que te quiere, discípulos que te respetan.

—Mi llama de monje guerrero se extingue y nada puedo hacer por evitarlo. Mi tiempo ha pasado. Nada es como antaño. La vida es así. Tal vez deberíamos...

—¿Vender? No, de eso ni hablar. Ya verás, en este torneo demostraremos que seguimos vivos, muy vivos. Conseguiremos premios, les recordaremos quiénes somos, llegarán nuevos discípulos, todo irá mejor.

Coy lo dudó mucho, aunque se sintió bien ante el optimismo de Ba-Ghan.

—Hoy he visto a May —dijo de pronto.

—¿May? —se extrañó Ba-Ghan.

—Es ella, no hay duda. El maestro Suhyu ha fallecido. Creo que la muchacha anduvo con Orton una temporada y ahora está sola, parece una pordiosera. Recuerdo cuando era un bebé todavía y luego, cuando aprendía. Ha pasado tanto tiempo. Sí, ha crecido lo suyo. Ahora se cree mujer guerrera, aunque solo es una niña desorientada.



—¿Suhyu ha fallecido? No sabía nada, lo siento. ¿Y qué vas a hacer?

Coy alzó los hombros, como desconociendo la respuesta.

—Suhyu fue una gran persona, un amigo. Me apena tanto su muerte —aseguró.

—¿May está sola? —preguntó Ba-Ghan.

—No sé, supongo que sí.

—¿Y la has dejado en la calle?

—Sí.

—¿Cómo puedes hacer eso? Me sorprendes, aquí hay sitio de sobra para ella. Pobrecilla... ¿Cómo va a pasar la noche sola en la ciudadela?

—Tranquila: no le pasará nada, en ella habita... ¡Un dragón!

—¿Un dragón? ¿Qué dices?

—Sí, un dragón. Lo sentí latir con fuerza en su corazón, abandera su alma, brilla en sus ojos. ¿Cómo es posible, tan joven? Las mujeres no son aceptadas por los monjes eruditos en la mayoría de los templos de las Montañas Sagradas, ni reciben enseñanzas, mucho menos como para alcanzar el zen. Así pues ¿cómo anidó en ella un dragón? Dice que la enseñó Suhyu, pero eso es imposible. Me mintió, mi buen amigo nunca alimentaría un dragón. Solo puede ser...

—Deberías ayudarla —interrumpió Ba-Ghan.

—Te he dicho que es un dragón, no escuchas.

—¿Un dragón? No digas tonterías.

—No sabes lo que es un dragón, ni lo que significa. Más allá del zen, donde la armonía y la sabiduría culminan en luz, habitan los dragones. Solo son destrucción, ira y muerte. La temible Durga les dio vida para enfrentarse a los más malignos de los demonios, es su única meta. Así pues, estar cerca de uno de ellos siempre es peligroso; vivir con uno te condena a la batalla continua. No hay felicidad en la vida de un dragón.

—Pero... Si batallan contra demonios, luchan por el bien, por nosotros. ¿No? Merecen pues nuestro respeto, nuestra ayuda y compasión.

—No es tan simple. Un dragón habita en el alma humana, lo cual nos dice que no está libre de tentación. Pletórico de poder y devorado por el orgullo de quien se siente superior, un dragón puede acabar convirtiéndose en fiel aliado del mal, en una terrible bestia si la cruel ambición se apodera de su corazón.

Unos golpes sonaron en la puerta del local Sasha. Era tarde, demasiado.

—¿Quién es? Está cerrado.

—Soy yo, May. He pensado en lo que me dijo. ¿Podría dormir aquí esta noche?

Sasha se asomó, entreabriendo un poco la puerta, y vio a la joven allí plantada. Le pareció que había sufrido algún percance, parecía tener un ojo abultado y algo morado. Tal vez un buen susto la había hecho recapacitar: la calle no es buen lugar para dormir.

—Pasa, anda —le dijo abriendo—. En el almacén hay una habitación con cama; puedes usarla mientras estés conmigo. Acuéstate, mañana tenemos trabajo. ¿Estás bien, niña?

May anduvo hasta el almacén sin contestar y entró en aquel cuarto, que no eran más que cuatro paredes con un viejo camastro, una mesita con un cirio y un pequeño armario.

Sasha se alejó contenta; le gustaba aquella muchacha, le recordaba otros tiempos en que ella también fue joven, salvaje.

En cuanto quedó a solas, May cerró la puerta, se quitó su capa andrajosa y dejó caer sobre la cama una gran bolsa de monedas. Y se tocó el costado: aquel musculado luchador



le había dado fuerte bajo el puente del río Idubeda. Los demás no, pero ese rival entradito en carnes sí sabía de artes marciales además del buen comer. Apretó los dientes ensangrentados y salió al lavabo. Frente a un pequeño espejo observó un corte sobre su ceja, el morado de su ojo izquierdo y las magulladuras en las costillas.

CAPÍTULO 6

El local de Sasha estaba muy concurrido a primera hora de la mañana. Mucha gente, mucha hambre; los churros, pestiños, buñuelos y tostadas eran cosa del almuerzo. Por la tarde el tema era más tranquilo: algún té, unos refrescos y bollos. May trabajaba por las mañanas; después tomaba el relevo Yan Yan, la sobrina de Sasha, una jovencita de largas coletas y sonrisa perenne. Tras una comida ligera, May dormía una siesta y desaparecía el resto del día. Regresaba a media noche, magullada y siempre esquiva. A pesar de las heridas con las que se acostaba, cada amanecer se mostraba tan espléndida como hermosa. Pero aquel día fue diferente, May llegó justo antes de que cerraran, apenas cayó el sol.

—¿Ya estás aquí? Vienes temprano —dijo Sasha sorprendida al verla.

—Sí —aseguró May sin parar, dirigiéndose a su habitación. Yan Yan y Jotko la saludaron con una grata sonrisa.

—Ya sé que no es cosa mía, pero ¿dónde te metes todos los días? —la siguió Sasha.

May cerró la puerta.

—Es rara esa chica, ¿eh? —dijo Yan Yan.

—Es muy bonita —aseguró Jotko de una forma sensible, enamorada.

Madre y prima le miraron en silencio.



—Quiero decir que parece buena chica —apuntó el muchacho.

—Vaya, te gustan las raritas —apuntó su prima entre risitas.

—Como me la asustes te doy hasta detrás de las orejas —le advirtió Sasha—. Lleva una semana aquí y no se reconoce el local, siempre limpio, y es tan discreta y trabajadora.

En la habitación, May permanecía a oscuras, sentada sobre la cama, con los pies cruzados, las manos juntas ante su rostro, la cabeza recta, el mentón estirado y los ojos cerrados. Inmóvil y con la mente en blanco relajaba su cuerpo, limpiaba su mente. Una pequeña aura rojiza la envolvía por completo; era muy suave, casi imperceptible. Separó las palmas de sus manos y extendió los brazos, unió pulgar e índice de cada mano y respiró profundamente, hinchando el vientre. El dragón que llevaba tatuado en sus brazos pareció tomar vida, deslizándose suavemente de una mano a otra, mostrando un color rojizo brillante con destellos amarillentos fuego.

De pronto, la puerta se abrió.

—Te traigo un poco de pasta, tienes que cenar algo —dijo Jotko asomándose.

May abrió los ojos de forma repentina y en la oscuridad brillaron como ascuas. El joven quedó mirándola boquiabierto y le cayó el plato con la pasta al suelo. Ella estaba por completo desnuda, sentada en la cama en aquella postura y con ese aura rojiza.

—Debí llamar —murmuró apurado.

Ella levantó una ceja, resultaba obvio.

El joven recogió con prisas el plato y la pasta, y salió.

May se vistió con un camisón largo y se rascó una oreja, pensativa. Después salió de la habitación. Estaban las sillas

ordenadas sobre las mesas y Sasha, incansable, fregando el suelo. Mientras Yan Yan secaba los cubiertos, Jotko se escondía tras la barra haciendo como que limpiaba.

May se apoyó en el extremo de la barra y se fijó en él detenidamente.

—¿Me preparas un zumo de naranja? —preguntó.

—¿Eh? Sí, claro.

Tras servirla, Jotko quedó ante ella, sin saber qué decir.

—Perdón... Debí llamar —acertó a disculparse.

May tomó el cuenco con el zumo y se dirigió hacia la habitación.

Yan Yan miró a su primo con las cejas en alto.

—¿Qué has hecho? —le preguntó de inmediato.

—Nada, solo entré a llevarle unos fideos y estaba a oscuras, desnuda.

—Si estaba a oscuras ¿cómo sabes que estaba desnuda?

—Créeme, estaba desnuda.

—Como se vaya por tu culpa, tu madre te mata. ¿Y qué viste? —sonrió Yan Yan.

—Nada, todo. No lo sé. No te rías, no tiene ninguna gracia. Quiero decir que su piel... Ese dragón que tiene tatuado, parecía como si estuviera vivo.

—¿Vivo? ¿Su tatuaje estaba vivo?

—Buh... Es verdad, no sé qué digo.

En ese momento entraron cuatro hombres de maltrecha apariencia, barbas grasientas y olor desagradable. El primero era enorme y robusto, dos eran delgados como alambres y el último de ellos, feo, muy feo, solo eso, feo.

Sasha alzó la mirada, se apoyó en el palo de la fregona y arrugó el gesto. Aquello no le gustó, desde afuera se veía perfectamente que estaba cerrado, con la persiana echada y el local vacío. Y les observó con el mocho sujeto con fuerza.



—Es tarde, estamos limpiando. ¿Qué queréis? —preguntó. Sin contestar, uno de ellos, el enorme, cerró por completo la puerta.

—Dadnos todo lo que tengáis y no os hagáis los remolones porque os crujo —aseguró el feo y sin más, le dio una tremenda bofetada a Sasha que la tumbó tres pies atrás.

Jotko corrió para socorrer a su madre y golpeó con potencia a uno de ellos, haciéndole caer, pero enseguida fue víctima de los golpes y patadas de los otros tres. Yan Yan quedó descompuesta y llorando en un rincón. Los dos más delgados saltaron tras la barra con un saco y comenzaron a registrar estanterías y cajones, para tomar rápidamente lo recaudado y cualquier cosa de valor.

—¿Y esa? —preguntó el más enorme.

May había salido del cuarto en busca de azúcar para el zumo de naranja, demasiado ácido, y permanecía allí, observando la situación sin inmutarse, con esa extraña mirada tétrica. Se fijó en Sasha, tirada en el suelo con sangre en los labios; en Jotko, encogido como una lombriz apaleada; y en Yan Yan, llorando acurrucada en un rincón. Y sus ojos brillaron como dos gemas rojas antes de volver a su oscuridad habitual.

—Eso... Con ese pelo ¿es un chico o una chica? —preguntó uno de los asaltantes.

—Vamos a comprobarlo —sonrió jocosamente otro de ellos.

—¡Corre, May, enciértrate en tu cuarto! —gritó Sasha.

May no escuchó, por el contrario se les acercó con paso rápido y, ante la sorpresa de todos, saltó sobre el más grande de ellos estirando el puño hacia delante. Al recibir el impacto en el mentón, aquel hombre enorme cayó con la mandíbula rota y quedó inconsciente boca arriba. Al más feo, con una patada en el vientre lo mandó de un lado al otro del local antes de que este pudiera mover un solo dedo. Uno

de los asaltantes saltó desde la barra, pero ella lo esquivó volteándose rápidamente y no la había sobrepasado cuando le estrelló el codo en la frente. El individuo se desplomó como un tronco. El último de ellos que quedaba en pie, el más delgado, dejó el saco con lo robado y salió de detrás de la barra mostrando un puñal.

—Te voy a destripar —aseguró y lanzó un golpe fatal.

May le sujetó la mano armada, por la muñeca. Luego, en un instante, le giró el brazo y alzó la rodilla con fuerza. El codo crujió, el puñal rebotó en el suelo y el hombre salió corriendo buscando la salida, gritando su dolor.

Jotko y Yan Yan quedaron atónitos ante el paso de May, la cual se acercó al mostrador, tomó unos terrones de azúcar y se dirigió a su habitación. Y cerró.

—Avisad a la guardia —dijo Sasha.

El maestro Coy trabajaba duro con sus discípulos en el tatami, se preparaba para la gran competición: el Torneo de la Corona de Azahar. Necesitaba algún galardón, una victoria que devolviera el orgullo olvidado al Templo Mabu. Quería demostrar que su escuela todavía estaba ahí, que podía tener un futuro. ¡Tenía tanto que hacer, que apenas tenía tiempo para nada! Bueno, para sus palomas sí; tenía que conseguir maíz para ellas, apenas le quedaba. Así, al mediodía decidió dar un respiro a sus discípulos y tomarse un descanso para acercarse a la plaza.

Salió del almacén de piensos con un saquillo al hombro. Al pasar junto a la tetería, le apeteció un té. Se sentó en una mesa soleada y esperó. Sin pretenderlo, escuchó la conversación que tenía el mesero con uno de los clientes: un atraco frustrado en el local de Sasha. Al parecer, una



joven pecosa había dejado mal parados a cuatro ladrones. ¡Ella sola! Les había dado una gran lección. No necesitó meditarlo mucho: solo podía ser May. Pero ¿cómo que mal parados? Un dragón es cruel, implacable e inmisericorde como la misma muerte; tiene que serlo para enfrentarse al mal, a los más poderosos de los demonios.

—Hola, maestro —saludó Joe Dafoe y se sentó a su lado.

—No pienso vender —sonrió Coy de forma amable.

—Me lo temía... He oído que tu escuela participa en el torneo, tras tantos años. Pues te deseo lo mejor, pero ya te digo que compiten los mejores luchadores de la Corona. Con tu gente, que solo sabe de formas, y tú hecho un anciano, no creo que consigas ningún oro. ¿Quieres un té? Una buena noticia: han aprobado mi proyecto de seguridad para la ciudadela, en unos días seré el Jefe de la Guardia.

—Me alegro por ti, pronto serás el responsable de seguridad de toda la Corona.

—¡Ja! ¡Sí, aunque eso está por ver! Bien, ¿no quieres vender? Eres un viejo testarudo. Esperaré. ¡Mesero: una taza de té verde para el maestro y un tinto para mí!

Entretanto, May llegó ante la puerta del Templo Mabu dispuesta a esperar su oportunidad, como cada día. Miró a ambos lados de la callejuela, hacia el interior de los portones y después se plantó en los escalones de la entrada. No se veía movimiento. Al momento comenzaron a llegar los discípulos, cruzándose ante ella con cierta curiosidad.

Coy se despidió de Dafoe negando cualquier posibilidad de venta y se dirigió hacia el templo. Era hora de regresar, Ba-Ghan ya estaría liada con los ejercicios de calentamiento. Conforme se acercaba a los portones, estiró los labios dubitativo. Allí sentada estaba May. ¡Un dragón llamaba a la

puerta de su templo! No le gustaba nada aquella situación, bien sabía del infierno que arrastra tal bestia; y quedó frente a ella, con las manos atrás y una mueca insatisfecha.

—Esos ladrones, fuiste tú —aseguró.

—Sí, maestro —contestó la joven levantándose.

—¿Y cómo es eso? Están vivos.

Ella no contestó, tan solo alzó una ceja.

—No me llames maestro, no soy tu maestro. Que tengas buen día —dijo Coy y entró en el templo.

May se sentó de nuevo en el escalón, quedó rascando su cabeza rapada, viendo la gente que pasaba, los carros, las gallinas y a los que la miraban como si fuera un bicho raro.

Un saludo de respeto ante el pequeño altar dedicado al maestro Shu Chung despedía la jornada en el Templo Mabu. Mientras Ba-Ghan pensaba en las fichas del torneo, los discípulos abandonaban la escuela. Coy descubrió entonces que allí seguía aquella joven testaruda y su alma de dragón, sentada en el mismo escalón. Se apoyó en el marco de la entrada y la observó serio. Ella se levantó y quedó a la espera. Pero el maestro no la invitó a pasar, por el contrario, hizo ver que la ignoraba y cerró los portones.

May agachó la cabeza y comenzó a bajar los escalones. Entonces uno de los portones se abrió y ella se volvió.

—Hola, tú debes ser May —apareció Ba-Ghan.

La joven dio un paso atrás y se mostró seria.

—Pasa, no te quedes ahí —la invitó Ba-Ghan.

—No.

—¿No? ¿Por qué? Anda, pasa.

—No puedo entrar en un templo sagrado sin el consentimiento del maestro.

Ba-Ghan alzó las cejas, sorprendida.



—Debo mostrar el respeto debido —insistió May.

Ba-Ghan alzó la vista, el cielo oscurecía y comenzaba a llover. Miró a May sin poder desprenderse del interés que le provocaba aquella muchacha y, sin lograr convencerla, entró en el templo. Fue al vestuario, para cambiarse de ropa. Cuando salió, se asomó por un ventanal y vio a la joven en la callejuela, calada por el agua. Con cierto enfado, se dirigió hacia Coy, el cual se hallaba rodeado de velas meditando frente a la imagen de Shu Chung.

—¿Por qué no la dejas entrar? —preguntó.

—Ya sabes: es un dragón —contestó Coy.

—Por favor... Está poniéndose chorreando, pobrecilla.

—Eso no es nada para ella.

—¡Sal y dile que entre!

Coy remugó dos palabras ininteligibles, se levantó y se dirigió a un ventanal, desde donde podía observar la figura de May bajo la lluvia.

—Mañana empezamos a entrenar fuerte para el torneo, haremos tres grupos: formas a mano vacía, exhibición con armas y combate —aseguró.

—¿Combate? Nadie espera que hagamos combate, ¿quién va a combatir?

—Eso ya lo pensaré —contestó Coy y regresó al altar.

—¿Y May? ¿De verdad no vas a salir?

Coy cerró los ojos para volver a concentrarse, ante la mirada disconforme de Ba-Ghan, y trató de dejar su mente vacía para ocupar la nada.

CAPÍTULO 7

Cada día, al terminar la jornada en el local de almuerzos, May se dirigía al Templo Mabu y allí permanecía en pie o sentada, ante los grandes portones, hiciera calor o calada hasta los huesos por el agua de la lluvia. Los discípulos no comprendían qué pasaba con aquella muchacha de pelo rapado y mirada oscura, ni sabían quién era y cada vez se mostraban más intrigados. Al anochecer, cuando Coy cerraba, ella marchaba hasta una pinar cercano al río y comenzaba sus ejercicios; practicaba artes marciales en soledad. Era su rutina diaria pasaba la mañana fregando platos, limpiando mesas; las tardes transcurrían ante la entrada del templo, sin hacer más que ver pasar el tiempo, esperando; y por la noche entrenaba cuerpo y mente entre pinos, realizando formas, tensando su cuerpo al límite. Eso cuando no se acercaba al puente del río Idubeda, atraída por las peleas que allí se ofrecían.

Una mañana temprano, la guardia apareció en el local de Sasha. Joe Dafoe iba en cabeza de la comitiva, pues lo acontecido con aquellos delincuentes había despertado su curiosidad. Aunque todos parecían haber olvidado el incidente, él no. ¿Cómo era posible tal hazaña en una joven friegaplatos? No, eso no era creíble. Y ahora que tenía mando, quería saber, conocer más de esa muchacha. Revisando el caso, pronto descubrió que la precisión de cada golpe dejaba



constancia de que quien los había propinado sabía muy bien lo que hacía.

—Hola, Sasha. Ponme unos churros, anda —dijo entrando en el local.

—¡Jefe Joe! ¡Cuánto honor! —le agasajó Sasha—. Enseguida van esos churros.

—¿Dónde está la joven? —preguntó cruzando el local y llegando hasta la cocina.

—¿Quién? ¡Ah, May! ¿Viene por lo del atraco? Ya le dijimos todo a sus hombres. ¡Ay! Una no puede estar tranquila ya ni en su propia casa, espero que esos rufianes pasen mucho tiempo entre rejas, a ver si aprenden.

—Tranquila, no saldrán en una temporada muy larga.

La guardia que acompañaba a Joe Dafoe, dos hombres de ancha espalda y largas lanzas, se sentaron. Sasha fue a la cocina con cierta prisa, llamando a May en su camino. Pero al entrar, sorprendida, vio que no estaba. Se había marchado por la puerta de atrás. Por lo visto, la muchacha no tenía ganas de hablar con nadie sobre lo acontecido, ya había tenido bastante el día que declaró y los que siguieron hasta que la dejaron en paz.

—Pues no está, ha salido —regresó al salón.

—¿No está? —preguntó Joe Dafoe y se sentó junto a sus hombres.

—¡Ay, sí! La niña tenía que salir hoy a hacer unos recados. No me acordaba, igual no vuelve hasta mañana —mintió Sasha.

—¿Mañana? Me han dicho que vive aquí.

—Sí, bueno: duerme aquí. Se va al mediodía y no regresa hasta la noche, creo que sale para correr, eso dice. Seguro que sí, pues regresa toda cansada y sudada.

—¿De qué la conoces? ¿Quién es?

—Pues no sabría decirle, llegó hace unos meses. Ay, jefe Joe, no me asuste, ¿qué ha hecho? ¿Ha pasado algo?

—No, no se preocupe. Jotko dice que es muy buena, que tiene kung fu. Además, he oído que está ganándose, de vez en cuando, unas monedas extra peleando en el río, bajo el puente, y todavía no he coincidido con ella.

—No, no sé nada de eso. Pero pegar, pega duro, eso seguro, ya le digo.

—¿Podrías decirle que me gustaría conocerla? Solo es eso.

—Ah... Sí, claro.

—¿Se lo dirás? Bien. ¿Cuánto te debo por los churros?

—Nada, jefe Joe, la casa invita. Siempre es bueno verles por aquí.

Conforme se alejaron Joe Dafoe y la guardia, May regresó.

—Han venido a buscarte. ¿Dónde estabas? —le preguntó Yan Yan.

Sin responder, May se puso el delantal y comenzó a fregar.

—Podrías enseñarme —sonrió Yan Yan.

May la miró sin pestañear, como ignorando a qué se refería.

—A eso, a pelear —insistió la muchacha.

—No soy maestra y las artes marciales no se deben practicar fuera de una disciplina. Si deseas aprender, debes buscar un buen maestro. ¿Por qué no vas con tu primo a esa escuela? Él podría enseñarte, sabe de kung fu.

—No es tan bueno como tú. ¿Por qué no te gusta mi primo? ¿Tienes novio?

—No. ¿Qué preguntas son esas? —replicó May sorprendida.

—Entonces ¿te gusta? A él le gustas mucho, pero desde que te vio pelear parece que se asustó —sonrió Yan Yan, pícara, y calló de inmediato al ver llegar a Jotko.



—Hola, ¿cómo están hoy mis chicas preferidas? —saludó el muchacho.

May le miró de lado; era guapo el muchacho, simpático y parecía buena persona. Luego siguió fregando sin mostrar interés alguno. Sí, seguro que podía hacerle mucho daño a aquel joven; los dragones no saben de amor.

Tras el almuerzo y la limpieza del local, May paseó por las calles de la ciudadela con destino al Templo Mabu. Llovía, no mucho, lo suficiente para ir calándola. Como cada día, esperaba pasar la tarde sentada en los escalones de la entrada y de nuevo, cuando anocheciera, correr hacia el pinar para entrenar sus artes. Pero cuando llegó ante los viejos portones, una sorpresa la aguardaba.

—Entra, te vas a mojar —le ordenó Coy.

Perpleja ante lo inesperado, May quedó muda; no podía hablar de la emoción.

—¿No vas a entrar? —insistió Coy.

La joven cruzó los portones de aquel humilde templo por primera vez y, emocionada, sintió como si atravesara las puertas del gran Templo de Brahman en Shambala, allá en las lejanas Montañas Sagradas.

—Empezamos ahora mismo. Tenemos un tiempo hasta que lleguen los demás. Luego entrenarás con ellos, como una más. May, escucha: si aparece la bestia que llevas dentro, deberás marchar. Esto es una escuela de paz. ¿Estás preparada?

—Sí, maestro.

—Cuando el discípulo está preparado, aparece el maestro. Practicaremos tai chi chuan.

Ella alzó un ceja y estiró los labios, como sorprendida o disconforme.

—Toda tu vida has entrenado el lado yang del kung fu, has desarrollado tu arte en la ofensiva —aseguró Coy—. Ahora

entrenaremos el yin: aprenderás a pelear desde la defensa, usando la fuerza de tu adversario, desde la ágil meditación en movimiento. Hagamos unos estiramientos.

Al momento comenzaron a practicar, repitiendo formas una y otra vez. No necesitaba mucho ella para seguir al maestro; si bien, acostumbrada a los movimientos rápidos aprendidos lejos de allí, más afines al karate, le costaba mantener aquella constante armonizada del tai chi chuan.

—Otra vez, ahora tú sola —dijo Coy.

Ella asintió, se posó firmes y saludó posando una mano en vertical en el pecho, con la palma abierta e inclinando la cabeza. Desplazó el pie izquierdo, haciendo un pequeño semicírculo y lo apoyó, quedando en una postura de piernas ligeramente flexionadas. Inspiró y alzó los brazos hacia delante, hasta la altura de los hombros. Expiró bajándolos, a la par que doblaba ligeramente las rodillas. Acto seguido hizo un pequeño círculo hacia la derecha y luego, estiró los brazos hacia la izquierda...

—No, vas demasiado rápido —la interrumpió Coy—. No tengas prisa, acompaña cada movimiento con tu respiración, llenando el vientre. Deja que la fuerza fluya en ti por sí sola, enraizando la energía desde tierra.

May comenzó a realizar la forma otra vez, concentrada.

—No, empieza de nuevo. Observa —interrumpió de nuevo el maestro y se colocó ante ella para representar la forma—. Al contrario de lo que has aprendido hasta ahora, debes practicar desde la paciencia, tienes que aprender a respirar con cada movimiento, a conjugar la parsimonia precisa de la tierra... —aseguró dando un paso muy lentamente— ...con la armonía del agua... —dijo moviéndose ágilmente—. ¡Y ese estallido de la energía del fuego! —exclamó sacando veloz el brazo con el puño cerrado, de forma explosiva.



May comenzó a imitarle.

—Tienes que hacer de cada movimiento un arte, sentirlo como parte de ti misma—continuó el maestro—. Es importante que te fijes en la guardia, en el pie de apoyo. Al principio te costará, pero al final nacerá de ti, de lo aprendido y reaccionarás sin darte cuenta.

La campanilla de la puerta sonó. Ba-Ghan entró y quedó gratamente sorprendida al ver allí a la muchacha. Miró muy complacida a su amado, el cual le devolvió la mirada como diciendo “qué le voy a hacer”. Entró en el vestuario, se cambió y se puso junto a May para acompañarla en cada movimiento. Cuando llegaron los discípulos del templo, quedaron mirando con asombro a la nueva y su arte, que a pesar de ser su primer día era tan bueno como para aplaudir cuando finalizaron la forma.

—Ella es May, estará con nosotros un tiempo —la presentó Coy.

Muy lejos de allí, Orton se estrelló brutalmente contra la pared de su casa, derruyendo parte del tabique con la violencia del impacto. La garra metálica del general Shojuko lo enganchó del cuello, apretando sin piedad. Lo alzó al aire tal cual un pelele a pesar de su gran tamaño y lo lanzó contra la sala de la cocina. Mesa y sillas crujieron mientras la anciana Baba lloraba sin poder moverse, sujeta por varios hombres de negro con máscara de demonio.

El general, envuelto en gruesas pieles de leopardo, con el rostro oculto tras aquel horrible yelmo de largos cuernos de búfalo y con esa mirada tenebrosa, avanzó de nuevo ante Orton y le golpeó duro con el pie en las costillas, por dos veces. Después se agachó y le tiró del pelo de la barba hacia

arriba, alzándole el mentón y la cabeza, y puso los labios junto a su oreja.

—Dime, hombre oso: ¿dónde está?

Orton no contestó, cerró los ojos y apretó los dientes resignado.

—La gente habla: la muchacha estaba en el puerto, a tu lado —aseguró Shojuko.

—Marchó, fue antes de la gran nevada. Debe creerme, señor. Por favor, deje a mi hijo, perdón, él no sabía, por favor —le rogó Baba.

Shojuko la observó con desprecio y agachó la cabeza gruñendo.

—¿No sabía? —remugó volviéndose ante Orton, alzando la mano—. ¿Dónde fue, perro traidor? ¿Dónde?

—No golpeéis más a mi hijo, por favor. Esa joven está en el Levante peninsular, en la ciudadela de Sambori. Allí está, es la verdad —aseguró Baba entre lloros.

—¿En las tierras del rey Azahar? ¡Cómo no! ¿La habéis enviado con su hermana?

—No —murmuró Orton.

—¿Sabe que no es su hermana? —preguntó Shojuko.

—Ella no sabe nada, mi señor —aseguró Baba, logrando zafarse, y se echó a los brazos de Orton, el cual yacía en el suelo sin fuerzas, sangrando los golpes y cortes—. Os lo ruego: ya sabéis donde se halla, marchad de mi hogar.

Shojuko, sin piedad, golpeó a Baba con tal fuerza, para apartarla de Orton, que sus afiladas garras metálicas se hundieron en el pecho de la anciana, atravesándola por completo. Ella cayó de rodillas, observando con pena a su hijo. El general puso el pie sobre su hombro y empujó a la par que recogía sus garras. Baba se derrumbó contra la madera del suelo de frente, sin vida.



—¡No! —gritó Orton y trató de levantarse.

Un golpe tremendo en un costado lo envió de nuevo contra el suelo; y con una fuerte patada en el pecho, Shojuko lo lanzó contra la puerta de la casa, crujéndola por completo. Orton rodó fuera del hogar y quedó maltrecho sobre la nieve. Vomitó una arcada de sangre y luego, entre gemidos, trató de arrastrarse hacia su hogar, hacia el cuerpo de su amada madre.

—Seguro que ella no sabe nada —murmuró Shojuko, acompañándole en su lento camino, observando cómo se arrastraba penoso—. ¿Cómo le ibas a contar?

Al momento, cuando Orton alcanzaba la puerta de la cabaña, le pisó la cabeza, hundiéndola en la nieve, hasta que dejó de arrastrarse, de moverse; y lo miró con desprecio. Luego anduvo en silencio, con las manos atrás, hasta llegar al embarcadero, y quedó mirando el mar helado, ese horizonte azul tan lejano. Y se volvió hacia el capitán de su guardia.

—¡Traedme a esa basura!

Orton fue arrastrado entre seis guardias y lanzado a los pies del general.

—Tú, hombre oso, maldito traidor, tú la has mandado lejos de mí —murmuró con esa voz gutural capaz de aterrorizar al más valiente de los hombres, y le acercó su mano armada a la cara, estirando su afilada garra de acero...

CAPÍTULO 8

A orillas de río Idubeda, donde se formaba una pequeña planicie de aguas calmadas, guijarros y arena, May se bañaba relajando el calor de su cuerpo. Yan Yan, siempre con ganas de jugar, le saltó encima y las dos se hundieron. Sasha permanecía tumbada, soleándose contra un frondoso álamo, con una brizna de hierba en la boca; era su merecido día de descanso. Jotko observaba atento los juegos de su prima y de aquella joven que aceleraba su corazón con solo mirarla. No podía evitar recrearse mirando a May: era tan guapa, valiente, inteligente y misteriosa. Cada día que pasaba se encontraba más enamorado de esa bella desconocida que tanto lo ignoraba. Desde que May llegara a Sambori, el tiempo pasaba y no en vano; la prueba era ella misma, su melena comenzaba a alcanzarle los hombros. Su vida parecía haber cambiado, al menos lo suficiente como para sonreír en ocasiones: tenía un maestro que bien la orientaba en sus artes y una familia que le daba cariño, trabajo y un hogar. Sus ojos volvían a relucir ese azul hielo tan hermoso, apenas nada quedaba de la oscuridad con la que se presentó por primera vez en el Templo Mabu.

Nadaron las dos jóvenes hasta un pequeño islote rocoso que se situaba en el centro del río; se alzaron sobre la vertiente de una roca y comenzaron a saltar al agua una y otra



vez, dándose buenos chapuzones. Yan Yan, riendo feliz, dio una cabriola al aire que asombró a May y que le hizo exclamar un impropio a su primo conforme se hundía salpicando. En ese momento, la sombra de un cuervo se reflejó en la superficie y un graznido estremecedor se dejó escuchar.

May posó la mirada en el cielo y de inmediato sintió ese calor sofocante, sangre de dragón, alertando sus instintos. No estaban solas. Fijó la mirada en la orilla, en los árboles, en los cortados del río y en el agua. Yan Yan no aparecía. La llamó a gritos, por tres veces, sin hallar más respuesta que unas tenues burbujas. El cuervo graznó de nuevo una y otra vez, no paraba, y ella se zambulló rápidamente, conforme Jotko se lanzaba también al río alarmado ante los gritos.

Sasha corrió hacia la orilla sin saber qué acontecía.

—¡Jotko, May, Yan Yan! —buscaba.

Bajo las aguas, al no hallarla alrededor del islote, May nadó hacia la zona más profunda. Yan Yan estaba presa de lo que parecían unas enormes raíces; meciéndose con la corriente, inerte, inconsciente. En cuanto May la vio, nadó con todas sus fuerzas, la jaló del pelo y de un brazo y tiró potente hacia arriba. No, no había forma. Se volvió, aguantando, sin respirar, y entonces vio que una de aquellas raíces que envolvía el tobillo de Yan Yan no era sino una mano... Un horrible rostro de engendro surgió de la oscuridad abalanzándose sobre ella.

Jotko y Sasha se sumergían una y otra vez con la desesperación de no ver nada.

—¡May! ¡Yan Yan! —gritaban cada vez que asomaban la cabeza fuera del agua.

Entonces, el río pareció hervir por momentos; un estallido caliente les lanzó violentamente contra la vegetación del cauce. Abrumados, Sasha y Jotko corrieron de nuevo al río, pues Yan Yan asomaba su carita por la superficie. Tras

ella apareció May, buscando aire, llenando los pulmones a bocanadas, escupiendo agua. Al momento, estaban madre e hijo encima, ayudándolas a llegar hasta la orilla.

Allí quedaron tumbadas boca arriba, tosiendo, respirando con ganas.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? —preguntó Sasha, muy nerviosa.

May se levantó y dio dos pasos atrás, mostrándose seria; se volvió posando la vista en el río, recorriendo ambas orillas, observando las sombras que se movían entre los juncos y la vegetación palustre. No vio nada. Bajó la cabeza y miró de reojo atrás, conforme se recuperaba Yan Yan. Escuchó los llantos de Sasha, los ánimos de Jotko; cerró los ojos, esas perlas que se tornaban de nuevo oscuras. Sin más, se dirigió hacia el álamo donde guardaba su morral y la ropa. Se vistió con ropa seca y comenzó a alejarse. Sobre la roca que afloraba en el centro del río, se posó el cuervo, graznando desafiante.

—¡May! —la llamó Jotko.

No hubo respuesta.

Las aguas del río volvían a estar frías.

Bajo la superficie, la corriente arrastraba el cuerpo vencido del engendro.

—¿No ha venido hoy tampoco? —preguntó Ba-Ghan en el Templo Mabu.

—No —respondió el maestro Coy.

—¿Le habrá pasado algo? Estoy preocupada, nadie la ha visto desde que pasó...

—Estará bien —aseguró Coy y entró en el vestidor.

Ba-Ghan le siguió.



—Deberías buscarla, te necesita —replicó ella asomándose. El maestro alzó los ojos al techo y resopló.

Aquella misma tarde salió de paseo por la ciudadela. ¿Dónde podría estar? No la encontró por ningún lado y la noche se echaba encima. Finalmente se fue al pinar del río, donde May solía ir antes de ejercitar en el templo, y se sentó en la hierba. Cruzó los pies y juntó las manos, respiró profundo, cerró los ojos, posó la lengua en el paladar y quedó en silencio. Solo se escuchaba el viento que agitaba levemente las ramas de los árboles, el agudo chillido del murciélago y el cantar de algún grillo. Y comenzó a pasar el tiempo... hasta que notó aquella sensación que tan solo él podía percibir: el aura de un dragón. Ni se inmutó.

—¿Me buscas? —preguntó May posándose ante él.

Coy la miró con ojos entrañables. La joven había perdido ese hálito jovial y alegre que había conocido en las últimas semanas.

—Ba-Ghan piensa que te podría pasar algo, está preocupada. No deberías hacer sufrir a los que te quieren, a tus compañeros y amigos.

—¿Quererme, compañeros? Yo no necesito compañeros, no tengo amigos.

—Lo sé, tienes alma de dragón. Dime: ¿necesitas un maestro?

May quedó en silencio, cabizbaja, con los labios estirados.

—¿Qué pasó en el río? —preguntó Coy.

La joven no contestó, solo apretó los labios.

—¿Duermes en el bosque? —insistió Coy.

—Es buen lugar, nadie me molesta.

—Y no pones a nadie en peligro. Bien; debo irme, es tarde.

Coy se levantó y le dio la espalda para alejarse tranquilamente con las manos atrás.

Ella quedó pensativa, viéndole marchar.

—Fue un engendro, trató de llevarse a Yan Yan; seguro que venía por mí.

Coy se detuvo por un momento. Después asintió y continuó sin hacer más caso que un leve chasquido de lengua.

—Brazos arriba, las palmas abiertas sobre la cabeza —dictaba Coy.

La tarde transcurría en el Templo Mabu entre ejercicios continuados, todos atendían y se esforzaban lo suyo; en especial los que tenían que competir, ya fuera a mano vacía o con armas; no en vano el día siguiente se iniciaba el torneo, el prestigioso Torneo de la Corona de Azahar.

—Descansad... Escuchad, por favor —les pidió Coy.

Los discípulos se sentaron alrededor del maestro formando un semicírculo. En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Para sorpresa de todos entró May, se acercó al tatami y saludó juntando las manos y agachando la cabeza. Nadie dijo nada. Y se sentó la última con esa mirada tétrica que había vuelto a apoderarse de ella.

—Los próximos días son un tiempo para disfrutar, quiero que entendáis esto —aseguró Coy mirándola de reojo—. Es importante que seáis conscientes de ello. No penséis en que es una competición, tenéis que salir y dejar fluir vuestro arte. Apartad de vuestro lado la presión de vencer y ese temor a quedar bloqueado, a perder. Para mí, lo importante es que lo hagáis lo mejor posible y que lo paséis bien. Lo que tenga que ser, será. No sucumbáis a la angustia por ganar, siempre puede haber un adversario que lo haga mejor o que simplemente tenga un buen día. Si vais con la mente despejada, centrados y con ganas, bastará para hacer un buen papel e incluso para



quedar entre los mejores. ¡Alzarnos con un galardón! El secreto es ese: no pretendáis ser más que el adversario por destacar, ni menos que nadie por temor a defraudar. Sed vosotros mismos, aplicad vuestro arte, sentid y disfrutad el momento. Y todo irá bien.

El maestro se levantó, alzó los brazos inspirando profundamente y los bajó expirando, por tres veces seguidas. Se volvió y saludó ante el cuadro del maestro Shu Chung y cerró la clase con un aplauso. Después se despidió de sus discípulos dando ánimos ante el desafío del torneo. Mientras estos abandonaban el templo, May esperaba prudente sentada en el centro del tatami.

—Has regresado —dijo él acercándosele.

—Quiero acompañaros.

—No.

—Estoy preparada.

—No has venido últimamente, creía que nos habías dejado.

May quedó cabizbaja, con los ojos hacia arriba.

Coy la observó pacientemente.

—¿Dónde has estado todo este tiempo, en el pinar?

—Meditando. Sí, necesitaba respirar. Los demonios de Shojuko están aquí.

—¿Demonios? Hazme la forma 36 tai chi chuan.

—¿Ahora?

—Sí, ¿o acaso tienes prisa por regresar al bosque a esconderte de tus miedos? —preguntó Coy de forma casi ofensiva—. Adelante: quiero tierra, agua y fuego.

May comenzó el ejercicio. Firmes, se dejó llevar por su propio arte con un ligero movimiento, armonioso; dobló levemente las rodillas y separó el pie izquierdo para equilibrarse... El maestro observaba, no tenía nada que decir. La ejecución de la forma era perfecta: agua cuando se requería

armonía, tierra cuando se realizaban los movimientos lentos y fuego con cada explosión vital de ataque. La respiración la acompañaba en cada paso y la vista la tenía siempre posada en la mano que iniciaba una forma o al frente cuando eran ambas las que actuaban al unísono; sus pies se enraizaban en tierra como él nunca había visto, absorbiendo pura energía. Sin embargo, cuando May cerró el ejercicio, se alejó sin decir nada.

—¿Y bien? —preguntó ella.

—No tienes nada que temer, Shojuko está lejos. Aunque sabe que te escondes aquí, de eso no hay duda. Te lo ha hecho saber.

—La anciana sí está aquí. Su cuervo me vigila.

—¿Qué anciana? ¿Un cuervo te vigila? Shojuko te quiere siempre desquiciada y lo está consiguiendo. No le des el gusto, aleja al general de tu mente. Ahora tienes una nueva vida y eso no puede impedirlo, si no se lo permites.

—No puedo, ya no. Lo intenté, de verdad, pero aquel día en el río con Yan Yan... Casi la matan. Shojuko ha robado mi vida, está aquí. ¿Cómo voy a sacarlo de mi mente?

—¿Acaso puedes hacer algo para que no amanezca mañana? No, eso no es algo que esté en tus manos. Descansa esta noche, procura dormir. No pretendas esconderte del sol ni alcanzarlo; sin duda amanecerá y será lejos, muy lejos de tu alcance.

May asintió con una mueca de pena, reflexionando aquellas palabras.

—Quiero competir —insistió después.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Me parece bien, harás esta misma forma que has ejercitado.

—No, no puede ser. Yo quiero combatir, lo necesito; estoy preparada.



—Lo sé, no lo dudo.

—¿Entonces?

—Estás preparada para luchar contra un enemigo, no para competir con un adversario. Ahora dime: ¿quieres acompañarnos mañana?

—Sí.

—Pues harás la forma 36 tai chi chuan, mano vacía y no te retrases —dijo Coy conforme se alejaba del tatami.

May arrugó los labios y frunció el ceño, pero no replicó. Al menos podría ejercitarse y tratar de alejar esa sensación fatal que la colmaba a menudo; esa llamada a la lucha, a la venganza, que clamaba dentro de ella. Y más ahora que Shojuko la había localizado. ¿Debía huir de nuevo? ¿Buscar otra escuela en un lejano reino desconocido? No, tarde o temprano la encontraría de nuevo. El maestro tenía razón: debía dejar de esconderse y vivir su vida. Si ese maldito cuervo negro se le acercaba, lo dejaría sin plumas. Con desasosiego pensó en Orton y Baba: nadie más en los territorios orientales sabían dónde se hallaba. ¿Les habría pasado algo? Luego recordó las palabras de Coy, el cual estaba en lo cierto: no podía impedir que saliera el sol ni alcanzarlo. Lo que sí podía hacer es prepararse para recibirlo y un día, tal vez fuera posible que, en ese día, pudiera alcanzarlo.

CAPÍTULO 9

En la gran capital, la plaza de la fortaleza real lucía sus mejores galas para recibir el Torneo de la Corona de Azahar. Cada escuela desfilaba ante el monarca y las autoridades mostrando sus respetos; seis tatamis estaban preparados para abarcar las diferentes artes y modalidades, desde los más jóvenes hasta los adultos más avanzados. Todos vestían los kimonos de competición con los colores y emblemas de cada escuela. En las calles había malabares, concursos, carreras de sacos y trovadores con su música. Era un día de fiesta. Y allí estaba May, vestida de blanco, como el resto de los miembros del Templo Mabu.

—Me hubiera gustado competir de negro o tal vez de rojo —remugó ella.

—El color de nuestra escuela es el blanco —aseguró Ba-Ghan.

—¿Vas a estar quejándote todo el día? —preguntó Coy.

Pasó la mañana y los discípulos más jóvenes fueron los primeros en competir y lo hicieron muy bien, pisaron el pódium por dos veces. Fue la única escuela de Sambori que lo lograría. Los demás equipos premiados hasta el momento eran de otros reinos, de otras tierras de la Corona. May, sentada en una grada, esperaba paciente su turno; le gustaba



contemplar las exhibiciones, las cuales le parecieron muy dignas por agilidad y arte.

Sonaron las trompetas y quedó pendiente de la llegada al palco real del rey. ¡Un rey! Nunca había visto uno. Sabía que existían, pero no comprendía su poder y voluntad sobre tanta gente. Entonces abrió la boca, anonadada; el corazón pareció darle un vuelco. Hacía tanto que no la veía, que no sabía nada de ella. Pero no había duda: ¡era su hermana! Estaba allí, junto al rey y las demás autoridades.

—May, qué bien verte aquí —la sorprendió Jotko.

—¿Eh? —replicó ella.

—No sabíamos nada de ti desde aquel día, en el río. Fuiste muy valiente, salvaste la vida de Yan Yan. Todavía no sabemos qué ocurrió, pero sí que te echamos de menos; nos gustaría que regresaras. Mi prima se pondría muy contenta y mi madre... Y yo también —aseguró el joven sin poder disimular sus sentimientos.

—No puedo —dijo ella agachando la cabeza, rehuendo su mirada.

—Habéis arrasado: ¡dos galardones! ¿Tú no calientas? ¿No vas a competir? —preguntó Jotko cambiando de tema al ver que May se sentía incómoda.

—Sí, pronto; creo.

—¡Qué bueno! Yo peleo mañana. ¿Sabes quiénes son tus adversarios?

—No lucho. Haré la forma 36 tai chi chuan, mano vacía. Jotko quedó mirándola, incrédulo.

—¿No combates?

—¡May! ¡Al tatami! —la llamó Ba-Ghan.

May formaba en la línea de competición, la primera; su turno había llegado. Alzó la mano y fue invitada por los jueces a entrar en el tatami. Ocupó su lugar, saludó al

frente y comenzó a realizar la forma tai chi chuan tal cual había aprendido de Coy, movimiento tras movimiento a la perfección: tierra, agua y fuego, mano cheen y un enraizamiento que la hacía dueña del chi que recorría su cuerpo. Pero entonces escuchó un graznido que agitó su alma de dragón. Por el rabillo del ojo vio a una vieja anciana vestida de negro en una grada, en la más alta, con una mirada gris puesta en ella, como si la estuviera examinando. Perdió la concentración y se bloqueó. Cruzó la vista con el maestro, el cual y con un discreto movimiento de cabeza, la instó a que continuara. Ella reaccionó rápidamente, adelantando el pie derecho. Luego deslizó el cuerpo hacia delante, añadió un movimiento explosivo de manos y un salto con patada frontal; cayó en cuclillas, sobre un pie, en puro equilibrio y, dando dos pequeños saltos atrás, recuperó los tradicionales pasos de la forma. Todo lo hizo de tal manera que los jueces quedaron perplejos, sin poder saber si había sido algo preparado o espontáneo. Se retiró pendiente del público buscando con la mirada, pero la vieja había desaparecido. Entonces vio al cuervo negro volar hasta posarse sobre el toldo del rey, cerca de su hermana, la cual reía en el palco. Quedó seria, preocupada.

Sin aquel despiste que la había forzado a improvisar, posiblemente hubiera salido vencedora. Se llevó el tercer galardón en su modalidad, triste consuelo.

Tras los premios y las felicitaciones, May trató de ver a su hermana, de alcanzarla. No pudo, pues esta desapareció tras la estela del rey, rodeada de lanceros, apenas finalizaron las exhibiciones. Esa noche no pudo dormir, en su mente estaba aquella anciana, el cuervo y su hermana. Un infierno en llamas la abrazaba, haciéndola sudar entre pesadillas que no acababan.



Al día siguiente continuó la competición y llegaron los combates. Finalmente nadie representaba al Templo Mabu; era algo que a May no le hacía gracia, pues estaba ella. Pero así lo había decidido Coy. Se acomodó en una grada y quedó mirando la lucha, las entregas de premios, todo, remugando su frustración. Siguió con interés las dos batallas que tuvo que librar Jotko. No lo recordaba tan bueno, tanto en pie como en el suelo. El muchacho sabía cómo vencer a sus oponentes. Al primero le ganó la espalda y lo atosigó a golpes, sin soltarlo, hasta que logró hacerle una llave de brazo; al segundo, enorme, lo venció tras agotarlo a base de tesón. Parecía que se perfilaba como favorito y ella se sintió orgullosa; deseó bajar, darle un abrazo y felicitarle. No lo hizo.

—Estás aquí, por fin te encuentro.

May se volvió, dejando espacio a Coy.

Ambos quedaron observando los combates.

—Esta tarde se inicia la lucha de féminas. ¿Te animas? — preguntó Coy.

Ella le miró sin entender.

—¿No querías luchar? Llegó el momento, pero no lo olvidas: tu rival no tiene la culpa de enfrentarse a ti, no es tu enemiga, solo es una competición, deporte.

A última hora del día May fue llamada al tatami de combate bajo el pabellón del Templo Mabu. Se sentía pletórica, su alma de dragón parecía querer estallar dentro de ella. Pensó en las palabras del maestro, dudó por unos momentos y se miró los puños, vendados y preparados para la lucha. No, su rival no tenía la culpa de nada. En ese momento escuchó a Jotko, la animaba con varios gritos y una sonrisa y aquello le gustó. Los compañeros del templo estaban deseándola verla luchar, tanto como habían oído hablar de su arte.

May pisó el tatami con su kimono blanco y estudió en torno suyo, al público que la miraba en silencio. Luego dirigió la vista hacia el palco real, donde para ella destacaba, de nuevo, la presencia de su hermana, que bien la ignoraba y alegre se mostraba. La rival saltó insultante, era grande, musculada, de larga coleta trenzada y mirada asesina. ¿Rival? Más bien parecía el enemigo con aquella imagen voraz. Vestía faldilla y peto y unos cómodos botines de pieles, su cuerpo era todo tatuajes de calaveras y demonios.

—No me vas a durar ni un quejido, flaca —le aseguró la rival.

No pudo decir más.

Una patada frontal en el mentón valió para que May eliminara a su primera adversaria; rápida, contundente. El combate había durado menos que un parpadeo. Los chicos del Templo Mabu saltaban emocionados. Jotko estaba aún con la boca abierta. Coy y Ba-Ghan sonreían mostrando serenidad. Cuando May salió del tatami, volvió de nuevo la vista al palco real y pudo comprobar que el semblante de su hermana había cambiado por completo: ya no reía, sus ojos estaban fijos en ella como si también la hubiera reconocido.

El combate no había pasado desapercibido para nadie.

—May

—¿Sí?

—Has estado fantástica —dijo Ba-Ghan acercándose y le dio un abrazo.

May asintió cabizbaja y con lo ojos en alto.

Y vio marchar a su hermana del palco.



CAPÍTULO 10

Pasados tres días, el torneo seguía con su pulso y los combates. May volvió al tatami, había vencido relativamente fácil a tres oponentes más: una salida de tatami, una lanza y una llave de brazo, con cada oponente usó una estrategia diferente. Ahora, con una victoria más tendría acceso al título de campeona. Su adversaria se lanzó contra ella golpeando veloz, tanto que no pudo impedir recibir dos directos en la cara. El tercero lo esquivó con un cinta, a la vez que se volvía lanzando el puño hacia atrás, golpeando en la sien a su rival, la cual cayó aturdida por el impacto. De un salto, la montó en la espalda, la rodeó con las piernas, metiendo los pies en forma de ganchos en las ingles, le atenazó el cuello con un brazo, ejerciendo presión con el otro sobre el mismo, y se arqueó hacia atrás. Nada pudo hacer su rival contra aquel mataleón perfectamente ejecutado, quedó inconsciente en un momento.

Todos quedaron impresionados.

May salió del tatami con los brazos en alto, siendo aclamada incluso por el rey y las autoridades. Su hermana, allí presente, miraba atónita, sin mostrar alegría alguna.

—¡Mañana puedes ser la nueva campeona! —le dijo Jotko desde fuera del tatami. Al joven no le había ido nada mal en sus batallas, de hecho era finalista, levantando el entusiasmo

de muchos, pues hacía décadas que nadie de la ciudadela lograba alzarse como amo del torneo.

May miró al palco buscando a su hermana, pero esta se había ido.

—¿Quieres que...? —fue a preguntar Jotko.

—No, necesito relajarme. Tú también deberías descansar; mañana es tu día, estás en una gran final y no será fácil —le interrumpió May y se alejó sin más.

—Así me gusta, concentración. Mañana es un gran día y tú también tienes una gran final; te enfrentas a la campeona y es toda una fiera —remugó Jotko bastante contrariado, ya que al fin se había armado de valor para invitarla y decirle lo que sentía por ella.

No pudo ser.

May se dirigió por las callejuelas hacia sus dependencias, un modesto hostel donde descansaban algunos de los participantes del torneo, entre ellos los compañeros del Templo Mabu. Llevaba al hombro un morral y miraba al frente. Quería pensar en su hermana, sí. Pero no; para su sorpresa descubrió que no podía quitarse de la mente a Jotko. Estaba desconcertada. ¿Sentía algo por ese muchacho? No ¿o tal vez sí? Recordó con cariño las palabras de su amigo el oso Orton: ¡El mal de amor! De pronto, un escalofrío la hizo dejar atrás sus pensamientos y ponerse en guardia. Miró al cielo y vio la figura del cuervo sobrevolarla. Estiró los labios y decidió ignorarlo tal cual le había dicho Coy. Aceleró el paso y ahora sí, recordó tiempos felices con su hermana. Deseaba verla, abrazarla, sentirla de nuevo a su lado. Aunque tal vez lo mejor sería alejarse de ella mucho y cuanto antes. Y volvió a pensar en Jotko. ¿Qué le estaba pasando? Nunca había tenido tales preocupaciones, esos sentimientos que afloraban y parecían sustituir su ira.



Entró en el hostel, atravesó la taberna que ocupaba la primera planta y esa barra cargada de cerveza donde guardias y gentes bebían. Escuchando alguna guarrería, subió la escalera de madera que la llevaba al piso superior y que bien crujía a cada paso que daba. Abrió la puerta de su habitación, solo quería descansar. Se quedó de piedra. Su hermana estaba allí en pie, apoyada en la ventana, a la luz de una vela. Parecía tensa, como si no tuviera claro si se alegraba o no de verla.

—¡Kun! —exclamó May.

—¿Quién eres? —preguntó su hermana, temerosa, mostrándose a la defensiva.

—Bien sabes quién soy.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres de mí? ¿Te envía él?

May alzó las cejas sorprendida ante aquella reacción. Cerró la puerta de la habitación, dejó la mochila sobre la cama, miró a ambos lados y luego a su hermana.

—Estás muy guapa —dijo y se sentó—. Me alegro de verte.

—No me has contestado.

—Mañana tengo un combate y espero que mi hermana me apoye. Hacía mucho que no sabía de ti, desde aquel horrible día en que te llevaron de nuestro hogar. No, el general Shojuko no me envía, solo me persigue. Pensé que si algún día volvíamos a encontrarnos, lo primero que haríamos sería abrazarnos. Veo que no.

Kun quedó en silencio y recorrió la habitación de lado a lado con las manos atrás.

—¿Sabes bien quién soy? —preguntó mirando de soslayo a May.

—Mi hermana.

—No soy tu hermana, no tienes ni idea.

May la miró sorprendida.

—¿No eres mi hermana? ¿Ya no eres mi hermana?

—¡No soy tu hermana! ¡Nunca lo fui! ¿Sabes la triste historia de los emperadores Yin y Yang? Sí, claro. ¿Quién no? Pero lo que no sabes es que su hija, la princesa heredera de aquel imperio caído en desgracia, sobrevivió. ¡Esa soy yo! El capitán de la Guardia Imperial me salvó de mi terrible destino. Huyó de palacio conmigo y me escondió en el hogar de un viejo conocido, esperando hallar una solución. Allí supo del avanzado estado de gestación de una mujer que habitaba en la falda de las Sagradas Montañas, en una humilde cabaña. ¡Tu madre! Y me hizo pasar por tu hermana melliza. ¡Era perfecto para hacerme desaparecer! Nadie lo podría sospechar nunca, hasta que llegó Shojuko.

May escuchaba perpleja.

En ese momento, de pronto, el cuervo negro se posó en el alfeizar de la ventana, graznó bajito y quedó como estudiando todo. Las dos jóvenes lo miraron sorprendidas.

—¿Y ese bicho? —preguntó Kun.

—Solo es un cuervo... negro.

—¿Es tuyo?

—No, me ha tomado cariño —aseguró May y se acercó al cuervo pesando en agarrarlo y estrangularlo allí mismo, en arrancarle cada pluma y finalmente la cabeza.

Kun tomó una capa, se envolvió en ella y cubrió su cabeza con una capucha.

—¿Ya me dejas? —preguntó May.

—Debo marchar o me echarán de menos. Entonces... ¿Te irás?

—No, creo que no.

Kun asintió y salió de la habitación.

May se asomó a la ventana y la vio marchar, unos soldados la acompañaban. A su lado se posó el cuervo, pendiente de



todo, y ella lo miró torciendo los labios. Sí, desde que había decidido ignorar al general Shojuko, no sentía ningún temor por aquel animal ni por la anciana, esa vieja bruja. Al final se quedaría en el torneo, combatiría y ganaría. Ahora que había hablado con su hermana, quería saber más. ¿Cómo que si sabía quién era? ¿Qué pregunta era esa? ¡Pues su hermana! ¿Qué le estaba contando? Daba igual lo que ocurriera o no; a pesar de todo, era su hermana. Posó el dedo índice sobre la frente emplumada del cuervo y lo rodó alrededor del pico. El ave respondió abriéndolo, como queriendo jugar. Y ella fue a darle un terrible zarpazo... Pero quedó con la mano en alto y miró atrás, pues un escalofrío recorrió su cuerpo alertándola. La puerta cayó estrepitosamente, una red de maromas se extendieron al aire y al menos diez soldados se apresuraron a amordazarla con un trapo húmedo antes de que pudiera reaccionar. Notó un fuerte olor y comenzó a marearse, la mordaza que le colocaban en la cara estaba impregnada con alguna sustancia que oscurecía su mente. No tardó en quedar inconsciente.

Aquellos hombres de uniforme la sacaron a cuestras de la habitación.

Y el cuervo voló.

El agua fría de un cubilete se estrelló contra el rostro de May. Despertó de inmediato, desconcertada al verse presa en una jaula de grueso metal, en el interior de las mazmorras de la fortaleza real y con ese soporífero olor que permanecía en su mente.

—El rey Azahar tiene espías en todas partes; nadie sabe quiénes son y nos mantienen informados de lo que se cuece en mis tierras usurpadas por ese tirano: tu amo, el general Shojuko —afirmó la princesa Kun posándose ante ella.

—¿Eh...? —remugó May sin entender.

—¿Pretendes engañarme? No puedes, lo sé todo sobre ti. ¿Acaso crees que no me preocupé por lo que te pudiera ocurrir? No lo eres, no, pero te quería como a una hermana. ¡Por todos los dioses, eras mi hermana!

—Libérame —exigió May.

—¿Para qué? ¿Para que acabes conmigo? ¿Cómo pudiste unirte a esos demonios?

May quedó en silencio y estiró los labios, bajó la cabeza y clavó los ojos en la princesa.

—Dejaste las sabias enseñanzas del maestro Suhyu para anidar la ira en tu corazón, en tu alma, al calor de ese demonio. Te ha mandado él ¿verdad?

—Yo no sabía...

—¿Qué no sabías? ¿Que tuve que huir, que asesinó a tus padres, a mis padres? ¿Que es un tirano? ¿Pensabas que yo no sabía de tus andanzas con la Guardia Negra? ¿Por qué?

—¡Quería saber, luchar! El maestro Suhyu nunca quiso enseñarme. Ya sabes: debía ser sumisa, pues soy mujer. Sí, estuve ejercitando con un capitán de la Guardia Negra, pero no era otra mi intención que aprender. También quería estar lo más cerca posible de ese tirano, en espera de una oportunidad. ¿Cómo olvidar la noche en que asesinó a mis padres? Tú no estabas, no viviste lo que pasó. Yo sí. ¡Te sacaron de allí y nos dejaron a merced del horror! Dices que eres princesa, ¿por eso te salvaron solo a ti? ¿Por eso me dejaron a mí allí, condenando mi vida y la de mis padres?

—Yo no pedí a nadie que me sacara, no sabía qué estaba ocurriendo ni quién era yo misma. A veces pienso que... ¿No lo comprendes?

—Recuerdo que era una tarde soleada. Sí, fue justo un día después de que marcharas. Estaba en el portal esperando



que llegara el maestro Suhyu. Yo no sabía el porqué, pero esa misma tarde debía irme con él, al templo, por una temporada. En su lugar apareció el general Shojuko sobre la ladera sur con la Guardia Negra. Al verle galopar, papá me entró en la cabaña y cerró de golpe. Yo no entendía nada. Shojuko tumbó la puerta de una patada. Noté su energía, tan poderosa; esos ojos profundos, tan negros. Preguntó de inmediato con su voz de ultratumba por la otra melliza, pues al verme enseguida se percató que faltaba una de las dos. Tú ya estabas lejos, muy lejos. Papá se mostró tan amable y atento como era siempre, pero no contestó. ¡Qué pena! ¡Qué horror! Tal vez ignoraba el peligro que se cernía o era consciente de que nadie ni nada podía evitar la tragedia, y decidió callar. Mamá me abrazó fuerte y yo tenía mucho miedo. Shojuko la tomó del pelo y tiró fuerte hacia atrás; de una tremenda bofetada, mamá voló de un lado al otro de la casa. Apenas trató de levantarse, cuando ya la alzaba al aire aprisionando su cuello. Papá le contestó rápidamente, esperando que la liberase; le aseguró que hacía veinte lunas que habías marchado, que ya cabalgarías por el Valle de los Mil Lagos. Nunca más he vuelto a sentir miedo.

—No era cierto...

—Lo sé, papá le mintió por salvarte a ti y nos condenó. Shojuko entró en cólera y en vez de soltarla, la atravesó con la garra metal que viste su mano, tenaz, hasta que la dejó sin vida ante mis ojos. Aún recuerdo aquella mirada de horror con la que suspiraba mientras sus párpados se cerraban.

—Lo siento, debió ser...

—Papá se le echó encima, pero nada pudo hacer. Lo apresaron entre dos guardias y le dieron de golpes hasta que no pudo ni mantenerse doblado. Sin dientes, al final habló. Le aseguró a Shojuko que marchaste con un capitán de la

Guardia Imperial, que ese capitán te llevaría muy lejos de estas tierras, más allá del ancho mar, donde nunca te pudiera alcanzar el mal: a las tierras del Levante peninsular, al cuidado del rey de reyes de la Corona de Azahar. Después vi un destello metálico y su cabeza rodó por los tablones del suelo.

Un triste silencio colmó la estancia mientras las dos hermanas se miraban.

—¿Por qué no acabó contigo? —preguntó Kun.

—No lo sé. Yo no era nada, solo una niña asustada que gemía encogida, aterrorizada. Tal vez me hubiera arrancado a mí también la cabeza, pero entonces llegó esa vieja bruja, fue la primera vez que la vi, entró en casa con su maldito cuervo al hombro.

—¿Una vieja bruja? ¿Una bruja con un cuervo?

—Sí, a menudo siento su presencia; su cuervo me vigila. La vieja me tomó de un brazo y me colocó en su regazo. Recuerdo que le dijo al general: “Yo velaré de su suerte, mi señor, bien me vendrá quien me cuide y limpie, y pronto tendrá buenas carnes para alimentarme”. Y Shojuko sonrió, alegre ante mi fatal destino.

—¿Quién es esa bruja?

—No lo sé, viste telas negras y su mirada parece muerta... Shojuko ordenó quemarlo todo; después montó en su caballo y se alejó al trote seguido por su guardia. Me quedé aterrorizada, sentada en un carro mientras la vieja cargaba gallinas, ropa y algunas cosas más. Solo la intervención de Suhyu evitó mi rapto; cuando llegó, enseguida salté del carro para abrazarlo. “La niña quedó huérfana, ahora está bajo mi protección” le aseguró la vieja. “No” le replicó Suhyu colocándome tras él, a la par que adoptó la guardia kung fu. La vieja parecía no temerle y anduvo lentamente con el cuervo sobre su cabeza, observando aquel monje descarado que se



atreví a desafiarla. Si me quería, tendría que luchar. Sin más, la bruja dio media vuelta y se alejó en el carro con su maldito cuervo. Durante años nunca más supe de ella, hasta ahora.

—Entiendo tu pesar, el horror, el miedo que debiste soportar.

—Todo este tiempo pensé en ti, en qué habría pasado si no te hubieran sacado de allí antes de que llegara Shojuko. Ahora, con lo que me has dicho, me preguntó qué hubiera pasado si nunca hubieras llegado a la cabaña de mis padres, si nunca hubieras sido mi hermana.

—No, no puedes hacerme responsable de cuanto sucedió. ¡Asesinaron a mis padres! ¡También les mataron a ellos! ¡Me robaron mi vida! ¡No sabes lo que he sufrido!

Ambas permanecieron en un silencio tenso, por unos momentos.

—Eres mi hermana, siempre lo serás —murmuró May—. Cuando Suhyu se enteró que estaba practicando artes marciales con la Guardia Negra, me prohibió seguir visitando la fortaleza y dejé de ir. Por un largo tiempo, cada cual parecía recobrar su rutina. Entonces, un inesperado día, Shojuko se alzó sobre el templo de Dhyana.

—Lo sé, Suhyu se enfrentó a ese tirano para defenderte. Por tu culpa está muerto: tú les llevaste hasta el templo. Solo ruinas dejaron y ahora los traes hasta mí. No sé qué pretendes, pero no podrás hacer nada, no saldrás nunca de aquí. No soy tu hermana: soy la princesa Kun, hija de los emperadores Yin y Yang, la legítima heredera del Imperio de Oriente, por mis venas corre sangre real. ¡Divina! Nada impedirá que recupere lo que es mío. Mi ejército está preparado. Tantos años esperando el momento y ahora, precisamente ahora, apareces tú. ¿Qué sabe ese demonio de nuestros planes? ¿Para qué te ha mandado?

—No escuchas: no me ha mandado, me persigue.

La princesa quedó en silencio.

—Amanece y hoy es el último día del campeonato, este estúpido campeonato. Tengo que marchar, me esperan en el palco. Cuando baje el sol, te aseguro que me contarás hasta lo que desconoces —aseguró tajante.

May quedó a solas, abrumada ante tanta sorpresa y decepción, presa de la jaula de metal, de sus pensamientos y de sus recuerdos. ¿Kun no era su hermana? ¿Qué tontería! Siempre sería su hermana. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso pensaba que ella no había sufrido también? Agarró las barras de la jaula y las agitó con fuerza, enfurecida. Nada consiguió, solo ruido. Y gritó con rabia. Le dolía la cabeza, todavía se sentía mareada y miró hacia un ventanuco que había en la pared de piedra, buscando aire fresco. Entonces quedó con la boca abierta: el cuervo estaba allí y de su pico colgaba una arandela con un manojó de llaves.



CAPÍTULO II

Roka no era una mujer cualquiera, su cuerpo era pura fibra, no en vano servía como capitana de la Guardia Real. Una cinta, una llave de brazo o una fulminante patada bastaba para celebrar una nueva victoria. Era la campeona. Pero eso no impresionaba en absoluto a May, que estiraba las piernas impaciente en una pequeña tienda de lonas, notando ese cosquilleo que alborotaba su cuerpo ante la proximidad del combate.

—Creí que no llegabas —dijo el maestro Coy entrando en la tienda.

Ella no contestó, se limitó a ajustarse su precioso kimono blanco de tai chi chuan, a dejarse cubrir los nudillos con un vendaje y después, a meter la cabeza en un barril colmado de agua. Los efectos de aquel ungüento soporífero todavía no se habían disipado.

En el lugar se escucharon las cornetas, había llegado el momento.

May salió decidida, saltó al recinto y se dirigió al tatami acompañada por Coy y Ba-Ghan. Miró a un lado, a otro y luego al palco real, desafiante. Junto al rey, allí estaba Kun, en pie, altiva, hermosa y con la vista puesta en ella.

—¿Cómo es posible? —murmuró la princesa y se sentó lentamente.

Había mucho más público que en los días anteriores; era la final femenina del torneo y competía Roka y debido a su fama, pocos se lo querían perder. Llegaron las presentaciones. Escueta para May, la anunciaron como la nueva savia que llegaba empujando. Un griterío anunció la aparición de Roka: una mujer grande, musculada, morena y con una tremenda cicatriz que le atravesaba la cara desde la oreja derecha a la boca, partiéndole los labios; vestía toda de negro: peto, falda, muñequeras y empeine marcial. El réferi las unió frente a frente en el centro del tatami y les habló de lucha limpia, de una vencedora y de respeto por el rival.

—Suponía que estabas lamiendo tus heridas en una jaula —dijo suavemente Roka.

—Los cuervos son aves muy raras —replicó May.

—¿Cuervos? No saldrás con vida de este tatami.

—¿No te gustan los cuervos? Yo les estoy tomando cariño.

No hubo choque de puños, solo una mirada retadora y hostil por parte de ambas. El sonido de una campana indicó el inicio del combate, sin tregua hasta que una de las dos fuera expulsada del tatami, cayera noqueada o se rindiera, como correspondía cuando había un campeonato en pugna. May fue directa hacia su rival lanzando varios puños, alcanzándola en el rostro, haciéndola retroceder, y trató de hacerle un agarre para proyectarla fuera del tatami. Sin embargo la campeona alzó con fuerza la rodilla, golpeándola en el vientre y después, le sacudió un directo al mentón que casi la hizo caer. Ambas dieron un paso atrás y volvieron a cubrirse con la guardia marcial: piernas abiertas, rodillas flexionadas, torso recto y codos en alto; estudiándose, manteniendo cierta distancia.

El público clamaba, el combate lo merecía; empezaba fuerte, como se esperaba. Las dos luchadoras comenzaron a moverse en círculo, cambiando una y otra vez la guardia



de izquierda a derecha y viceversa. Roka abrió los brazos y los alzó como si fuera una mantis religiosa. May vio una oportunidad y de inmediato le lanzó una patada al costado, pero la campeona aprisionó su pierna con el brazo y le golpeó en la rodilla con el puño, para darle después una fuerte patada en el pie de apoyo y hacerla caer.

May apretó los labios comprendiendo: Roka la había invitado a entrar en su guardia y ella, como una principiante, había entrado. Apenas tocó la superficie del tatami, la campeona estaba sobre ella lanzándole poderosos directos a la cara, abriéndole varias brechas en la frente y los pómulos con los codos. Rápidamente cerró la guardia aferrándose al cuerpo de su rival, ocultando la cara bajo el pecho y trató de defenderse situándose para hacer una palanca de brazo, pero Roka se dio cuenta de aquellas malsanas intenciones y se alzó de inmediato. En nada, estaban de nuevo las dos en pie, en guardia, sangrando, jadeando. Aquella capitana estaba haciendo sudar a May, la cual se notaba muy cansada. El efecto del ungüento que la durmió no se disipaba totalmente o quizá había topado con una luchadora de verdad. El público gritaba animado, sorprendido ante tal combate. No era común que dos competidoras lucharan de tal forma. Lo suyo era intentar expulsar a la adversaria fuera del tatami, no entrar en una batalla frontal, tan dura. En el palco real, tanto el rey como su séquito observaban anonadados, mientras la princesa Kun fruncía el rostro.

May bloqueó una patada dirigida a su cabeza, con los dos brazos, y respondió con un directo apoyándose firme en el pie delantero. Roka lo esquivó y la golpeó duro en ese pie, haciéndola caer de bruces. En un instante la tenía de nuevo encima, pero esta vez la había pasado la guardia, estaba sobre ella, sentada en su vientre, y la golpeaba en la cara con

fuerza. Se volvió, tratando de cubrirse, dándole la espalda. De inmediato, la campeona le pasó el brazo por el cuello aprisionando su cabeza contra ella, haciendo presa. El dolor era terrible, parecía que le iba a arrancar la cabeza. Se vio agotada, vencida y sintió en su interior una rabia sin igual que crecía más y más. ¡No podía perder! Entonces notó en su alma ese ser abrasador que luchaba por salir. Con una explosiva reacción, contorneándose bruscamente, escapó del fatal agarre y lanzó a Roka contra un lado; se alzó y gritó al aire curvándose hacia atrás, su cuerpo le parecía arder y en sus ojos brillaron las ascuas de dragón.

—¡No, May! —escuchó fuerte entre el público, se volvió y vio a Coy en pie.

Ese descuido sirvió a Roka para lanzarle una potente patada en la cabeza que la hizo caer sin sentido. Apenas rodó, la campeona se lanzó sobre ella golpeándola con el puño cerrado, golpes de martillo. El réferi intervino de inmediato, separándola de un empujón. May quedó tumbada, mientras Roka recorría el tatami con los brazos en alto, vencedora, con muy mala cara y un ojo exageradamente abultado.

Bajo los toldos de la tienda, Coy agachó la cabeza y se acercó a May, que reposaba sobre un camastro boca arriba. Ba-Ghan trataba de cortar la hemorragia del pómulo.

—No podía permitir que desataras la furia del dragón en un tatami de competición, ante una rival, por un banal título —aseguró Coy.

—Lo sé, no te culpo de nada —respondió May y se alzó resoplando. Se encontraba agotada, le dolía todo el cuerpo y su cara estaba ciertamente magullada.

—May, ¿estás bien? ¿Qué te pasó? —preguntó Jotko entrando en la tienda.



Ella no hizo caso, se limitó a cubrirse con una gruesa capa.

—No lo entiendo —insistió el muchacho.

—Felicidades, ganaste tu título —replicó May.

—¿Estuviste allí? No te vi.

—Sí, claro; no quería perdérmelo —sonrió ella, se levantó y salió de la tienda.

—Espera, te acompaño.

—No, necesito estar sola.

May abandonó el lugar, tristonamente, y anduvo por una callejuela que daba a la plaza central de la fortaleza, donde se alzaba una fuente adornada con la estatua de una mujer hermosa, con su arco en tensión y una cierva que la acompañaba; Artemisa, una diosa que desconocía. A su paso, ante su mirada inquieta, aquella divinidad de piedra pareció sonreírle.

En ese momento, el cuervo se posó sobre su cabeza.

—¡Largo! —exclamó ella, soltando dos manotazos al aire.

El ave voló. Una pluma negra cayó lentamente, dando círculos, hasta llegar a sus pies. May quedó sorprendida, pues al tocar tierra, la pluma se tornó completamente blanca. El cielo crujió y las oscuras nubes, como rendidas de esperar, rompieron hechas agua, mojando su capa, su rostro pecoso... Y un relámpago cruzó el cielo por completo, alumbrando una figura oscura tras ella. Era la vieja bruja, aquella tétrica anciana sin nombre.

—Shojuko te espera, no deberías hacerle esperar; es muy peligroso hacerle esperar. ¿Estás preparada? No, creo que no —dijo la vieja y sin esperar respuesta, se alejó perdiéndose en la oscuridad de un callejón.

May se aceleró tras ella. Pero por más que buscó, había desaparecido.

De regreso a la ciudadela de Sambori, en el Templo Mabu los discípulos celebraron los galardones recibidos con pastas y mistela, sentados en círculo sobre el tatami de entrenamiento. Coy se había reivindicado como un gran maestro, nuevos alumnos se interesaban por sus enseñanzas con todo lo que ello significaba para la escuela. Habían conseguido tres oros con los más jóvenes y con May una plata en la lucha femenina y un bronce en formas. No estaba nada mal para el humilde templo. May no pensaba igual. Aquella distracción y su derrota en combate contra Roka no le habían gustado nada. Decepcionada, salió del templo y empezó a pasear por la ciudadela sin un rumbo cierto. Anocheció sentada en una fuente de la plaza viendo a la gente pasar, pendiente de sus risas y alegrías.

Desde lo acontecido en el río con Yan Yan y después de ver a su hermana convertida en una desconocida princesa, pensaba que no avanzaba. Sudaba lo suyo, sí. Pero Coy parecía ignorar su verdadera necesidad, esa inquietud que la devoraba por dentro. Apenas iban más allá de formas y derribos en los ejercicios, poca lucha. Y meditación, demasiada meditación. Ella no necesitaba meditar, sino fortalecer sus instintos, alimentar a su dragón, a esa voracidad que sentía latir con fuerza y más tras escuchar las palabras de la vieja bruja: Shojuko te espera.



CAPÍTULO 12

El tiempo parecía pasar sin más novedad que el pelo de May, era desconcertante lo rápido que le crecía y en qué poco tiempo. La joven se soltó el pelo y decidió regresar al local de Sasha, volvía a trabajar allí, donde se encontraba a gusto; se hacía tarde y quería ayudar, tenía que... Unas sombras la distrajeron de sus pensamientos y quedó pendiente. Había visto al menos a dos personas de negro en la oscuridad de una callejuela. ¿Demonios de Shojuko? Por un momento permaneció en guardia. Nada. Un carro cargado de vasijas y tirado por dos mulas se acercaba; un hombre mayor acompañaba a los equinos hablándoles como si lo entendieran. Era el lechero, lo tenía visto de tantas ocasiones como aquellas en que se cruzaba con él tras las clases en el templo. Más allá, un grupo de jóvenes corría jugando tras un pequeño gorrino.

—Buenas noches —dijo el lechero.

Ella asintió, volvió a mirar la callejuela donde le había parecido ver esas sombras y estiró los labios. Luego retomó el camino. Apenas giró la primera esquina, un escalofrío recorrió su cuerpo. El cuervo negro pasó sobre ella, graznando. May lo siguió con la vista, alertada, y comprobó que se dirigía hacia el templo. Presintió que algo no iba bien. ¡El cuervo nunca le anunciaba nada bueno! Sin pensarlo más, dio media

vuelta y regresó con pies ligeros. Con cada paso sus miedos aumentaban, hasta que comenzó a correr.

Aporreó los portones del templo apenas llegó.

—¿Qué ocurre? —le dijo Ba-Ghan—. Estaba preparando la cena.

—Sí, yo...

En ese momento el cuervo negro pasó rápido por un lado y voló alto.

La vista de May fue tras el ave sin saber muy bien qué estaba pasando.

—May, ¿estás bien?—preguntó el maestro Coy.

—Están aquí, lo sé —respondió ella.

—¿Quiénes? Aquí solo estamos nosotros. ¿Quieres pasar? Ba-Ghan ha cocinado pollo con naranja; está delicioso, seguro que no has probado nada igual.

—No, no. Tengo la cena preparada y quería ayudar a Sasha con la limpieza del local, mañana se estrena la obra de Jotko y están muy liados —murmuró May.

—Pues entonces nos vemos mañana, queremos verla —se despidió Coy.

—¿De verdad no quieres llevarte un poco de pollo? —preguntó Ba-Ghan.

May retomó el camino hacia el local de almuerzos, no sabía qué pensar. Nada más llegar, quedó mirando a Sasha: estaba cosiendo telas y trajes para el debut de su hijo en el teatro. Yan Yan ayudaba. Y se puso a ordenar las mesas.

—¿Y Jotko? —preguntó.

—Ese golfo, niña, está liado con sus cosas de artista. ¡Ensayando! ¡Quiere ser artista! Cualquier cosa antes que trabajar. Y aquí me tiene, ¡zurciendo! Solo le faltaba el pavo que ha pillado desde que ganó ese campeonato —contestó Sasha.



Aunque May no se acostumbraba a relacionarse con nadie, parecía avanzar: ya hablaba más con alguno de sus compañeros, no mucho. A veces sonreía e incluso le había crecido bastante el pelo, casi alcanzaba su cintura. De tal forma que aquella tarde allí estaba con Yan Yan y Sasha, desconocida, bonita, vestida de mujer, rodeada de gente que reía, ante un escenario de madera, para disfrutar de una comedia en la que participaba Jotko, pues era el autor y artista principal. Sasha había cerrado antes de tiempo para que todos pudieran asistir al estreno. May escuchaba cada palabra que recitaban los actores. Nunca había visto una obra de teatro y llegó a emocionarse, incluso soltó alguna carcajada, hasta que una tal Lau Li besó al hijo de Sasha; entonces torció el gesto arrugando los labios.

—Qué recelosa eres —le soltó Yan Yan, pendiente de todo.

May la miró sorprendida. Si bien era cierto que Jotko la rondaba con insistencia y cariño, también era notoria la forma tan descarada con que la que ella lo ignoraba. Entonces ¿por qué le había molestado aquel beso?

La comedia terminó. Fue todo tan gracioso y romántico que la gente aplaudió por largo tiempo. Unas risas y un final feliz siempre es bienvenido y además no se prodigaban aquel tipo de actuaciones en la ciudadela. May no entendía mucho de finales felices, no. A lo largo de su vida no había tenido muchos, por no decir ninguno. Decidió volver al local, quería quitarse la ropa que le había arreglado Sasha, cenar algo y descansar.

—Espera, May, no te vayas —le rogó Jotko—. Tengo un compromiso: vamos a una cena todos los compañeros y...

—¿Y...?

—¿Podrás acompañarme? No me gustaría ir sin acompañante. Por favor.

—Si no vas tú, igual lo acompaña la tal Lau Li —murmuró Yan Yan al oído de May con cierta sorna y toda la intención.

—Gracias por venir —apuntó Jotko paseando con May y le ofreció el brazo.

—Me debes una —replicó ella—. Mala gana tenía de ir de cena; es más, no entiendo como he aceptado. Solo por hacerte el favor.

Salieron de la plaza juntos y el joven llamó a un carruaje para que les llevara.

En un momento estaban en la puerta de un lujoso mesón que se alzaba en una quebrada del río, desde donde se podía ver una pequeña cascada y los bosques de álamo que lo rodeaban. Un mesero de etiqueta les atendió en una mesa para dos bien adornada con rosas y velas. Ella miró a Jotko como pidiendo explicaciones. ¿Dónde estaba la gente de esa cena?

—Pensé que sería mejor así, no estarías a gusto con tanto desconocido —dijo él.

May asintió con cara enjuta conforme se sentaba. Estaba claro: no había cena de compañeros, era un engaño para cenar juntos. Se mostró ciertamente enojada, pero no dijo nada ya que le había encantado aquella cita sorpresa.

El mesero les sirvió un vino a la par que unos aperitivos.

Jotko la miró esperando una reacción por parte de ella que no llegaba.

—No hacía falta que me engañaras, podrías haberme invitado a cenar —dijo May.

—Hum, no creo.

—Tienes razón. Sí, mejor así —sonrió ella.



Aquella sonrisa, de las pocas que se dibujaban en su rostro, engrandeció el corazón de Jotko viéndose por fin recompensado en su esfuerzo.

—Trabajas mucho, te merecías una gran cena. Quería agradecerte lo que haces por mi madre, por Yan Yan... Y también por haber venido a ver mi obra. El patrón me ha dicho que pronto podremos estrenarla en las ciudades más grandes del reino. ¿Te imaginas? ¡Ante el rey en palacio!

May degustó exquisiteces que ni sabía que existían. ¿Y esto qué será?, se preguntaba cada vez que probaba algo. ¡Todo estaba tan bueno! Apenas hablaba. Cuando Jotko quedó en silencio, quedaron presa de un silencio cómplice.

—¿Postre? —preguntó el mesero.

Un bizcocho de naranja y un licor dulce cerró aquella cena sorpresa.

—Llevas tanto tiempo en casa y apenas te conozco. ¿Qué es ese dragón de los brazos? Es muy bonito —preguntó Jotko decidido a saber más de ella.

—Mi vida.

—¿Tu vida?

—Es difícil de explicar.

—Bueno, tenemos tiempo y sé escuchar. Pero antes dime: ¿por qué no vienes conmigo a la escuela del jefe Joe? Aprenderás mucho más, seguro. El maestro Coy es bueno, pero está anticuado, vive en otro mundo; es un monje de la vieja guardia, su templo es muy viejo y solo va gente rara.

Ella quedó perpleja.

—¿Yo soy gente rara? —preguntó finalmente.

—No lo decía por ti. Aunque no puedes negar, May, que algo rara...

—Ya. Bueno, nosotros ganamos torneos y vosotros os pegáis bajo un puente.

—Sí, es verdad. ¡Pero yo me llevé el campeonato! Sobre la lucha en el puente, el jefe Joe dice que esos combates nos dan proyección, que se aprende más en una noche luchando en la calle contra un desconocido, peleando de verdad, que en todo un año en el tatami con un compañero. Peleamos con gente que saben de lucha. Nada de tonterías, tienes que aprender y esforzarte si no quieres que te calienten.

—Yo creo que entrenáis con matones de tres al cuarto, a los que limpiáis los bolsillos con las apuestas; saben pelear y son duros, pero no entienden en verdad de artes marciales. Ese no es el espíritu kung fu que persigo, que quiero aprender.

—Será así, pero tú no puedes hablar mucho. Dicen que has luchado varias noches en el puente, la verdad es que te has hiciste un nombre y todo: “Cebolleta”.

Ella levantó las cejas y estiró los labios.

—Solo fue un par de veces, hace mucho, creo —se excusó May—. ¿En serio? ¿Cebolleta?

Y lo dos comenzaron a reír.

—Era por tu cabeza rapada —apuntó Jotko—. Entonces ¿te vienes a mi escuela?

—No —respondió May con una mueca seria.

—Como quieras, Cebolleta. Pero podrías pensarlo. Si entras en la escuela del jefe Joe, podríamos entrenar juntos, podría ser muy divertido. No me has hablado de tu afición por las artes marciales. ¿Desde cuando practicas?

—Nací a los pies de un monasterio de monjes guerreros. Aprendí técnicas marciales antes que a andar. Mis padres...

De pronto, May quedó en silencio.

—¿Sí? ¿Te ocurre algo? —preguntó Jotko.

—No, nada. Y tú ¿desde cuándo practicas?

—¿Eh? ¿Yo? Pues también desde muy pequeñito, más que nada por huir de las cocinas de mi madre; ya sabes. Luego



me fue gustando esto de las artes marciales y el zen y acabé entrenado con el jefe Joe.

—¿Pretendes alcanzar el zen?

—¿Alcanzar el zen? No sé si creer mucho en ello. Lo que me gusta en verdad es la comedia, escribir, imaginar, soñar... Además, pienso que la felicidad reside en cada persona por sí misma, en la forma de vida que elige, en lo que da de sí y en lo que recibe. Para ser feliz no es preciso alcanzar esa sabiduría ni ser pobre como los monjes. Para mí el sumun, ese zen, el más elevado altar de la felicidad, es encontrar la persona que te complementa, que te acepta como eres, que te quiere sin condiciones y a la que ames con toda tu alma; aquella con la que puedas compartir una vida, tu vida entera. ¿Para qué más felicidad?

—¿Ya encontraste a esa persona? —preguntó May curiosa.

—Sí —sonrió él—. Solo me queda que se de cuenta, que abra su corazón. Es muy terca, tiene el corazón blindado con un escudo de acero lleno de espinas. Pero yo sé que me quiere, aunque solo sea un poquito.

May arrugó las cejas y empezó a reír.

—Quiero besarte —dijo Jotko y se levantó de la silla.

Ella se ruborizó y miró a ambos lados, parecía que todo el mundo les miraba.

El joven se acercó, se agachó y la besó dulcemente en los labios; un beso corto, intenso.

May quedó perpleja, sin salir de su asombro.

—Delicioso —aseguró Jotko y regresó a su sitio—. Lo necesitaba.

Ella quedó en silencio. No sabía muy bien qué estaba pasando, solo que hacía tanto que no se sentía así. ¿Feliz?

Salieron del mesón separados, para acabar unidos, con los brazos por la cintura, recorriendo un paseo florido que

les alzaba sobre el acantilado del río. La vista era preciosa, con la luna llena embelleciendo el azul marino de la noche. De pronto, de las sombras, un brutal golpe hizo que Jotko cayera al suelo salpicando sangre con una terrible brecha en la cabeza. May quedó horrorizada y se echó sobre él, poniendo las manos sobre la herida. Tres hombres vestidos de negro y con máscaras de demonios aparecieron frente a ella y la sujetaron con fuerza.

—Tienes que acompañarnos —dijo uno de ellos.

Fueron las últimas palabras de aquel hombre de negro, el codo de May se le incrustó en la garganta con tal fuerza que le hundió la tráquea. Al momento otro de ellos volaba literalmente por el aire con el pecho reventado a dos puños. Al tercero, de un manotazo, le quitó el bastón con el que había golpeado a Jotko y se lo estrelló en la mandíbula haciéndole saltar los dientes.

—May —susurró Jotko, agonizando.

Un enorme engendro golpeaba con un tremendo mazo de afilados clavos el cuerpo del muchacho, sin piedad; y de una patada lo lanzó al vacío del acantilado.

—¡No! —gritó May, fuera de sí, y apretó los puños. La tierra pareció temblar conforme una ligera aura rojiza comenzó a emanar de su piel. Y corrió hacia el cortado, pero la tremenda maza de aquel gigante se estrelló en su pecho lanzándola por el aire hasta empotrarse entre los arbustos. Se levantó y avanzó de nuevo, con paso firme, sacudiendo los brazos, expulsando sus nervios. Fuera quien fuera ese engendro iba a pagar lo que le había hecho.

Aquel ser era enorme. ¿Un hombre, tal vez un demonio? Se trataba de un engendro monstruoso con una cabeza deforme, semejante a la de un cerdo con una gran papada, el cual comenzó a recorrer el terreno con la tremenda maza en



la mano. Su torso peludo se fundía con un vientre enorme que dejaba pequeño al más grande de los guerreros. ¡Y esas piernas que parecían muslos de rinoceronte! Tan solo vestía con un faldón, lo demás al aire. Sudaba por todas partes y mucho. Alzó los brazos y rugió como una mala bestia. May parecía un insecto inofensivo a su lado o ni tan siquiera eso. Aun así avanzó decidida para lanzarse veloz contra el engendro. Le saltó sobre la rodilla y se alzó al aire para golpear duro. Su pie se estrelló contra la tremenda papada.

En nada se notó.

Aquel ser apenas se movió. Por el contrario, le lanzó un manotazo que la pilló de improviso, estrellándose en su cara y haciéndola rodar de nuevo entre los arbustos con una brecha en la sien. La cabeza le daba vueltas, mientras trataba de esquivar un agarre y otro. Estaba claro que su enemigo trataba de hacer presa en ella para someterla con su peso y fuerza. Saltó sobre aquella bestia lanzando el puño hacia delante. Pero aquel ser atenazó la amenaza que suponía con una mano abierta y la cerró; y dobló la muñeca, haciendo que May tuviera que girar sobre sí misma para evitar que le dislocara el codo. Entonces notó la otra mano sobre su hombro y con un empuje fuerte se vio desplazada hacia atrás sin poder evitarlo. Trató de frenar, pero sus pies resbalaban sobre tierra; no había aguante ante semejante fuerza de arrastre. Pensó en sus días de entrenamiento, en tanto sacrificio y esfuerzo. ¡En Jotko! ¿Qué habría sido de él? No podía fallar ahora, eso no podía ser. Su alma de dragón se agitó en su interior, sus ojos brillaron con fuerza y notó crecer ese calor que le daba fuerzas. A su mente vinieron las palabras del maestro Coy, sus enseñanzas: cuando dos potentes fuerzas chocan entre sí, nada avanza y el desgaste será enorme; aprovecha la fuerza de tu adversario en

beneficio propio. May se dejó arrastrar hacia el acantilado y al llegar al mismo borde, cedió por completo en su esfuerzo y giró la cintura en dirección hacia donde aquel ser ejercía más presión, a la par que dejó el pie clavado.

El engendro perdió por completo el apoyo, tropezó con el pie de May y se precipitó al vacío. Se escuchó un alarido, como una maldición, y luego un sonoro golpe. Silencio. Y ella corrió para asomarse. Trató de ver a Jotko, lo llamó una y otra vez, pero solo vio a aquel descomunal ser con una parte del cuerpo meciéndose en la orilla y la otra reventada contra las rocas.

Ni rastro de su joven enamorado. Una enorme congoja la asaltó, una tristeza que apenas la dejaba respirar ni tragar. Descendió entre las rocas del acantilado tratando de alcanzar la orilla cuanto antes, resbalando y cayendo, sin parar de gritar el nombre del muchacho. Nada, por más que buscaba no hallaba nada. La corriente era muy fuerte en aquel tramo. Y gritó al aire su rabia conforme lágrimas rojizas brotaban por sus ojos.

May sintió sangrar su corazón. ¡Jotko! ¡No!

Entonces escuchó un crujido, alguien se acercaba. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y el dragón de su tatuaje brilló con fuerza agitándose en la piel de sus brazos. Entre la vegetación de la orilla surgió la vieja bruja con un andar cansado, esa anciana de largos cabellos lacios, la cual volvió lentamente la cabeza para hundir su mirada muerta en ella.

—Shojuko espera, no le hagas esperar más —escuchó May en su interior a la vez que el cuervo la sobrevolaba graznando. La anciana desapareció tal cual había llegado, entre la vegetación del río, en la oscuridad de la noche.

Anduvieron la guardia y gentes de la zona toda la noche en busca de Jotko, con May al frente escrutando cada rincón,



tratando de divisar algo entre las rápidas aguas y las sombras, en las orillas. Nada, solo hallaron lágrimas.

Fue una noche trágica, triste... Muy triste.

La luz del amanecer iluminó el rostro pecoso de May. En la distancia vio a Sasha y a Yan Yan, venían nerviosas, entre lloros, acompañadas por guardias y más gente para continuar con la búsqueda. Ella se dio la vuelta y marchó, no quiso afrontar la realidad: ¿cómo decirle a una madre que había perdido a su hijo? Se sintió tan culpable que quiso huir y se dirigió con prisa hacia el Templo Mabu.

Todavía conmocionada, con las marcas de la batalla, con la desesperación de saber y la tristeza de no haber hallado, llegó ante las puertas del templo.

—¡May! —la llamó Ba-Ghan andando hacia ella con pena. La joven se acercó y se echó a sus brazos llorando.

—Eran demonios —murmuró.

—Demonios de Shojuko —interrumpió el momento Coy. May recobró rápidamente la compostura.

—Sí, lo sé —continuó Coy—. Siento mucho lo de Jotko. También soy consciente de lo que pasa ahora por tu mente: deseas regresar a Oriente. Hombre, demonio o dragón, Shojuko es el guerrero más audaz y malvado de los que se citan. Nadie lo venció nunca, todos le temen. ¿Acaso crees que podrías vencerle?

—Sí.

—Permíteme que lo dude y mucho. Shojuko conoce tus virtudes en combate. ¿Qué conoces tú de su arte? Nada. Ha derrotado a grandes guerreros, ejércitos enteros... No hay más ciego que aquel que no quiere ver: no podrás vencerle ni desatando toda tu furia.

May agachó la vista hacia el suelo frunciendo el ceño y arrugó los labios.

—Aun así tengo que intentarlo —murmuró.

—¿Intentarlo? ¡No, no tienes que intentar nada! —exclamó Coy—. Tienes que hacerlo. No vale con intentarlo. Pero ¿quieres vencerle en verdad? Pues antes de correr a su brazos tienes que aprender a caminar. Y para hacer camino, empieza por asimilar esto: debes construir tu arte, fortalecer tu cuerpo, engrandecer tu alma y dejar que las cosas fluyan por sí solas. Ya llegará lo que tenga que ser y en su momento, no antes, alcanzarás ese día que tanto ansías.

—No... No puedo esperar, debo actuar o la gente seguirá sufriendo por mí.

—Mañana marcharé más allá de la serranía de la Espada —aseguró Coy—. Entre montañas, a mi lado, podrás aprender a dominar tu dragón, a convertirlo en tu fiel aliado y crecerías como guerrera divina. Pero no quiero una mente nublada por el ansia de venganza, eso nunca; serías fácil presa del mal. Debes dejar atrás el pasado y afrontar el presente, el futuro puede esperar.

—¿Harás eso por mí? —preguntó May.

—No, no lo hago por ti, sino por mí —aseguró Coy—. Yo era consciente del peligro que se cernía, lo supe en cuanto te vi por primera vez. Pero quise pensar que no, que tal vez... Sé que el mal no descansa nunca, que se tiene que combatir, que ignorarlo solo aumenta su poder. Soy hombre de paz... Pero por desgracia, a veces, la violencia es necesaria por más que me entristezca reconocerlo.

May le miró de soslayo un tanto sorprendida.

—Es hora de ejercitar a la bestia que anida en ti, de dar alas a tu dragón, de echarle fuego y que arda voraz. Veamos de qué eres capaz —expuso Coy.



CAPÍTULO 13

Amaneció el tercer día tras aquella trágica noche en que un engendro se llevó tantas ilusiones, tanto amor. ¡Qué pena! Por más que buscaron, no hallaron rastro de Jotko. Las aguas bravas del río se lo habían tragado. Tras despedirse de Ba-Ghan con un cálido beso, el maestro Coy salió del cobertizo montando un viejo caballo y tirando de una mula cargada hasta arriba de aperos y provisiones. May le seguía a paso ligero con su zurrón al hombro y la amargura reflejada en el rostro.

Alejados de la costa, avanzaron por sendas de grandes bosques de pino, madroño y alcornoque, en plena serranía de la Espada; asustando a los esquivos corzos y los curiosos zorros que atentos quedaban a su paso. Conforme ascendían por las montañas, alcanzaron caminos de cabras que se perdían entre riscos y sotobosque de jara, lentisco y tomillo. Siempre acampaban antes de que cayera el sol, cerca de algún arroyo que les proporcionara agua fresca y algo de pesca.

Aquel día de marcha prepararon la cama en la base de un árbol de grueso tronco: abundante hojarasca y hierba bajo unas mantas. Luego colocaron unos toldos de piel curtida alrededor, sujetos a las ramas para cortar el viento. Una pequeña hoguera calentaba el caldo de la cena y les reconfortaba de la helada nocturna. Ni una palabra, pues

el cansancio y la pena lo abarcaban todo. Con el amanecer, como cada mañana, apenas salía el sol, desayunaban un mendrugo, pescado ahumado y algo de queso antes de recoger y emprender la marcha.

Pasarían más de veinte lunas de ruta incierta, entre valles y montañas. May no llevaba la cuenta de los días. Pero era algo que no importaba, su mente estaba más allá, en aquel cortado desde el que Jotko fue lanzado a las frías aguas del río Idubeda. Solo la llegada del nuevo plenilunio la advirtió del tiempo pasado. Apenas había hablado palabra alguna, la tremenda congoja que arrastraba se lo impidió. Fueron días de luto y Coy lo respetó sin preguntar nada.

—¡Hemos llegado! —exclamó el maestro caída la noche.

May alzó el rostro, cansada de tanta marcha. A la luz de la luna se discernía una cabaña de madera, piedra y barro. Al lado había otra más pequeña, como si fuera un establo o una paridera. En una cumbre distante se recortaba la silueta de un castillo derruido, cuyo torreón y algunas murallas permanecían en pie. La puerta se abrió y la joven quedó estudiando cada rincón de aquel refugio de montaña. Un dedo de polvo y abundantes telarañas lo cubrían todo. Dos ratas se cruzaron ante ella y una lechuza voló al exterior por un ventanuco alto. Fuera se escuchó el aullido del lobo, cerca del castillo. Sin duda aquel era un sitio olvidado desde hacía tiempo, un buen lugar donde ejercitarse sin molestias.

Coy prendió un candil y la mecha de algodón alumbró tenuemente la estancia.

—Busca algo de leña y prepara la chimenea. Luego limpia todo esto, se ve muy sucio —ordenó y salió de la cabaña.

May asomó su rostro pecoso y cansado tras él y le vio descargar los aperos de la mula.



—Date prisa, se tiene que arreglar la paridera para resguardar los caballos y pronto refrescará —insistió Coy.

Tardaron varios días en acomodarse, había mucho que hacer. May tenía que ejecutar los ejercicios que marcaba Coy, cada vez más exigentes, intensos y provocativos. Aun así quedaba tiempo para pasear, recrearse con las vistas del bosque, sus olores y sonidos. Pronto se estableció una nueva rutina de vida. Por la mañana temprano realizaban el abrazo al árbol, el zhang zhuang de cada día. Después tocaba estiramientos, ejercicios suaves y formas. Luego desayunaban y salían juntos a recolectar frutos, pescar y revisar las trampas de caza. A su regreso tocaba carrera y resistencia. Comían lo que había y cuando se podía y de nuevo más ejercicios, incluyendo formas de combate a mano vacía y lances de espada, cuando no puñales o palo gwun. Al atardecer llegaba el combate cuerpo a cuerpo, donde más la apremiaba Coy. Luego, caída la noche, tocaba masaje, relajación y meditación; cena ligera y a dormir, no sin antes dejar un espacio para la charla del maestro frente al fuego. ¿Cómo suena una sola mano al aplaudir? ¿Dónde va el puño cuando se abre la mano? ¿Qué es lo más valioso del mundo?

Todo parecía ir bien, sin embargo May seguía sin apenas hablar. Aunque sudaba como nunca, a menudo parecía ausente de sí misma, como viviendo en el pasado, en ese trágico pasado. El maestro se esforzaba y mucho en ponerla al límite de sus fuerzas, en enseñarle. Pero ella parecía que no estaba allí... Hasta que de pronto, un día cualquiera, en la sesión de espada, Coy hirió deliberadamente a su joven discípula en el brazo derecho.

—¿Eh? —saltó May, como despertando a la vida, cubriendo la herida con su mano.

—Te has acomodado en la lucha. Sí, eres buena, muy buena. Pero no prosperas, no estás aquí, estás en el ayer y es hora de trascender. Es fácil hacerte sangrar y eso no puede ser. ¿Será así en el campo de batalla, ante Shojuko?

May frunció el ceño enojada y atacó frontalmente. El maestro paró el golpe y rasgó con un certero corte de espada el otro brazo, el izquierdo. Después alzó los dos hombros reafirmando en sus palabras. Ella quedó perpleja: el corte era profundo, la sangre descendía empapándole la manga de la blusa hasta gotear por los dedos en tierra.

—El arte del dragón es el tai chi chuan y eso exige relajación y fluidez, que la respiración mande sobre cada movimiento y una conciencia limpia para proyectar cada forma —aseguró Coy—. Al frente verás con los ojos y atrás con el oído. Has de hacer tuya la energía que emana de la tierra, la que fluye desde cielo y aquella que permanece en el ambiente que respiras: será el chi que te dará la fuerza, la fuerza del dragón. En la defensa está la ofensiva más tenaz: meditación en movimiento para desatar la más poderosa de las artes.

—No puedo mover el brazo —masculló May, dolorida.

—Agachándose, el dragón se alza potente girando sobre sí mismo, golpeando con cada miembro: garras, alas y cola... —continuó Coy, actuando tal cual decía: de una severa patada, le dobló la rodilla a May, con el puño la hizo vomitar y con la espada le realizó un tajo que le cruzó la cara.

Fueron tres golpes rápidos y duros que la hicieron caer mareada.

—...devastándolo todo con un golpe final —finalizó Coy y formó un círculo con su mano izquierda.

May se revolvió sobre sí misma palpando la abundante sangre de su rostro.



—Quiero ver a la bestia —dijo Coy estirando el brazo con la palma de la mano abierta, liberando toda su energía.

La joven notó una fuerza tremenda golpear sobre su pecho, una descarga que la envió violentamente contra un pino. El golpe fue brutal, el árbol crujió y ella quedó en tierra gimiendo; debía tener más de un hueso roto o los de todo el cuerpo, el dolor era abrumador.

El maestro se acercó, alzó la espada y le lanzó un golpe lateral al cuello.

May apenas tuvo tiempo de recuperar su arma para desviar la mortal estocada. Saltó hacia atrás y se levantó con esfuerzo, notando ese calor sofocante que la consumía, el dolor de sus heridas. Rodeó lentamente a Coy con pasos cortos, sin perder la guardia, sin entender muy bien aquella provocación. ¿Acaso quería matarla? ¿Deseaba que lo matara? Sin embargo, con cierto asombro, comprobó que le gustaba aquella actitud que la hacía sentirse viva, que la hacía sentirse bien jugando con el dolor. Y se lanzó contra él.

Las espadas despidieron chispas con cada choque: guardia, ataque y defensa. No parecía ensayo, sino tenaz batalla. Conforme el sonido metálico resonaba en el bosque, caían ramas y crujían troncos bajo el afilado corte del acero. Aunque la agilidad del maestro era impropia de un hombre mayor, conforme avanzaba la lucha le resultaba cada vez más difícil evitar y responder a los envites. Ya no tenía la resistencia de aquella juventud en que era invencible, necesitaba respirar.

May parecía haber despertado al presente. ¡Allí estaba, espada en mano! La joven discípula notó el cansancio de su maestro y confiada, se aceleró para reducirlo. Coy volteó la mano izquierda, describiendo un círculo, y estiró el brazo de nuevo hacia ella con decisión. Un choque abrasador de energía la estampó de nuevo contra los árboles y apenas

reaccionó, sintió la mordida de la espada. Quedó petrificada: la punta de la hoja penetraba por dos dedos en sus carnes, la sangre caliente manchaba sus pechos y el vientre.

—Shojuko no tendrá piedad —afirmó Coy y empujó más, despacio.

May sujetó de inmediato la hoja con ambas manos, cortándose, mientras el maestro seguía ahondando con la vista puesta en sus ojos, buscando claramente una reacción. La joven apretó los dientes y un intenso aura rojiza comenzó a envolverla conforme trataba de liberarse de aquella estocada fatal. Sus pupilas se tornaron ascuas vivas y gritó liberando a la bestia que llevaba dentro. La espada se tornó anaranjada entre sus manos y de un fuerte empujón, empotró a Coy contra los árboles. En apenas un suspiro se armó y saltó contra él, detuvo el golpe a un escaso pelo sobre su cabeza.

Ambos quedaron en silencio, observándose. Los ojos de May se tornaban oscuros, apagando la brasa que les daba brillo. El aura de su cuerpo se disipaba dejando paso a una extraña nebulosa de humo. Parte de sus vestimentas no eran más que puros jirones carbonizados.

—¿Acaso pretendías que acabara contigo? —tartamudeó ella entre temblores, mareada e intentando envainar la espada.

La hoja resbaló de su mano para caer en tierra.

—Sabía que controlarías el dragón que habita en ti.

—¿Cómo lo sabías? Podría haberte matado.

—No. Has aprendido a dominar la bestia que late en tu corazón. En realidad creo que siempre lo has hecho, aunque de forma inconsciente: aquel día en el torneo paraste en cuanto te lo pedí, a pesar de que podías haber sido campeona. Me escuchaste. La ira te enciende, pero no te ciega. Bien, ahora debemos regresar a la cabaña; te vendaré esos cortes.



La joven miró sus heridas, a cada brazo, en el pecho y después al maestro.

—¿Esos cortes? Me duele y sangro mucho —murmuró perpleja.

—Vamos, no seas tiquismiquis; la noche te curará.

May cayó de bruces, inconsciente.

Coy la observó atento, con las cejas alzadas.

Apenas llegó a la cabaña, con May colgando sobre el lomo de la mula, Coy atendió las heridas de su joven discípula a la luz del candil. Cortó las hemorragias con abundantes trapos, incluso le realizó un torniquete en el brazo. Luego la lavó con agua caliente de manzanilla y preparó cataplasmas con unguento de centella y miel que posó sobre cada corte. También en la rodilla y en un ojo. Mientras ella descansaba, guisó unas perdices con frutos rojos del bosque. Fue la primera vez que cocinó algo para May. Estaba contento, satisfecho, había arriesgado mucho. Pero al fin aquella jovencita parecía haber despertado, vivir de nuevo en el presente. Con lo aprendido, avanzaban en la dirección adecuada. Ahora su discípula necesitaba descanso, recuperarse, y se preguntó si sería cierto que los dragones sanan con cada noche de reposo.

Sí, se había arriesgado tal vez demasiado.

CAPÍTULO 14

—¿Dónde estamos? —preguntó May abriendo los ojos, incorporándose.

—Has progresado mucho —sonrió Coy.

La joven entrecerró los ojos tratando de recordar.

—Casi me matas, déjame dormir... Debí matarte —dijo y se tumbó de nuevo.

—Vamos, atardece y tenemos mucho que hacer.

Ella le miró con cierta inquina.

—Creía que un dragón se recuperaba con la noche y llevas tres días durmiendo como un lirón. Venga, arriba —insistió Coy.

May no dijo nada. ¿Cómo iba a recuperarse en una noche con semejantes heridas?

Aquella tarde los entrenamientos fueron suaves.

Coy la trató con más referencia, hasta que llegó la hora de la cena.

—Tengo hambre, ha sido un día duro. ¿Qué vas a preparar? —preguntó.

May alzó una ceja y quedó pensativa.

—¿No has cazado nada mientras yo estaba...? —trató de preguntar.

—Ni he pescado. Tendrás que salir a buscar algo que llevarnos a la boca.



—¿Por eso me has despertado, para que busque comida y te la guise?

—Sí. Toma el arco y date prisa, antes de dormir quiero curar tus heridas.

Remugando, May salió de la cabaña y se internó en el bosque. Se sentía espléndida, fuerte y con ganas; de sus heridas solo quedaban pequeñas cicatrices. Cruzó la extensa arboleda sin hallar el más mínimo rastro de presa alguna, ni corzo ni liebre ni perdiz. De pronto escuchó un suave ulular y alzó la vista ante un roble. En una rama alta, un hermoso búho nival la observaba con aquellos enormes ojos amarillos. Por un momento quedó embelesada, nunca había visto algo igual. Un aullido cercano estremeció su cuerpo y clavó de inmediato la mirada en el claroscuro del bosque. El búho voló y ella entendió el porqué no hallaba ningún animal en el bosque: todos estaban a buen recaudo, pues el lobo estaba ahí. Notó esa extraña sensación, calor y frío, como cuando veía al cuervo. Entre la niebla del bosque apareció un clan lobuno al trote y tensó el arco con la saeta preparada. Quedó con la boca abierta cuando vio a una enorme loba blanca de ojos azul hielo trotando entre ellos, con la mirada fija en ella y la faz manchada de sangre. Recordó a Orton, su encuentro con los lobos. Bajó el arco y destensó la cuerda. Noble animal el lobo... ¿Era la misma loba? No, no podía ser. ¿O tal vez sí? ¿Tenía algo que temer? No. Parecían tranquilos y con la barriga llena.

Los lobos la ignoraron y siguieron su trote. Conforme se alejaban, May se internó en la zona desde donde habían aparecido y al pasar un barranco pudo ver el cuerpo devorado de una cabra montés. Sonrió al ver entera una pata de los cuartos traseros. Apenas quedaba cabra, pero parecía como si aquel muslo lo hubieran reservado para ella.

Cuando llegó a la cabaña dejó la pata de la cabra sobre la mesa.

Coy la observó con una mueca de sorpresa y se asomó por la ventana.

—¿Dónde está el resto de la cabra? —preguntó.

—Los lobos la cazaron, los lobos la comieron —respondió ella—. Me dejaron la pata.

Coy se acarició el mentón.

—Nunca dejaron nada para mí —apuntó.

—Maestro, ¿viste antes algún lobo blanco por esta zona? Una loba grande, hermosa...

—Aquí los lobos son pardos y no tienen mucho de hermoso. En verano parecen perros callejeros de gran cabeza y cuerpo sarnoso; en invierno es otra cosa.

—¿Y un búho blanco?

—No. Nunca. Esos animales son propios de tierras norteñas muy lejanas, de mucho más allá del mundo civilizado de los hombres. ¿Por qué preguntas?

—Yo los he visto esta misma noche, cerca del castillo.

Coy se sentó ante la pata de la cabra, remugó pensativo y sonrió.

—¿Cómo la vas a preparar?

Al día siguiente, discípula y maestro corrieron por el bosque ejercitando músculos y resistencia, hasta aproximarse a las murallas derruidas del castillo. Tan solo pararon a lo largo de la jornada para beber agua, tocaba ayuno; algo que tenía de muy mal humor a May, que no dudaba en comer cuantas bayas podía arrancar en su trote. El maestro permanecía atento por si podía ver el búho blanco en alguna rama o a esa misteriosa loba; a menudo preguntaba si era aquí o allí donde ella los había visto.



Finalmente alcanzaron los restos de la cabra.

—¿Aquí viste esa loba blanca? —insistió Coy.

—Sí, fue por aquí; se dirigió hacia el castillo con los demás lobos. No sé si deberíamos seguir mucho más por la zona, seguro que ya tienen hambre de nuevo y no queda cabra.

—Daremos una vuelta por las ruinas y regresaremos. No tendrás miedo ¿verdad?

Ella quedó en silencio.

—Pronto anochecerá y te recuerdo que yo soy más veloz que tú —aseguró luego.

Coy sonrió y negó con la cabeza.

Después se apoyó en un árbol, junto a la muralla del castillo, y respiró profundamente.

—Este es un buen sitio para practicar, para absorber el chi de la vida. Lo salvaje del lugar, su naturaleza indómita y esos lobos mantienen una energía elevada en la zona —aseguró y sin más, se posó firmes con el pecho recto y la cabeza erguida. Levantó los brazos hacia delante, relajado, iniciando la forma tai chi chuan, fundiendo cada movimiento que realizaba con su respiración. May le siguió deseosa de sentir el chi recorrer su cuerpo: la energía de la tierra y del cielo, la fuerza y el poder del dragón.

—Esa mano —le corrigió Coy—. El dedo índice en tensión y forma escalera con los dedos, como si quisieras enroscar algo: los agarres del dragón, su defensa, son en espiral, tal cual su ataque.

May obedeció, dando forma chen a la mano.

—Muy bien, ahora concéntrate: vista al frente, oído atrás, expande tus sentidos, siente fluir el chi por todo tu cuerpo.

May quedó absorta en su propio arte, la posición era perfecta y su concentración total. Con cada movimiento se enraizaba más en tierra, la energía fluía: tierra, agua y fuego.

Pudo sentir como nunca aquello cuanto la rodeaba: la ardilla que observaba discreta, el volar de los pájaros distantes, las hojas mecerse en los árboles, el olor a tierra y pino... Se encontraba muy bien, gozosa, fuerte, en armonía; cuerpo y alma se fundían por completo en un solo ser, todo corazón. Todas esas sensaciones le proporcionaban una energía desconocida hasta entonces y se sintió poderosa. Entonces notó la presencia de los lobos. No los veía, pero sabía que estaban cerca; podía escuchar su respiración, sus pisadas taimadas...

—No te desconcentres y relájate, deja que todo fluya —dijo Coy y colocó las manos enfrentadas, abriendo las palmas, para moverlas dando forma a una circunferencia.

May le siguió.

Los lobos seguían ahí, acercándose cada vez más. Pero aquello dejó de importarle. Por primera vez en su vida, sintió que ese calor que abrasaba su alma era capaz de reconducirlo hasta las manos por voluntad propia. Entonces estiró con fuerza los brazos, dirigiendo sus dedos hacia delante y un tremendo estallido hizo saltar parte de la muralla del castillo.

Cayeron cascotes y piedras alrededor de ellos mientras se miraban.

Coy estiró sus brazos también, nada ocurrió.

—Los lobos ya no están. ¡Qué pena! No podré ver a esa loba blanca —aseguró Coy observando lo derruido y los nubarrones que traía el atardecer—. ¿Podrías intentarlo con esa ardilla? No tenemos cena.

Como respuesta, May cayó hacia atrás y quedó sentada, agotada.

—Regresemos, se aproxima tormenta. Cenaremos hierbas —sonrió Coy.

Conforme se alejaban del castillo, un coro de aullidos



se dejó escuchar entre los truenos y relámpagos que comenzaban a alumbrar el bosque.

—Maestro, ¿crees que estoy preparada? —preguntó May, animada.

—No, pero cada día me sorprendes...

Como tantas otras que no cazaban, aquella noche cenaron los frutos del bosque que pudieron recolectar y una sopa. May tenían un hambre canina o más si cabe. Dejó limpio su plato y miró a ambos lados de la mesa, no había más que devorar. Luego, preparada la leña, se sentó frente a la chimenea.

—La princesa Kun es mi hermana —aseguró sin venir a cuento—. ¿Lo sabías?

—Sí —contestó el maestro Coy.

—Cuando la volví a ver durante el torneo, me habló de... Bueno, ya sabes.

—No te andes con rodeos: quieres saber qué aconteció en aquellos días que dejaron a tu hermana sin trono. ¿Crees que así te sentirás mejor? No me dijiste que la habías visto.

—Estaba en el palco, seguro que tú la viste al igual que yo —remugó May—. Kun me dijo que también asesinaron a sus padres. ¡Los emperadores eran sus padres! No paro de pensar en ello. No es mi verdadera hermana... o sí. No sé qué pensar.

Coy preparó una infusión de manzanilla y romero y sirvió dos cuencos. Luego añadió un poco de miel y acompañó a May. Ella quedó expectante.

—Lanzas y vidas crujían al unísono, astillándose con el atroz choque en el campo de batalla —aseguró Coy—. Las espadas en alto, la saeta veloz. Gritos de victoria, agonía y rabia. Eran miles de jóvenes, de hombres valientes y cobardes convertidos en soldados los que teñían de rojo la embarrada

tierra que los vio nacer. ¡Qué pena! ¡Qué espanto! Entre arengas y blasfemias se desató aquella guerra donde altivos monarcas hablaban de justicia y nobleza. Sin embargo, ambos cabalgaban a lomos del mal sembrando miseria y muerte.

—He oído hablar que llovió sangre —intervino May.

—Sí, fue en el cénit de la batalla, donde tantos morían, cuando aconteció: la sangre salpicó las cumbres heladas, los verdes bosques, los anchos valles y las armaduras de guerra.

Coy quedó en silencio y bebió de la infusión.

May azuzó el fuego y quedó a la espera.

—El día se hizo noche a la par que destellaban mil relámpagos, el viento sopló como si cientos de almas en pena jalearan su agonía —continuó Coy—. Abandonado el campo de batalla, el rey Talos esperaba bajo su carpa con el príncipe Yang. No eran los únicos que no sabían qué pensar ni hacer. No muy lejos de allí era el rey Solat, junto a la princesa Yin, quien miraba anonadado los surcos de sangre que se formaban en tierra. Durga, en su manifestación más poderosa, decidida a combatir los demonios de la guerra, descendió sobre las Montañas Sagradas y colmó sus manos de nieve ensangrentada para ofrecer un sutil canto a los dioses del universo, una hermosa melodía que daba paso a la esperanza: sabía del amor que se profesaban la princesa Yin y el príncipe Yang. En ellos residía una pureza poderosa, muy capaz de derrotar al mal. Pero ¿era posible? La divina alzó los brazos y cerró sus puños con fuerza estallando la nieve al aire. Un resplandor rojo en forma de dragón lo iluminó todo por un instante. La lluvia cesó y el sol volvió a lucir, desplazando tan temible oscuridad.

—Durga, diosa guerrera, azote de demonios. Siempre que escucho su nombre mi corazón late con fuerza —aseguró May.



—No hubo más batalla en ese día. Caída la noche, Durga comenzó a descender desde los altos picos, transformándose en bruma a su paso entre el hielo y la piedra, esencia divina. Fue al alcanzar el bosque de cedros cuando se alzó de nuevo en cuerpo presente, como hermosa mujer de larga melena blanca, piel pálida y ojos cristalinos. Cubierta por una fina túnica azul celeste, caminó sobre la nieve, descalza, hasta llegar al campo de batalla, donde los restos del horror se hallaban presentes. ¡Tantos muertos! Con gran pena en su rostro, su ser comenzó a diluirse formando una nube, de la cual surgieron un cuervo negro y un búho blanco. Y ambos volaron alto. Uno hacia el este y el otro al oeste.

—¿Un cuervo negro?

—Y un búho blanco —remarcó Coy.

May pensó en ese cuervo que a menudo veía y luego vino a su mente el búho nival.

—El cuervo voló hacia la tienda de campaña del príncipe Yang —continuó Coy—. En ese mismo instante, lejos de allí, el búho se transformó en sutil brisa y penetró en las estancias de la princesa Yin para dejarse mecer entre halos de incienso. Ella, que lloraba en su lecho ante la tragedia de la guerra, respiró aquella brisa. Entonces en su mente escuchó una voz a la par que el agua del cuenco que tenía a su lado se tornaba púrpura: “Mantén tu espíritu puro, pronto serás luz salvadora. Sal y galopa. No mires atrás, no temas a la noche, pues la tierra y la oscuridad serán tus aliadas”.

—¿Qué hizo la princesa? —preguntó May, absorta en el relato.

—Sobresaltada miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Sintió sed, mucha, y bebió del cuenco hasta dejarlo vacío. Solo entonces notó el sabor amargo, metálico, en su paladar.

—Sangre de la divina Durga —apuntó May.

—La princesa tosió a la par que la sutil brisa abandonaba su cuerpo. Abrumada, pensó si había tenido una revelación. Salió de su estancia, pudo notar el aire fresco y disfrutó del silencio de una noche sin batalla. ¡Qué belleza! Saltó sobre un caballo y cabalgó olvidándose del tiempo, de la guerra, hasta llegar al borde de un precipicio desde el cual observó los estandartes del enemigo, las armas que brillaban al calor de las hogueras y descabalgó.

—¿Qué hacía allí? ¿Qué fue del príncipe? —preguntó May.

—Calla, no seas impaciente. La princesa escuchó un leve crujir, se volvió y vio llegar hasta ella al príncipe Yang, aquel con el que soñaba alegre en tiempos de paz.

—¡Quién iba a pensar que sus reinos se verían cruelmente enfrentados!

—Nadie, hasta que el trono imperial quedó sin heredero y el mal triunfó colmando de ambición a reyes y generales.

—Cuéntame qué pasó...

—La princesa hizo un amago de marcharse, pero el príncipe le rogó que lo acompañara en aquella extraña noche. Recordaron otros tiempos con pena y cariño, cuando habían bailes y recepciones. El príncipe le reveló que había tenido un extraño encuentro: una anciana que parecía más muerta que viva, había entrado en sus aposentos para ofrecerle un cuenco de vino y aquello que más deseara.

—¿Le ofreció lo que más deseara? —preguntó May.

—¡Lo que más deseara! ¡Un imperio! ¡Riquezas! Pero en su mente solo estaba su amada princesa. Lo que más deseaba era estar con ella, a su lado por siempre. El príncipe pensó si la anciana era una bruja y estuvo a punto de tirar la bebida. Sin embargo bebió y no, no era vino. Así, para desesperación del mal, los príncipes acabaron con aquella guerra que ninguno deseaba, que tanto había ofendido a los dioses. Hablaron de



una gran boda, lo que significó el fin de la lucha, pues ambos pretendientes a la Corona sentaban a sus herederos en el trono imperial. Yin y Yang fueron el inicio regenerador de la dualidad en todas las cosas, pues como dinastías opuestas ahora ambas se complementaban. No podían existir el uno sin el otro, tal cual la noche y el día, y trajeron la esperanza de una larga paz en libertad.

—No lo entiendo. Entonces ¿cómo pudieron acabar con ellos? ¿Por qué?

—Los demonios que se alimentaban de la guerra habían sido invitados por tanto tiempo a vivir entre humanos, que no pensaban regresar a los abismos. No. Como fieles aliados del mal, orgullosos y cobardes como son ante la razón y la virtud, huyeron del mundo terrenal para vivir ocultos en las almas de los hombres, alimentando el ego de aquellos de moral débil. Sí, dulce tentación que seduce las mentes oscuras con susurros enfermizos. Así nacieron los malditos... Y los demonios volvieron a pisar la tierra.

Un trueno, que hizo temblar las tablas de la cabaña, resonó con fuerza. Coy se levantó y se dirigió a la ventana.

—Parece que arrecia la tormenta. Deberíamos descansar.

—¡No! —se alzó May como lanzada por un resorte.

—¿No?

—Yo... Yo quiero saber. Necesito saber qué ocurrió con los padres de Kun, cómo llegó al poder Shojuko, el porqué de tanta tragedia. Mis padres ¿por qué tuvieron que morir?

—¿Suhyu no te contó nada?

—Siempre que hablaba del tema, lo rehuía. Solo sé de algunas leyendas que se contaban por los poblados, algunas cosas de las que me cuentas. Apenas nada.

—Está bien —dijo Coy, lanzó unos troncos a la chimenea y se sentó de nuevo.

May le siguió.

—Los malvados pronto se hicieron notar —continuó Coy—. Deseosos por hacerse con el poder, apenas necesitaron un año para hacer que la desidia arraigara en la mente de tantos; conspiraron, mintieron y difamaron como solo el mal sabe hacer. Así llegó la noche de la ignominia, la misma en la que vino al mundo la princesa heredera. ¡Inocente ella! Yang fue hecho preso en los pasillos del palacio, Yin fue prendida en el mismo lecho donde dio a luz. No hubo tiempo ni palabras, solo prisa, muchas prisas. Con una venda en los ojos y las manos atadas fueron llevados lejos de palacio, a las Montañas Sagradas. Despiadados asesinos, les degollaron y arrojaron al vacío del hielo eterno como triste tributo a los dioses. Con el amanecer se desataron mil revueltas y batallas que no cesaron hasta que cada traidor obtuvo su parte: una corona o una fosa. Ni siquiera los reyes Talos y Solat pudieron esquivar la rebelión, fueron acuchillados por la plebe y sus castillos saqueados.

—¿Qué pasó con mi hermana, con la princesa Kun? ¿Cómo sobrevivió?

—En una pequeña cabaña, cerca del templo de Meru, una pareja de campesinos disfrutaba de la llegada de su primera hija, acompañados por dos monjes guerreros.

—Uno de esos monjes eras tú. Por ello sabes tanto. ¿Verdad?

—El otro era el maestro Suhyu... Recuerdo bien, todo era alegría hasta que la puerta se abrió de golpe dejando paso al gélido viento. Apareció un hombre enorme, un capitán de la Guardia Imperial, con un bebé en brazos. Altivo preguntó: “¿Qué ha sido, niño o niña?” Alguien respondió niña. Luego se acercó al lecho y acarició tiernamente la naricilla de la recién nacida; asintió alegre y aseguró: “Mellizas, han sido



hermanas mellizas”. Dejó a la criatura en el lecho y salió de la cabaña dejándose envolver por la oscuridad de la noche. Así llegaron a ser hermanas la hija de unos humildes campesinos y la heredera al trono imperial.

—¿Nadie buscó a la princesa?

—No. El capitán de la Guardia Imperial, a su regreso en palacio, informó que la heredera había fallecido bien lejos, donde nadie sabía de ella, y que su diminuto cuerpo había sido descuartizado y lanzado a los perros. Nada quedaba, ni tan siquiera el recuerdo. Ninguno de los traidores que se habían alzado contra los emperadores lo dudó ni se les pasó por la cabeza la idea de que aquel aguerrido militar pudiera mentir y así quisieron creerlo... Otros temas más acuciantes como el reparto del Imperio se imponían.

May alzó las cejas y quedó pendiente del fuego.

—El Imperio se transformó en un caos de pequeños reinos que entraban en batalla por cualquier desaire —aseguró Coy—. Nadie quería recordar la desdicha de aquella noche en que la paz fue asesinada, los tiempos en que vieron crecer el mal y nada hicieron por evitarlo. Mientras y sin que nadie sospechara, la princesa crecía junto a la que creía su hermana, feliz, al cuidado de una familia que bien la quería.

—Orton dijo que tú... ¿Por qué dejaste las Montañas Sagradas? ¿Fue el mal de amor?

—¡Ah, el mal de amor! —exclamó Coy y sonrió delatando su felicidad—. Ba-Ghan llegó a tierras del Imperio desde el Levante peninsular acompañando a su padre, hombre de negocios y viajero infatigable. La conocí en Shambala, en una visita al templo de Brahman donde coincidimos comiendo momos de yak. Fue algo imprevisto que cambió por siempre el rumbo de mi vida. Pasamos juntos días muy hermosos; su belleza y nobleza desarmaron al monje guerrero. Cuando

marchó sentí que mi vida se apagaba sin ella, que mi lugar estaba en Sambori labrándome un futuro a su lado.

—Cuando Jotko... Sentí un dolor profundo, como nunca había sentido.

—Sufriste su pérdida porque en verdad le amabas, pero no quieres reconocerlo.

May quedó en silencio.

—Háblame del general Shojuko —le pidió al momento, cambiando de tema.

—Apenas nadie sabe de él. Llegó desde más allá de los confines del mundo con su ejército de demonios y sin ofensa ni excusa comenzó la conquista del Imperio. Destruyó las tropas de cada reyezuelo sin apenas esfuerzo y acabó con todos y cada uno de ellos sin vacilar, de forma notoria: la traición de los malditos, su fatal ambición, fue recompensada con la llegada de un cruel tirano que los sometió y sin tierras ni cabeza los dejó.

—Tal vez fuera el karma, como justo castigo para los traidores que se alzaron contra los emperadores —aseguró May.

—Sí, podría ser —sonrió Coy—. Shojuko reunificó los reinos y señoríos del Imperio bajo una sola voluntad, la suya.

—¿Cómo descubrió donde se escondía mi hermana?

—Fue gracias a una de las matronas que asistieron al parto; torpe mujer, se atrevió a asegurar que un dichoso día regresaría la estirpe de paz al Imperio, que la princesa heredera ocuparía su trono tan vilmente usurpado por tantos. No tardaron aquellas palabras en llegar a oídos del tirano y ella en suplicar por su vida. Shojuko partió de inmediato con doce jinetes de la Guardia Negra hacia las Montañas Sagradas, en busca de...

—En busca de mis padres —interrumpió May con pena.



—Si la heredera estaba viva era algo que el tirano no podía obviar.

—Mi hermana huyó a tiempo, pero nosotros quedamos a su merced. Fue la primera vez que noté esa extraña sensación que abrasa mis venas y oscurece mi mente.

—La presencia de la esencia del mal y lo que debiste sufrir sin duda avivó la semilla de la bestia que llevas en tu interior.

—¿Por qué la llamas bestia? No me gusta.

—May, escucha: con mucho trabajo, muchísimo, con voluntad, sacrificio y tesón se puede formar un poderoso guerrero, capaz del dominar el chi, incluso, tal vez, de alcanzar el zen al calor de un monje erudito... Pero un auténtico dragón, una bestia así, como la que vive en ti, como la que yo percibo, no habita en el corazón de cualquier persona. No. Eso quiere decir que por tus venas corre sangre divina de la temible Durga, un dragón de muerte. Y eso solo significa una cosa.

—¿Qué quieres decir?

—¡A dormir! Estoy agotado.

—Pero...

May no obtuvo respuesta y quedó mirando cómo Coy se acomodaba para dormir. A solas frente a la chimenea, escuchando la tormenta que se daba fuera, trató de comprender las palabras del maestro. De pronto, en sus ojos relució un brillo rojizo intenso, ascuas de dragón, y perpleja abrió la boca. ¡Claro! ¡Sangre de dragón!

CAPÍTULO 15

May despertó con el primer trino de las aves, se levantó perezosa y se asomó a la ventana bostezando; vio llegar una bandada de zorzales que se posaron sobre un árbol. Hacía tres días que el maestro Coy había marchado al valle, a buscar setas. Estaba preocupada y aunque le había pedido que no abandonara la cabaña, que ejercitara cuerpo y mente mientras regresaba, estaba decidida a salir en su busca.

De pronto los zorzales salieron volando, de estampida. May se fijó en el claroscuro del bosque y entre unos setos vio pasar a un hombre, un gigante desconocido que avanzaba dando cortos pasos, despacio, como si el mundo pudiera esperar y nada mereciera su esfuerzo. Era calvo y tenía la cara desfigurada, estirada de lado; sus brazos eran muy largos y tenía una gran barriga, hinchada y redonda. En la mano llevaba un bastón o lo que podía ser una enorme garrocha.

La puerta de la cabaña se abrió y ella se puso en guardia.

—¿Ya estás en pie? Bien, nos espera un día agitado —aseguró Coy y entró con cierta prisa para colocarse al calor de la chimenea—. ¿Preparaste algo para desayunar?

May se asomó a la puerta.

El gigante desconocido se había esfumado.

—Ahí... En el bosque hay alguien —aseguró sin dejar de vigila por la ventana—. ¿Dónde te habías metido?



Coy la miró de soslayo.

—¿Vamos a ver si encontramos esa loba blanca? — preguntó.

Aquel día recorrieron sendas de montaña hasta llegar de nuevo a la cima donde se erigían los restos del castillo en ruinas. Pasearon junto a las murallas y penetraron por el arco de lo que un día fuera el enorme portón. May descubrió que la plaza de la antigua fortaleza se había transformado en un lago congelado, que tenía una pared vertical de pura roca cubierta de hielo, la cual estaba rodeada de columnas que parecían talladas sobre mármol blanco.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó May.

—¿Estás nerviosa? —replicó Coy—. Te noto a la defensiva.

—Esta mañana vi a un hombre y creo que nos ha estado siguiendo.

—Sí, es el bueno de Sargo. Relájate, no tardará en llegar, solo quiere matarte. Recuerda: un verdadero guerrero debe fijar bien su objetivo y dedicar toda su energía y talento en ello. No te permitas ninguna distracción con ese hombre.

May quedó sin palabras. Resopló y luego, para proteger sus manos, se puso unos guantes finos de combate que dejaban al descubierto las puntas de los dedos. Sin duda aquello era una nueva prueba que formaba parte de las enseñanzas y no se preveía fácil.

—¿Es eso, un nuevo desafío? ¿Bueno o malo? —preguntó finalmente.

—Ya estás quejándote y todavía no has empezado... Un dragón no puede quejarse ni lamentar nada, solo pensar rápido y actuar con contundencia. Debes acostumbrarte: tu vida es un desafío constante y no hay modo de que los desafíos puedan ser buenos o malos. Los desafíos son

simplemente desafíos. La diferencia entre un hombre y un dragón es que para un dragón todo es un desafío, mientras que para un hombre todo es como una bendición o una maldición.

May le miró por unos momentos, analizando aquella reflexión, y luego se fijó en las paredes heladas, en ese azul tan claro y en las formas caprichosas formadas por el agua en deshielo. Entonces escuchó un rugido cavernoso, se volvió y vio que las ramas bajas de los arbustos del bosque se movían fuera de la muralla. Al momento, aquel enorme hombre de rostro deforme, el tal Sargo, entró por el arco de piedra armado con una gran garrocha y no, sus intenciones no parecían ser las mejores.

—Maestro —señaló May.

Coy se sentó en un saliente de la muralla como si fuera un mero espectador.

El hombre anduvo muy lento hasta llegar ante ella y en nada, lanzó un tremendo golpe. May se echó hacia atrás, sorprendida, viendo pasar el afilado arpón de la garrocha muy cerca. Apenas quiso reaccionar, el puño del gigante se estrelló en su rostro y cayó dando vueltas por el lago congelado. Se arqueó ágilmente para dar un salto e incorporarse. De inmediato adoptó la postura de defensa tai chi chuan, crujiendo el hielo bajo sus pies. Conforme Sargo se acercaba de nuevo rugiendo su ira con la garrocha en alto, le lanzó una fuerte patada a la mano, desarmándolo. El gigante rugió su enfado y se abalanzó sobre ella hecho una mole de grasa y músculo encolerizada. La agarró del cuello y un muslo y la lanzó con fuerza contra la pared helada. Saltaron cascotes de hielo y antes de que se pudiera mover, ya lo tenía encima de nuevo golpeándola en el vientre y la cabeza sin parar. Mareada dio un traspié y se dejó caer, para pasar entre las piernas de



aquella masa que la estaba machacando. Pero este la agarró de un pie y giró sobre sí mismo para lanzarla de nuevo contra la muralla. ¿Cómo era posible que aquella mole se moviera tan rápido?

May gateó con prisa para dejar distancia entre los dos y quedó mirándole. Volvió su vista ante Coy, que atendía a la lucha con una grata sonrisa. Con sorpresa pudo ver cómo los lobos estaban observando, acomodados entre las ruinas y sombras del castillo; incluso la loba blanca permanecía allí sentada sobre un risco con los ojos puestos en ella. No tenía tiempo para ver más. Sargo embestía de nuevo, incluso mordía al aire con una fiereza tal que parecía querer devorarla viva, allí mismo. May le saltó encima ganándole la espalda y le cruzó los brazos por el cuello, para tratar de hacer un mataleón. Resultó imposible con aquella enorme papada, además de que no había forma alguna de cerrar un triángulo con las piernas ante tan desmesurada barriga. Sin darse cuenta salió despedida de nuevo contra la muralla y apenas quiso incorporarse, una fuerte patada la elevó por el aire para hacerla rodar otra vez por el hielo.

Alzó la vista y vio cómo aquel hombre corría hacia ella con la enorme garrocha firme en las manos. Paró el mortal golpe cruzando sobre la cabeza dos dagas que sacó rápidamente de su cinto, formando una pinza. Pero la fuerza del golpe fue tal que perdió una de las dagas y el arpón de la garrocha rasgó sus carnes. Apenas trató de levantarse, Sargo le propinó un tremendo cabezazo, le mordió con fuerza en una mejilla y la alzó al aire del cuello, sujetándola con una mano; con la otra ocupó toda su cara y apretó fuerte. May, sin poder respirar, sintió como si su cabeza fuera a estallar en cualquier momento ante tanta presión. Entonces sus ojos enrojecieron por completo y gritó con fuerza: un estallido

de energía emanó de su cuerpo desplazando brutalmente a Sargo, que salió despedido y se incrustó contra la pared helada, derrumbando parte de la muralla.

May se incorporó de inmediato, quedando en su pose marcial, sin percatarse de aquella aura rojiza que la envolvía y prendía sus ropas, de que el suelo helado se derretía bajo sus pies; se armó con la garrocha y se dispuso a reventar a su adversario llegando hasta él sin un destello de piedad en el alma. El afilado arpón de la garrocha rasgó el aire potente y se hundió por completo en el hielo a un dedo escaso de la cabeza de aquel gigante derrotado. Y alzó la vista para comprobar que la loba blanca y el resto de los lobos habían desaparecido.

—Ese pobre hombre ha sido vencido, no es necesaria más violencia. La clase terminó, regresamos a la cabaña —dijo Coy llegando hasta ella—. Dominaste de nuevo el instinto asesino de la bestia que habita en tu corazón y esta vez no tenías a un amigo enfrente.

—Ese “pobre hombre” pretendía acabar conmigo —replicó May posando la mano en la herida de su hombro—. ¡Me mordió en la cara! ¿Qué guerrero hace eso?

Coy contempló la mordida con cierta templanza, todos esos dientes marcados.

—Hum... No es nada: tiene mal aspecto, pero la noche te sanará —sonrió—. Pensaste que por ser un rival grande y corpulento, sería lento en la pegada y así te han entrado esos golpes peligrosos que nunca debieron llegarte.

—Ese hombre... ¿Por qué me atacó con esa ira? ¿Quién es?

—Es un viejo amigo. Cuida vacas allá, en la otra cara de la montaña, donde abundan las setas. Vive solo, siempre está solo. Le prometí riquezas y mujeres sin igual si era capaz de acabar contigo.



May quedó perpleja, pero no dijo nada. Trató de ignorar aquellas palabras.

No pudo.

—¿Cómo? No es posible. ¿De verdad? ¿De dónde ibas a sacar las riquezas? ¡Mujeres! ¡Le prometiste mujeres! No me lo puedo creer.

—Era imposible que te venciera —se justificó Coy alzando los hombros—. Si Sargo hubiera acabado contigo me hubieras metido en un gran problema. May debes tener en cuenta que en la batalla, cuando tu vida pende de un hilo, no hay guerrero fácil ni reglas que cumplir. No sabrás del arte y valor de un adversario hasta que te midas contra él en verdad. Así pues no debes subestimar nunca a un enemigo a pesar de tu gran poder. Shojuko no te lo pondrá tan fácil: tendrás que usar todo tu arte, toda tu fuerza. Por ello es necesario que controles tus emociones, que se fundan alma y cuerpo en un solo ser, que domines siempre y en cada momento la bestia que habita en ti, que seas capaz de proyectar sobre tu enemigo toda tu energía y que sepas cuando acabó la batalla... para no dejarte envolver por las garras del mal.

CAPÍTULO 16

Mientras May preparaba la cena, el maestro Coy decidió salir a pasear por el bosque, tranquilo, a la luz de la luna, con las manos atrás y el mentón estirado. Parecía que su discípula estaba algo molesta por el tema de Sargo, apenas le había hablado en los últimos días. Aunque ella tampoco era mucho de hablar. O tal vez sería por el hecho de tenerla en equilibrio mañana y tarde con un solo pie sobre un estrecho tronco, lanzándole de vez en cuando una pedrada. La verdad es que la joven había ganado mucho en equilibrio y esquiva. Además, por más que la tentaba, no lograba sacar de nuevo la fuerza del dragón. Estaba claro que ella sabía amarrarlo y eso estaba bien.

La noche era agradable, una suave brisa mecía las hojas de los árboles. De pronto se escuchó el ulular de un búho y Coy se giró precavido; unas sombras le acompañaban. Consciente de ello continuó su camino. Al llegar a una bifurcación que se abría a dos rocas y unos arbustos, desapareció en el claroscuro del bosque. Cuatro figuras ocultas con capas y capuchas llegaron hasta allí y quedaron buscando.

—Perdón, ¿me permiten? —solicitó Coy surgiendo tras ellos.

Sorprendidos, le dejaron lugar echándose a un lado.

El maestro pasó entre los desconocidos y siguió caminando.



—No sois de aquí ¿verdad? —les preguntó.

Ninguno contestó.

—Pueden acompañarme si lo desean. ¿Tienen caballos? Recogeremos algo de leña, la noche será fría. May se pondrá contenta, hace mucho tiempo que no tenemos visita.

—¿Sabe dónde está? —preguntó uno de ellos con voz de mujer.

—Sí, claro.

Cuando Coy entró en la cabaña, acompañado, May quedó sorprendida. ¿Visita? ¿En aquellas cumbres heladas? Los estudió taimada. ¿Podrían ser demonios de Shojuko? Y se fijó en uno de ellos, en sus cómodas botas, en las tobilleras, en los pantalones de camal ancho, en el peto de piel, en las largas muñequeras de remaches; y rápidamente reconoció aquella indumentaria de guerra. Y contrajo el rostro un tanto desafiante.

—He venido de muy lejos para saber de ti —habló Roka quitándose la capucha.

—Esta mujer y sus amigos tuvieron a bien ayudarme a cargar leña en sus caballos.

May no respondió, solo hizo una mueca seguida de un gesto de desconfianza.

—Acomódense —dijo Coy y los invitados se sentaron alrededor de la chimenea.

Aquella noche cenaron una rica sopa de ajo y perdiz que rápidamente colmó la estancia con un delicioso aroma. Apenas dijeron nada en principio, tan solo miradas furtivas; al finalizar la cena el maestro quedó pendiente, como pidiendo una explicación.

—¿Qué hace la Guardia Real en mi humilde morada, en la montaña? —preguntó.

—Nada bueno —apuntó May.

—La sopa estaba deliciosa, se agradece algo caliente —aseguró Roka.

—¿Y bien? —insistió Coy.

—Hasta más allá de los muros de la fortaleza real llegaron las hazañas de su discípula, la joven May, la afamada Cebolleta —sonrió Roka un tanto provocativa.

—No me llames así, no lo vuelvas a hacer. Eso solo se lo permito a una persona y no está entre los vivos —amenazó May y se mostró dolida, muy dolida—. ¿Sabe mi hermana que estáis aquí?

Roka quedó desconcertada.

—¿Tu hermana? —preguntó finalmente.

—¿No sabes quién es mi hermana?

La capitana negó con la cabeza.

—Vaya, pues deberías —remugó May y se echó hacia atrás.

—El rey Azahar está muy preocupado por los continuos excesos del general Shojuko y mucho más ahora, que ha fijado su mirada sobre nuestras riquezas —afirmó Roka—. Soldados de incógnito, mercenarios y espías de ese tirano son abatidos o descubiertos en nuestros dominios cada vez con más frecuencia. Teme que sean la avanzadilla de lo que pueda acontecer si no los paramos antes.

—¿Tu rey quiere ir a la guerra contra Oriente? —preguntó Coy.

—No, en tiempos de paz mi rey nunca enviaría a sus leales tropas a la conquista de ningún reino, pero sí ha permitido que el general Cicerón, héroe de guerra, arme un ejército con la intención de frenar las intenciones del tirano. El objetivo del rey Azahar es devolver el trono a su verdadera dueña: la princesa Kun y que retorne la paz a los reinos de Oriente.

—Será un empresa difícil y costosa —murmuró Coy.



—Tenemos urdida la estrategia, el general Cicerón conoce bien aquella tierra. Una guerra relámpago con el mayor de los ejércitos que ha conocido el mundo.

—¿Quién es Cicerón? —preguntó May, curiosa.

—Es bravo guerrero, luchó en las guerras de Oriente e incluso llegó a alzarse con un pequeño reino, pero tras la llegada de Shojuko tuvo que huir. Fue el único rey que logró salvar el cuello, dicen que incluso se enfrentó en batalla a esos demonios. Ahora se dispone a regresar con la princesa Kun, su prometida.

—¿Su prometida? Vaya, ese hombre debe doblarle la edad por dos veces. ¿No?

Roka quedó en silencio.

—Y ese hombre, el tal Cicerón, ¿ha formado un ejército de mercenarios para acabar con Shojuko? —insistió May.

—¿Mercenarios...? Bueno, sí, pero además esperamos que los reinos de Oriente se unan a la causa, que se alcen en armas contra el tirano al amparo de su legítima emperatriz.

—¿Un rey defenestrado y un ejército de mercenarios entregará el trono imperial a Kun? ¿Eso dices? —preguntó Coy, dudando.

—Sí. Desde que llegó la princesa a palacio, Cicerón se preocupó por ella. Se han prometido y juntos marcharán a Oriente, donde la princesa ocupará su lugar: el trono imperial. Ella traerá paz, prosperidad y justicia a su pueblo. Así, los reinos de Levante no tendrán nada que temer. La princesa pisará de nuevo su tierra muy pronto.

—¿Vais a llevar a la princesa Kun al campo de batalla? —preguntó Coy.

—Sí, insiste en acompañar a su amado en la campaña. El pueblo no entendería una invasión extranjera sin su emperatriz al frente. Además, es su expreso deseo que May

forme parte de la guardia personal. Quiere que esté cerca de ella, más después de saber lo ocurrido en Sambori con esos demonios.

May bebió y dejó sobre la mesa el cuenco.

—No es necesario que yo forme parte de la guardia de la princesa, pues ya tiene quien la proteja o ¿acaso no es así? —expuso rotunda.

—Sí, por supuesto que tiene quien la proteja. Durante una década he cuidado de ella, destripando a cada asesino que Shojuko envió para acabar con su vida. No sé a qué viene este repentino empeño en que la acompañéis. Pero yo no soy quién para discutir ni valorar órdenes, mi deber lo dicta mi rey y no es otro que cumplir los deseos de la princesa y velar por su seguridad. ¿Sabes? Estoy deseando tenerte a mi lado, bajo mi mando, para enseñarte maneras —sonrió Roka.

—No —descartó May tal empresa.

—Pero... ¿No? No, no te puedes negar a la voluntad de la princesa.

May la miró de soslayo, alzando una ceja.

—Creo que ese tal Cicerón no pretende liberar al mundo de tirano alguno, sino sentarse en el trono imperial —aseguró después.

—¿Eh...? —replicó Roka.

—Esta guerra, fruto del temor y la ambición, que ese general pretende justificar con la princesa Kun como estandarte, está abocada al fracaso —intervino Coy—. Shojuko es un dragón con alma de demonio: os aplastará. ¿Nunca habéis oído hablar de su ejército de demonios?

—Solo es un hombre y esos demonios no son invencibles, nunca se midieron a un verdadero ejército. El general Cicerón los conoce bien —aseguró Roka—. Además, estoy hablando en nombre del rey, en nombre de la princesa...



—Kun, tu princesa es mi hermana —interrumpió May—. Hace poco, mal me quería. ¿Qué ha cambiado? Nada. Solo quiere tenerme cerca para vigilarme. Yo he de librar mi propia batalla, que ella libre la suya. Bien protegida se encuentra bajo el pabellón de Cicerón y a vuestro lado. No me necesita para nada.

Roka quedó con la boca abierta.

—Entonces... no pensáis acompañarnos —acertó a decir.

—No —contestó May.

—Pues no me dejas otra opción, las órdenes de mi princesa fueron tajantes: “No vuelvas sin ella” —expuso Roka y se levantó para desenfundar la espada.

Los tres hombres de la guardia la siguieron.

—Tendré que llevaros a rastras —aseguró Roka.

De pronto, la puerta se abrió con una fuerte racha de viento y entró volando un cuervo, ese cuervo negro, graznando estrepitosamente; se posó sobre la chimenea y graznó de nuevo. El corazón de May se aceleró y notó ese calor alarmante crecer dentro de ella, agitarse el dragón de sus brazos. Cerró la puerta de golpe y se hizo con una espada, se la lanzó por el mango al maestro y se armó con la suya ante el asombro de Roka y los suyos.

—Están aquí —susurró May poniéndose en guardia frente a la puerta.

—¿Qué...? ¿Quién? —preguntó Roka.

—Los demonios de Shojuko.

La puerta de la cabaña estalló en mil astillas y una voraz bola de fuego que todo lo cubría penetró voraz. May se tumbó inmediatamente en el suelo y el maestro Coy volteó la mesa con las dos manos, de un rápido golpe, alzándola como barrera para esquivar la abrasiva tempestad. Roka y uno de sus guardias salieron despedidos por el ventanal, mientras

los otros dos caían entre horrorosos gritos devorados por inmensas lenguas de fuego.

Luego, silencio. Humo... Fuego.

Un enorme engendro entró rugiendo sus babas, agitando una gran porra de enormes clavos. Apenas cabía por la puerta: tuvo que destrozar lo que quedaba del marco para poder penetrar al completo. Y quedó mirando todo pisando brasas, los muertos y la madera astillada.

Coy saltó por un costado y golpeó duro en los tobillos de aquella mala bestia, haciéndola caer de rodillas. May se levantó espada en mano, sangrando sus heridas y quemaduras, con numerosas astillas clavadas en el cuerpo, y le cortó la cabeza de un tajo, por el cuello. Luego ambos fijaron la vista en la puerta y vieron a varios guerreros de negro con bolas en las manos, gruesas y con una mecha ardiendo. Corrieron y saltaron por el ventanal los dos a una, conforme una nueva lengua de fuego arrasaba la cabaña. Rodaron por la nieve entre los pequeños arbustos y vieron a Roka, que se abalanzaba contra aquellos hombres. Al menos eran cinco los atacantes, solo uno logró salvarse... No, ninguno. El soldado de la Guardia Real que había logrado sobrevivir acabó con él.

—Debemos marcharnos —expuso May en guardia, estudiando el bosque y las sombras.

—¿Crees que hay más? —preguntó Roka.

Una saeta voló certera, pero la mano de Coy fue más rápida y la sujetó al aire cortando su trayectoria mortal hacia Roka. Y se echó hacia atrás para evitar otro dardo. May se internó en el bosque de pinos corriendo, buscando. La capitana la siguió ladeando su espada.

—No, esperad, debemos permanecer... —exclamó Coy.

Un fatal golpe interrumpió sus palabras y lo tumbó seis metros atrás; quedó magullado, sangrando los labios y con



una gran brecha en la cabeza. Alzó la cara y vio un tremendo engendro, de cortas patas y ancho torso, voraz ante él, agitando al aire una gran porra. Se incorporó justo a tiempo de esquivar un nuevo golpe, tremendo, y le saltó por detrás para golpearle en el cuello, haciendo caer a tan gran mole de carne y odio. Un enorme mordisco le sorprendió por detrás, crujiéndole la cadera y una pierna. Otro engendro, mucho más grande, lo sujetaba del cuello y una pierna conforme mordía duro. Coy se concentró, superando el tremendo dolor, y formó una bola chi de energía entre sus manos conforme aquel ser lo lanzaba contra los árboles...

No muy distante de allí, May saltó sobre los dos arqueros que habían disparado y estrelló su pie en el rostro de uno de ellos; y se ladeó veloz para bloquear un golpe con las dos manos. Con una llave chuan agarró el brazo de su enemigo y le dislocó el codo en un instante. Roka llegó gritando, furiosa, y decapitó al otro arquero con apenas un destello de espada. Y ambas mujeres quedaron mirándose entre ellas, su entorno, sin bajar la guarda, taimadas ante un nuevo ataque.

Entonces se escuchó un crujir enorme y un grito agónico.
—¡Coy! —exclamó May y corrió veloz.

Roka se aseguró, en un severo instante, de que el arquero con el codo dislocado no se alzara jamás y la siguió de vuelta a la cabaña.

Cuando llegaron vieron al soldado de la Guardia Real reventado contra una roca y a Coy tratando de levantarse, maltrecho, titubeante. Poco más allá, el cuerpo de aquel enorme engendro yacía agonizando. El maestro logró alzarse y anduvo cortos pasos hacia el establo, cojeando, y comenzó a preparar una montura. De pronto cayó al suelo. May corrió para ayudarlo. Con gran pena comprobó que Coy tenía la cadera machacada, una pierna rota y un tremendo golpe en

la cabeza que sangraba en demasía. Los labios y el mentón le temblaron conforme la ira tornaba rojos sus ojos.

—¡May! —exclamó Roka.

Uno de los engendros se levantaba de nuevo, miró a ambas féminas y rugió atroz agitando su gran porra, escupiendo babas de sangre. A pesar de estar herido atacó con rapidez a Roka, tanto que la capitana no pudo más que alzar inocentemente la espada para tratar de parar el tremendo golpe. Fue entonces cuando un fuerte destello rojo, un rojo intenso, vivo, colmó la escena iluminando la noche... y el engendro salió despedido hacia atrás violentamente, abrasándose, emitiendo un potente rugido que cesó conforme se convertía en llamas, carbón y cenizas.

May mantenía la guardia con los ojos encendidos como ascuas, gran parte de sus vestimentas no eran más que jirones carbonizados. Un escalofriante siseo de dragón se dejó escuchar potente, de su boca, conforme cerraba los puños y bajaba los párpados. Roka no pudo más que bajar lentamente la guardia y tragar saliva ante aquella visión.



CAPÍTULO 17

Sentada en un tocón y frente a la pequeña hoguera del improvisado campamento, May pensaba con pena en su joven enamorado. Nostalgia de un tiempo pasado, de un amor perdido. Las llamas le daban calor y sosiego en aquella fría noche en que su mentón tembló. En verdad llegó a sentir por Jotko algo especial, desconocido para ella. ¿El mal de amor? A su lado había conseguido sentirse feliz, olvidar la ira que a menudo la consumía. Jotko había logrado que en sus ojos brillara de nuevo ese hermoso azul hielo.

—¿No duermes? —preguntó el maestro Coy con la vista perdida en el infinito de un hermoso cielo estrellado, tumbado en una camilla de madera que bien cuidaba de sus costillas, con la cabeza y la cadera vendada y la pierna entablillada.

—No puedo —contestó ella.

—Roka duerme. Una lástima lo de sus compañeros. Si no hubiera sido por ese cuervo...

—Los engendros debieron seguirla hasta nosotros —interrumpió May sin apartar la vista del fuego—. Nunca me dejarán en paz. Esa anciana y su cuervo... Siempre la temí, vieja bruja, y sin embargo ahora pienso que...

—Siempre estuvo a tu lado protegiéndote —interrumpió Coy.

—Eso pienso. ¿Es posible? —asintió May.

—Háblame de ella. ¿La has visto en estos días?

—No, pero siento su hálito cada día que anochece, como si estuviera presente a mi lado; es como un viento gélido y sin embargo, cálido a la vez. Shojuko nunca me dejará vivir en paz, por siempre será un peligro constante para todo aquel que esté cerca de mí. Y ella, esa vieja bruja, parece estar ahí para recordármelo a cada instante. ¿Quién es?

Coy quedó en silencio.

—Deberías dormir —asintió después.

—Por lo que dice Roka, la ofensiva contra Shojuko ya se desató: la flota del rey surca el mar y mi hermana partirá en busca de un destino en cuanto sepa de mí. ¿Debería ir con ella? Es mi hermana, pero...

—Ella, al igual que tú, es víctima inocente de la vil maldad. ¿Deseas acompañarla? Tu guerra no es contra las gentes que tendrás que batallar, sino contra el demonio Shojuko. Has mejorado y mucho, dominas la furia de tu dragón y estoy muy satisfecho. Ahora quisiera que me contestaras a una cuestión, pero solo si quieres.

—Dime, maestro.

—Me dijiste que Suhyu te había formado cuanto pudo como guerrera, pero tú y yo sabemos que eso es imposible. Me mentiste. ¿Quién avivó el dragón que habita en ti?

May alzó el entrecejo y estiró los labios, le miró a los ojos y asintió.

—Fue un capitán de la Guardia Negra —confesó finalmente—. El maestro Suhyu nunca quiso ejercitarme en las artes marciales; no como yo necesitaba. Ante mi insistencia, solo tenía tiempo para mí algunos días por la mañana, antes de que despertaran sus discípulos. Entonces conocí a una joven que ejercitaba su kung fu en el bosque, quería entrar en la Guardia Negra; me habló de un pequeño puesto militar



de intendencia no muy lejos de allí, donde vivía un aguerrido capitán que bien la entrenaba. Un día me presenté allí.

—Hum... ¿Y que pasó con ese capitán?

—Me ignoró, pero solo al principio. Yo solía ir un par de veces a la semana y ejercitaba con otras muchachas. Con el tiempo todo cambió. Aprendí rápido, enseguida pude ver que no tenía rival, ni tan siquiera entre los hombres, aquellos fuertes guerreros, y entonces sí, el capitán se fijó en mí hasta el punto que me recomendó para entrar en la Guardia Negra, al servicio directo de Shojuko. Yo era muy joven y además mujer. Pero eso no le importó al general, me aceptó entre los aspirantes y para mi sorpresa, con el tiempo, él mismo me ejercitó algunos días. Mi propósito solo era estar lo más cerca posible de ese demonio para... cobrar mi venganza.

—¿Y no se acercó tanto?

—No. Los meses fueron pasando y Shojuko nunca tuvo una mala palabra o acción contra mí. Fue muy duro, pero solo en los entrenamientos. Cada vez me exigía más, hasta que un día logró dar vida al dragón que habita en mí. Fue horroroso, solo recuerdo aquel calor que sentí por todo mi cuerpo y los hombres caer envueltos en llamas.

El maestro asintió mostrando preocupación.

—¿Qué pasó después?

—No sabía qué me pasaba, no podía controlarme, tuve miedo y salí corriendo. Cuando el maestro Suhyu se enteró de lo acontecido y descubrió mis intenciones, mis planes de venganza, me prohibió regresar a la fortaleza. Decidió que mi presencia entre los guerreros de la Guardia Negra no tenía justificación, que no era correcta la manera en que ejercitaba mi cuerpo y alma. Dejé de verle de inmediato, cumpliendo los deseos de Suhyu, y comencé a formarme como sacerdotisa del templo de Dhyana.

—Pero tras conocer tu poder, supongo que el general te deseaba a su lado y contrariar sus deseos no debió ser buena idea.

—Apenas me acordaba de mis días con la Guardia Negra cuando al año, más o menos, Shojuko nos visitó. Suhyu me ayudó a huir por una buhardilla, junto a otras muchachas, dos niños y un anciano monje. Nos refugiamos por tres días en las Montañas Sagradas, en el Templo de Brahman. Cuando regresé, lo encontré... muerto... Les arrancó las entrañas en vida a todos los monjes del templo.

Coy se recostó hacia atrás.

—Oí que Shojuko pretendía engendrar en mí un dragón que hiciera inmortal su linaje. También que quería mi cabeza, por traidora —expuso May—. ¡Oí tantas cosas!

—La dinastía Yin Yang fue asesinada por traidores que ambicionaban el poder, en una noche de ira. Pasaron los años y cuando llegó Shojuko, destruyó lo que quedaba del reinado de los jóvenes emperadores, la nueva institución de gobernantes y esclavizó al pueblo. Se hizo dueño de un imperio. ¡Es invencible! Será hombre o demonio, pero te teme y sin embargo...

—¿Y sin embargo? —preguntó May.

—Shojuko no asesinó a tus padres, no. Fue la misma guardia que debía proteger a los emperadores Yin y Yang y una muchedumbre cegada por los demonios y el odio de una guerra. May, tú eres la verdadera heredera a ese trono que tantos ambicionan. Lo sabes, ¿verdad?

Ella agachó la cabeza, consciente de una realidad que sospechaba.

—La sangre de Durga corría por las venas de tus padres —continuó Coy—. Por ello corre también por las tuyas, poderosa. Eres la dualidad más pura, donde Yin es Yang y



Yang es Yin: sangre de dragón, hija de la temible Durga. Por ello Shojuko te desea, por ello te teme. Ese tirano solo ve en ti lo que eres: la heredera del trono que ocupa y el dragón que puede acabar con él.

—Dime, maestro, ¿por qué en todo este tiempo no me contaste lo que sabías?

—Quería que tuvieras una oportunidad. En Sambori podrías haber hallado un vida alejada de las penas y desgracias que trae la bestia, de los males que procuran los demonios. Lejos de guerras y maldades podrías dormir tu dragón, vivir una vida plena, en paz y ser feliz. No pudo ser.

May quedó en silencio y pensó en cómo podría haber sido su vida junto a Jotko, en el local de Sasha, en el templo de Meru, en Sambala, compitiendo en torneos.

—Sabías que eso no sería posible —aseguró al momento.

—Tenía que intentarlo, la paz siempre merece una oportunidad. Ahora llegan nuevos tiempos de horror, de inconscientes que abrirán las puertas del mal. El infierno les seguirá, devorándolo todo. ¡Los demonios en cuerpo y alma son tan poderosos! Antes de intervenir en esa guerra que se está fraguando, debías saber que ni Shojuko fue culpable de tu desgracia ni Kun es la heredera del trono. Para aquellos que la conocieron, eres el vivo retrato de tu madre Yin, emperatriz del Imperio de Oriente.

—Háblame de ella.

—Poco la conocí... Solo una vez pude hablar con ella, saber de la bondad de su corazón; fue en el mercado de Shambala, cuando visitó el Templo de Brhaman tras la boda imperial. Le gustaba departir con la gente, conocer sus problemas; siempre buscaba ayudar. Era tan hermosa como noble, un canto a la paz. Pero la guerra dejó muchos muertos, mucho dolor y resentimiento. El pueblo se dejó llevar por las voces

del mal y vio en la Corona la causa de todo aquel sacrificio. Los traidores que los derrocaron pretendiendo ser reyes, los muy ilusos; cometida la barbarie se encontraron con un ministro de la muerte.

—Shojuko —asintió May.



CAPÍTULO 18

Con las primeras luces del alba, May recorría las sendas de regreso hacia Sambori. De su caballo colgaban las varas y pieles a modo de camilla que portaban al maestro Coy. Les acompañaba la capitana Roka, siempre algo distante. Durante semanas habían descendido por las montañas de la serranía de la Espada cruzando los espesos bosques, para alcanzar los arroyos que daban vida al río Idubeda. Apenas una jornada les separaba de su destino.

En las alturas, el cuervo negro.

En la cara de May se reflejaba la impaciencia por llegar. Llevaban varios días de marcha, sin apenas descansar y veía cómo el rostro de Coy palidecía por momentos: ya no hablaba ni comía, la herida de la cabeza no mejoraba, no podía mover el torso, se le veía con sudores y esa pierna...

—Deberíamos descansar. Llevamos todo el día al trote, sin parar —indicó Roka.

—No estamos lejos, los caballos resistirán —replicó May.

—Tu maestro necesita atención, si seguimos morirá.

May se volvió y fijó la mirada en Coy, allí marchito. Dubitativa, estudió el entorno que los envolvía: el río, los pinos, los colores del crepúsculo en el horizonte. Anochecía, el manto frío y oscuro de la noche pronto caería sobre ellos. Finalmente asintió.

Acamparon bajo un gran roble alcanzada la meseta, cerca de un recodo del río. El fuego de una hoguera les reconfortaba. Roka había cazado una liebre, tenían buena cena: caldo y carne. May observaba el asado, las ascuas saltar, pero su mente estaba muy lejos; conforme se acercaba a Sambori se sentía más fuerte, el momento había llegado.

—Saldremos con el primer rayo de sol —dijo.

—En el campamento de Sambori disponemos de un buen médico, el mejor; es ducho en fracturas de guerra y ha salvado muchas vidas. Le llevaremos allí. No sabía que la princesa Kun tuviera una hermana —dijo Roka—. Entonces ¿tú también eres princesa?

May levantó las cejas y estiró los labios, pero no contestó.

—La primera oleada del desembarco ya habrá partido —comentó Roka como buscando de qué hablar, al no hallar respuesta—. Posiblemente, en este momento, nuestros soldados estén batallando contra los demonios de Shojuko. Dime, ¿por qué los llaman demonios? ¿Tan terribles son esos soldados?

—No son soldados, son demonios —contestó May—. Las leyendas dicen que surgieron de los infiernos, de entre los muertos, para unirse al tirano. Por eso los llaman demonios.

—Todo demonio con el que luché, hombre o engendro, sangró y murió.

—Los demonios no son engendros, no son hombres. Son demonios: muertos en vida, criaturas atroces, atormentadas, que suspiran por devorar un alma viva. Shojuko solo los convoca para la batalla si es necesario, seguro que nunca luchaste contra ninguno de ellos. Dicen que no pueden ir más allá de la tierra que los vio nacer y morir, por ello no salen nunca de los dominios de Oriente.

Roka la miró incrédula.



—¿Tú crees en ello? —preguntó finalmente.

—Yo ya no sé en qué creer.

Amaneció despejado, un hermoso sol lucía en el cielo azul. May se levantó con cara de preocupación: Coy apenas reaccionaba a sus cuidados y la piel del costado se mostraba morada con tonos verdosos. Anduvo hacia su caballo, le acarició la quijada y colocó sobre la grupa una manta y la silla. Anudó con fuerza las maderas y las pieles que hacían de camilla y acomodó bien al maestro. Después cargó la mula, recogió el morral y montó ante la atenta mirada de Roka. Siguieron las sendas que les acercaban a Sambori sin prisa, con cuidado para que Coy no sufriera mucho el trote. Avistaron las murallas de piedra que rodeaban la ciudadela al mediodía. Conforme descendían, dejando atrás el bosque y alcanzando los sembrados de mijo, vieron a lo lejos la costa: un ancho golfo donde permanecían anclados numerosos navíos de guerra, tantos que apenas se veía el azul del mar.

—Agua —murmuró Coy.

May descabalgó y le atendió dándole de beber de un saquillo de piel.

—Mira —indicó el maestro, fijándose en el horizonte—. Las peligrosas tormentas que hacían imposible los largos viajes hasta las tierras de Oriente, dejan paso a unas aguas tranquilas que invitan a la navegación. Están preparándose para la guerra; miles de hombres convertidos en soldados, gozosos ante la batalla que les llevará a la muerte. May, se avecinan días muy tristes y solo tú puedes impedirlo.

—¿Yo? ¿Y qué puedo hacer yo?

—Los demonios vuelven a caminar entre la gente y poco se puede hacer contra tanto mal como engendran. Estos hombres, inconscientes, no saben lo que les espera; es

necesario que la llama de tu dragón los ilumine en la batalla. Debes enfrentarte a Shojuko, devolverlo a los infiernos. Pero no por venganza, sino para proteger a tantos inocentes. Un verdadero dragón no lucha por odio a los que tiene enfrente, sino por amor a los que tiene detrás. Siempre fue ese tu destino, aunque yo no quería verlo —susurró Coy antes de quedar inconsciente.

En Sambori, con tanto soldado que iba de un lado a otro transportando víveres y armas, la pacífica ciudadela más bien parecía una fortaleza. May no perdió tiempo; con la ayuda de Roka, llevó a Coy a la tienda que hacía de enfermería.

—¿Y Coy? —se acercó Ba-Ghan, preocupada.

La llegada de Roka y May arrastrando la camilla del maestro anudada al caballo no había pasado desapercibida para los vecinos, los cuales la habían avisado rápidamente.

May señaló hacia delante y Ba-Ghan se apresuró.

—Tu hermana te espera, pondré en su conocimiento que estás en la ciudadela —susurró Roka y se marchó.

May quedó pendiente de las caricias con las que Ba-Ghan trataba de reanimar a Coy. Luego salió de la tienda. No sabía qué hacer, pero visitar a su hermana no entraba en sus planes. Pensó en acercarse a la casa de Sasha, en visitar a Yan Yan. ¿Cómo? No podía regresar al local, donde todo le recordaría a Jotko, sus risas, aquel beso. Así que paseó hasta el embarcadero y estudió la flota que allí se concentraba.

—Es tu deseo zarpar cuanto antes. Ten paciencia, es la primera virtud y tiene más poder que la fuerza —escuchó una voz de mujer en su interior, tan suave como clara.

El vello de la piel se le erizó al notar esa corriente helada, ese extraño calor. Miró de reojo a un lado, al otro y detrás. Nada vio, solo marineros y soldados atareados.



—El mal triunfará de nuevo: sangre y muerte. ¡Cuántas almas perdidas! La guerra es el maldito altar de su victoria —escuchó de nuevo y entonces fijó la vista al frente.

En la proa de una galera se hallaba una figura oscura: la vieja bruja, pendiente de ella.

—Es hora de regresar a tu tierra, de que enfrentes tus miedos.

May marchó en dirección a una barca con toda la intención de alcanzar la galera, de saber quién era aquella mujer. Pero entonces la anciana desapareció en la neblina de la marea, entre las maromas, el mástil y las velas; solo vio volar el cuervo negro. May paró en su camino hacia el embarcadero y quedó malhumorada. Remugó y se dirigió al campamento militar, pues solo tenía una forma cierta de viajar rápidamente y esa era acompañando a su hermana.

—¡Alto! —cruzó un guardia su lanza apenas alcanzó May la zona de oficiales.

—Busco a Roka, capitana de la Guardia Real —replicó ella.

—Has venido, interesante; pensaba que no lo harías —dijo Roka apareciendo justo detrás de ella—. Dejadla pasar, es... es nuestra invitada —acertó a ordenar.

—Quiero embarcar, pero no iré de escolta de mi hermana.

—Ya... Debes librar tu propia batalla. Te proporcionaré una tienda para que te asees y pases la noche. Mañana partimos temprano, te enviaré un oficial para que te acompañe a la nave insignia.

—No es necesario, con el canto del gallo estaré en el embarcadero.

May pasó la noche junto a Coy, acompañando a Ba-Ghan. Parecía que las curas surtían efecto, al menos las fiebres habían remitido. Sentada en el suelo con ambas piernas

cruzadas y el torso recto, permanecía en vigilia. Al amparo del silencio de la noche meditaba sin recordar, sin pensar, uniendo cuerpo y mente, purificando el alma. Un aura rojiza casi imperceptible la rodeaba por completo y el dragón de su piel parecía dormitar en sus brazos.

Era temprano cuando salió de la tienda. Miró atrás y vio a Ba-Ghan rendida, junto al lecho; dormía sentada en una silla y con la cabeza sobre el pecho de Coy. Fue al río, se liberó de sus ropas y saltó para remojarse en las frías aguas del Idubeda. Nadó de un lado a otro y se sumergió. Al asomar la cabeza por la superficie, vio un hermoso búho nival posarse en la rama que sujetaba sus ropas. La rapaz la miró con aquellos enormes ojos amarillos colmados de nobleza y voló. Sintió como si aquel búho la apremiara.

May se vistió y regresó a la tienda, Ba-Ghan no estaba y le extrañó.

—¿May? May —escuchó la voz de Coy.

—Estoy aquí —le dijo tomando su mano.

—Ba-Ghan me ha dicho que zarpas hoy mismo, en este día.

—Sí y llego tarde, estarán esperándome.

—Esperarán —aseguró Coy, sonriendo. Luego quedó serio—. Sabes lo que eres y cual es tu destino. Recuerda: el respeto no se rinde a un verdadero guerrero por las batallas en las que haya podido vencer, sino por las causas que defendió. Cuídate. ¡Qué pena! No voy a poder acompañarte como era mi intención.

—Ya estoy aquí —dijo Ba-Ghan entrando con un paquete y una espada en su vaina.

May miró sorprendida.

—Quiero que lleves esta ropa —le dijo Coy—. Perteneció a una gran guerrera del bien: Daygi la llamaban, batalló contra el mal como loba junto al Dragón Blanco para vencer al más



poderoso de los demonios: el terrible Mahishasura. Estas son sus armas, armas de dragón. Durante generaciones han permanecido en mi familia, ocultas esperando el momento, tu momento. Ya sabes: no eres paloma de paz, sino dragón de guerra. Pero nunca hagas de ello bandera ni honor, serías víctima del mal a través de sus tentaciones.

May desenvainó aquella espada Jian y emocionada, la estudió con interés: el filo, el corte y el equilibrio. ¡Perfecta! Luego tomó el paquete y lo abrió. Un vestido de gruesas pieles curtidas en rojo se dejó apreciar, con sus repliegues, escamas metálicas y refuerzos.

—¡Dagyi! —exclamó y miró con un brillo especial a su maestro.

—Llegas tarde. Podrías haberte arreglado el pelo, lo llevas demasiado largo para no atenderlo —dijo Roka apenas la vio llegar al embarcadero en aquella fría mañana.

May alzó las cejas, sorprendida. Podría haber esperado muchos reproches o consejos de la capitana Roka, pero jamás aquel. Zarparon en un navío de guerra cargado de armas, víveres y soldados; era el buque insignia, donde viajaba la princesa Kun. Con cierta nostalgia se apoyó en el pasamanos de la popa. Entonces el corazón le dio un vuelco, pues en la distancia pudo ver a Yan Yan en el puerto con las manos arriba, gritaba su nombre. Alzó el brazo dejándose ver, despidiéndose; una nostalgia colmada de tristeza invadió todo su ser al recordar a Jotko. Huyendo de la situación, recorrió la cubierta hasta la proa y se apoyó en un cabo de las velas para contemplar la flota que partía hacia Oriente. El cuervo negro voló cerca de la superficie del mar, causando gran alboroto entre las gaviotas, hasta posarse en la cima del

palo mayor y comenzó a graznar. Ella lo observó taimada: donde estaba ese cuervo, no debía andar lejos la vieja bruja. De forma sutil buscó, miró en torno suyo, a los marinos y a la tripulación que andaba por cubierta, unos realizando sus labores y otros relajándose ante el largo viaje.

—¿Cómo estás? —le preguntó Roka posándose a su lado.

—Ese cuervo...

—¿No piensas hablar con tu hermana?



CAPÍTULO 19

Pasaron los días en alta mar y no había más novedad que el intenso sol del mediodía, el salobre del viento de poniente y un ancho horizonte azul siempre distante. May se ejercitaba en la popa, cada anochecer, bajo la mirada de la princesa Kun y de algunos marinos curiosos. Calandracas, naranja, arroz y pescado para el almuerzo, y también para cenar. Con viento a favor la navegación era rápida.

El cuervo negro, que volaba durante el día, desaparecía en el inmenso azul, y regresaba cada noche para descansar al resguardo de las velas del palo mayor, aquella noche llegó acompañado por un palomo mensajero; sin duda, noticias de Sambori.

—Conforme pasan los días, aumentan los rumores. La tripulación comienza a tenerte miedo —sonrió Roka acercándose con las manos en el cinto—. En especial cuando meditas. ¿Nunca duermes?

—Pronto estaremos en tierra hostil, la vigilia es vida.

—No comprendo cómo puedes descansar y estar a la vez pendiente de cualquier ruido, como los lobos. En mis tiempo jóvenes, de moza en las milicias del rey, en las guardias, siempre quedaba dormida, ni tan siquiera lograba la vigilia. Menos mal que eran tiempos de paz.

—¿Has entrado alguna vez en batalla?

—Si te refieres a una verdadera batalla, cientos de soldados en guerra... No.

—¿Alguno de vuestros generales sabe lo que es el campo de batalla?

—Cicerón es veterano, batalló en Oriente en las guerras que culminaron en imperio. Se alzó victorioso en cada batalla que libró. Es un héroe respetado por todos. Dicen las malas lenguas que incluso estaba prometido a la princesa Yin, pero la necesidad de un enlace con el príncipe Yang que diera fin al conflicto, le impidió ser su esposo y emperador.

—Vaya —murmuró May—. ¿Por qué me teme la tripulación?

—Tus ojos a veces son azul marino y otras, tizones negros. Yo los vi brillar como el fuego. Y el cabello, esa melena negra azabache, te crece tan rápidamente.

May se tocó el pelo.

—No te lo cortes, con el pelo tan corto pareces una...

—No lo digas —la interrumpió May.

—No lo diré. ¿Sabes? Por lo que más te temen estos hombres es por ese rumor que se ha extendido, el de tu terrible poder: el maestro Coy te llamó ante su esposa el Dragón Rojo, aseguró que solo tú, liberando la bestia que habita en ti, podrías derrotar al general Shojuko. ¿Cómo alcanzaste tal perfección? ¿En qué templo? ¿Con el maestro Coy?

—¿Eso dijo? Quizá deliraba con las fiebres. ¿Acaso le espías?

—La guardia hace su función: proteger, escuchar e informar. El maestro también aseguró que eres hija de la temible Durga y que estás preparada para la gran batalla contra el mal. Yo te derroté en el tatami.



—Eres una guerrera excelente.

—No me tomes el pelo, seguro fue una argucia. ¿Por qué te dejaste vencer?

—No, Roka, no me dejé —aseguró May—. Tal vez yo esté preparada para vencer a un enemigo en el campo de batalla, a un demonio, pero no lo estaba para derrotar a un adversario en el tatami de un torneo, a una mujer guerrera. Un día tendrás que darme la revancha.

—No, no. No creo que llegue ese día —sonrió Roka—. Recuerda que te vi luchar contra ese engendro; sé bien lo que eres y de tu poder, no escucho rumores ni leyendas.

—¡Delfines a babor! ¡Son cientos! ¡Bendición de los dioses! —gritó un marino.

May se asomó a la proa, sonrió como una niña y el azul hielo se reflejó en sus ojos haciéndolos tan hermosos. Se deleitaba con la visión de aquellos delfines que acompañaban a la embarcación; unos jugaban entre las olas que levantaba la nave y otros saltaban alto llevándose la admiración de la tripulación. De pronto una yubarta surgió con un gran estallido de agua, era enorme y dio un tremendo salto exhibiéndose tan grandiosa como era.

—May, la princesa Kun requiere tu presencia —dijo Roka.

May entró en el camarote de la princesa acompañada por Roka. Durante la navegación ambas hermanas no se habían dirigido la palabra; solo miradas distantes, esquivas y alguna sonrisa dudosa. ¿Qué decir? Mejor nada, solo escuchar.

—No te has acercado mucho a mí —dijo Kun—. Roka, por favor, déjanos a solas.

La capitana salió del camarote algo irritada, deseaba saber.

May, que dormía en un chinchorro de cuerdas junto con la tropa, quedó pendiente de aquel camerino tan adornado

con cuadros, alhajas y estatuillas; de esa cama que se veía tan cómoda, de la mesa, la jarra de vino y de las copas de oro que la acompañaban.

—En Sambori conocí a Sasha, la mujer que te dio un hogar, y a su sobrina, esa jovencita revoltosa —comentó Kun.

—Yan Yan —apuntó May.

—Sí, ese es su nombre. Son buena gente, atentos y leales. Yan Yan me contó tu historia desde que llegaste a su hogar, tus sentimientos por ese joven, su primo. Lo siento, no sabía nada.

May levantó el entrecejo a la par que estiraba los labios.

—Fue víctima de un engendro de Shojuko, obtendrá justicia —dijo finalmente.

—Yo... Quería decirte... Bueno, eres mi hermana. No tienes culpa de nada y además perdiste a tus padres por mi causa. Orton debió ponernos a salvo a las dos y también a tus padres. Lo siento. Durante todos estos años pensé mucho en ti, rogué a los dioses para que te protegieran. Perdóname, debí confiar en tus palabras.

May quedó sorprendida, pero no por la disculpa. ¿Orton? Un siseo salió de su garganta y sintió ese calor que a menudo la devoraba cuando la ira se apoderaba de ella.

—¿Ocurre algo? Estás blanca, muy blanca.

—No, nada, es el balanceo del barco; es la segunda vez que navego —se excusó May con la mente puesta en Orton, su amigo Orton, el oso Orton. ¿Significaban aquellas palabras que Orton era ese oficial de la Guardia Real que se había llevado a su hermana antes de que llegara Shoyuko hasta ellos? ¿Qué la había llevado a ella hasta aquella familia? ¿Qué había traicionado a sus padres, los emperadores Yin y Yang?

Kun avanzó ofreciéndole los brazos.

May se alteró en demasía al sentir la ternura de aquel



abrazo; recordó tiempos pasados, cuando eran dos niñas felices e inocentes jugando en los bosques cercanos a la cabaña donde vivían, y no pudo más que abrazarla con fuerza.

—¿Quieres dormir aquí, conmigo? —le propuso Kun.

—Yo... ¿Eh? —tartamudeó May.

—Me alegro mucho que hayamos resuelto nuestras diferencias. No sabía que fueras ducha en arte marciales. Me sorprendiste en el torneo, sí. Roka asegura que eres muy buena, incluso mejor que ella. Que dominas la esencia del tai chi chuan. Dice que eres un dragón. ¡Un dragón! Como los grandes maestros de las leyendas que nos contaba el maestro Suhyu. ¿Recuerdas? Sí, cuando ejercitábamos en templo de Dhyana. Éramos tan niñas.

—¿Por qué viajas a Oriente? Deberías quedarte en palacio, no veo que seas guerrera y el campo de batalla no es lugar para princesas —replicó May.

—Llevo toda mi vida preparándome para reinar el día en que pise de nuevo mis tierras, que tan vilmente me fueron usurpadas. He pensado en mil batallas, en expulsar a ese tirano, en vencer e instaurar de nuevo el imperio de paz que soñaron mis padres, los emperadores Yin y Yang. Ahora que estás a mi lado me siento con más fuerza y te debo tanto. La desgracia se cebó en tu familia por acogerme, por darme un hogar.

—Yo... Quizás deberíamos...

—May —interrumpió Kun—. Roka me ha informado que tienes tus propios planes, no deseas formar parte de mi guardia; respetaré tu decisión. A media mañana atracaremos en el puerto del Valle de los Mil Lagos. Quiero que sepas que si me necesitas, para lo que sea, aquí me tienes. Te quiero. Eres mi hermana, siempre lo serás y no deseo perderte de nuevo.

May emitió un leve gruñido. No tenía claro si hablar o callar. ¿Cómo decirle que no, que ella no era la hija de los emperadores Yin y Yang ni la heredera a ningún trono? Y calló para fundirse en un nuevo abrazo.

—Un caballo ¿podría ser? —dijo finalmente.

La línea de costa apenas se discernía ante tanto barco como permanecía atracado. Eran cientos y formaban un enorme campamento militar flotante. Una canoa se acercó al buque insignia, el general Cicerón había mandado un emisario al encuentro de su princesa y portaba un gran ramo de flores, como bien correspondía.

May observaba distante y en cuanto el navío insignia atracó, decidió desembarcar. Roka le proporcionó víveres, un mapa de la zona y una montura. Acatando las órdenes de la princesa Kun, le entregó un hermoso caballo alazán, puro rojo de crines, cola y calzas blancas con el que pasó emocionada parte del día. Por la tarde recorrió el campamento militar que se alzaba en aquella población costera, tirando de las bridas del caballo; trataba de ordenar sus ideas. Al parecer, el ejército de Cicerón avanzaba sin apenas resistencia, ni tan siquiera se había dado una gran batalla. Como gran estratega y conocedor del terreno, había profundizado mucho. Según las noticias que portaban los palomos mensajeros, esperaban las provisiones y refuerzos que llegaban y sobretodo a su princesa imperial para asaltar el gran bastión del mal. Todo era alegría y confianza, incluso muchos hombres del terreno se habían unido a la fuerza invasora... ¡Libertadora!

May no sabía muy bien qué hacer. ¿Dónde estaba Shojuko y su ejército de demonios? Pero en ese momento había algo más que reconcomía su cabeza y mucho, era una necesidad imperante y finalmente se acercó al muelle de carga desde



donde tiempo atrás había partido. Volvió la vista hacia una cabaña que se divisaba a lo lejos y un destello rojizo brilló en sus ojos, marchitando el azul hielo. Sin más, dirigió sus pasos y caballo hacia allí.

Abrió la puerta de la cabaña y entró.

—Te estaba esperando, sabía que volverías —escuchó una voz salida de la oscuridad.

Sentado en una silla y cubierto por varias mantas, Orton respiraba con dificultad.

May estudió la cabaña, estaba sucia, abandonada; nada permanecía como recordaba.

—¿Y tu madre, Baba?

—Muerta. Cuando marchaste, Shojuko nos visitó. Sí, fue terrible; en cuanto las nieves lo permitieron. Yo esperaba que no fuera así, que lo hubiéramos despistado; quise creer que sería así. Pero no, me equivoqué. Tiene ojos en todas partes —aseguró levantándose, mostrándose.

May dio un paso atrás, el rostro de Orton estaba completamente desfigurado y caminaba curvado, le faltaba un ojo y no tenía nariz; los labios estaban partidos y no se adivinaban muchos dientes. Las marcas de una garra metálica se hacían notar cruzándole el rostro. Su cuerpo estaba demacrado y muy delgado; en nada parecía aquel gran hombre, un oso, que conoció. Además le faltaba una oreja y parte del brazo derecho, a partir del codo.

—Soy un muerto en vida, ya ves qué queda de mí. Shojuko decidió que viviera en agonía. Es el pago a mi vileza. Solo la esperanza de que un día regresaras, fuerte y poderosa, me daba fuerzas para seguir y soportar esta fatal condena, para vivir un días más —aseguró Orton y tan débil como estaba, sus piernas se doblaron.

May lo sujetó de inmediato.

—¿Encontraste al maestro Coy? —preguntó Orton—. Sí, veo que sí. Lo noto. El dragón de tu alma está vivo, late fuerte, muy fuerte.

May limpió la cabaña, avivó el fuego y se instaló allí para pasar la noche. Ya no tenía cuentas que ajustar, el destino se había anticipado. ¡Ah, el karma! Y se puso a preparar un caldo de ave y cebolla para cenar. No había más que comer en la cabaña, de hecho no tenía claro ni de qué especie era aquel pájaro que estaba cocinando. Para beber halló un cuenco con vino un tanto dulzón, afrutado, y un barrilete con agua y larvas de mosquito. Mientras cocinaba, sirvió dos cuencos pequeños de vino y puso a hervir el agua. De su zurrón sacó fruta, pan, aceite, cecina y el queso que le había dado Roka como suministro de campaña.

—En un par de días marcharé. ¿Necesitas algo? —preguntó May ofreciéndole vino.

—No, no necesito nada —contestó Orton y saboreó el caldo.

—Cuando surcaba el mar, ansiaba pisar esta tierra, abrazar tu enorme y apestoso cuerpo, saludar a Baba y agradecerle tanto... Incluso pensé si podrías acompañarme, regresar a la cueva, luchar a mi lado. Ahora ya no es el caso. Mi hermana... Dime: ¿tú te encontrabas entre los que mataron a mis verdaderos padres?

Orton siguió bebiendo, tragando, como si no hubiera escuchado. Una vez terminó cuanto llenaba su boca, se limpió con la manga y volvió su desfigurado rostro ante May.

—Sí —respondió firme—. Yo me contaba entre aquellos traidores que prendieron y decidieron la suerte de los emperadores Yin y Yang. Prohombres y generales me tentaron con riquezas, placeres y tierras. Solo yo, como



capitán de la Guardia Imperial, podía despejarles el camino y llegar hasta sus estancias sin despertar sospecha alguna.

May quedó en silencio, no tenía nada que decir; un gran pesar la inundaba por completo. Le hubiera gustado que Orton lo hubiera negado, que no hubiera tenido nada que ver con aquel horrible magnicidio.

—La guerra lo es todo para quien ambiciona el poder y la gloria, aquella boda que sembraba paz dejó a tantos sin oficio ni beneficio —continuó Orton—. Así pues, los emperadores debían morir para que cada uno de nosotros, los traidores, alcanzara su propio reino y, por tanto, también debía morir la heredera nacida aquella misma noche. En mi persona recayó el deber de perpetrar tan abominable acto y decidido fui a buscarte. La suerte estaba echada. Un corte, una pequeña mancha de sangre en mi espada y con el nuevo día sería dueño y señor del reino del Valle de los Mil Lagos. Sí, todas estas tierras, sus riquezas, gentes y pueblos me pertenecerían, sería magno; esa era mi recompensa por tan vil traición. Pero cuando te vi por primera vez, tan pequeña e inocente, y con esa sonrisa que me dedicaste, supe del gran error que había cometido. Envainé mi espada y decidí salvarte de la ira desatada en aquella triste noche que mató la vida y esperanza de tantos.

May siguió inmersa en su silencio; comía como ausente y ni le miraba.

Orton calló y comenzó a devorar cuanto podía, como si no hubiera comido en la vida; trozos mal masticados y babas caían entre sus escasos dientes. Y bebía vino con gusto, mucho, hasta agotarlo por completo. De postre, una manzana.

—¿Por qué enviaste al reino de Azahar a mi hermana Kun? —preguntó May—. Ahora cree que es la legítima heredera.

Orton sonrió.

—¿Por qué envié al reino de Azahar a la hija de un campesino? No, no fue cosa mía. En cuanto supo que vivías, Shojuko ordenó tu búsqueda. Envié un palomo avisando al templo, debían prepararte a ti, la heredera, para llevarte de inmediato lejos de las garras de ese demonio. Pero los padres de Kun, tus padres adoptivos, pensaron que el general preso de su ira los mataría a todos y en vez de salvar a la princesa, simplemente pusieron a salvo la vida de su verdadera hija.

May quedó perpleja.

—Ja, me engañaron. ¡Nos engañaron a todos! —sonrió Orton—. No creas que esos campesinos deseaban tu muerte, no; solo pretendían que su hija siguiera viva. Para ello la hicieron pasar por la heredera y la enviaron lejos: nada le faltaría en el reino de Azahar e incluso un día podría ser reina.

—¿Por qué al reino de Azahar?

—Uno de sus más destacados generales luchó en las guerras del Imperio y ambicioso como pocos, conspiró en tiempos de paz en busca de un reino. Y lo consiguió. Huyó en cuanto Shojuko asomó su ejército arrasando con todo. Cuando puse en su conocimiento la existencia de la heredera y del peligro que corría, se brindó a darle apoyo y consiguió también que el rey Azahar se mostrara piadoso. Ya ves, incluso le ha preparado un ejército para derrocar a ese demonio y hacerse con el Imperio.

—Cicerón —asintió May como algo obvio.

—Sí, Cicerón. He oído que pretende hacer de la princesa su esposa; su regalo de boda debe ser el trono del Imperio de Oriente que en gran parte te arrebató.

—Kun no sabe nada, se cree la heredera y dice estar enamorada de ese hombre. ¿Crees que debería reclamar el trono de mis padres?



—Lo que yo sé es que deberías ser feliz y eso solo lo conseguirás viviendo tu vida en paz, lejos de guerras y venganzas.

—¿Acaso crees que debería olvidar, perdonar? ¿Cómo perdonar tanta maldad?

—El perdón no es para liberar de culpa al otro, pues siempre arrastrará la pena y las repercusiones de sus malas acciones, sino para que seas libre de los pensamientos negativos que puedan arraigar en tu corazón. Solo así podrás ser feliz. ¿Podrás perdonarme?

May estiró los labios y gruñó sutil, como solía hacer cuando no sabía qué responder.

—Shojuko creyó que la heredera había huido, que navegaba a través del mar entre tierras, lejos de su poder; entró en cólera y arrasó la morada —aseguró Orton—. No debíais estar allí ni tú ni esos desgraciados campesinos. Los monjes tenían que haberos llevado a los tres al Templo de Brahman, tierra que ese demonio no se atreve a pisar. Pero llegaron tarde, muy tarde, y solo pudieron salvarte a ti. Dime, ¿deseas ser emperatriz?

—No he regresado en busca de un trono...

—Ya no eres aquella escuálida niña de cabeza rapada que huía por los bosques; eres mujer hermosa, feroz. Pero batallar contra alguien tan poderoso requiere de una gran determinación, tendrás que tener el corazón bombeando rápido y la mente muy despejada. No dudes: sus artes son oscuras, argucias impías y usará todo su poder para enfrentarte. Es enemigo fuerte y bravo, no tengas remordimiento alguno en derrotarlo. Tú puedes acabar con él, lo sabe y te está esperando.

—No lo parece, las tropas de Cicerón no han tenido muchos contratiempos.

Orton comenzó a reír con ganas, dejando perpleja a May.

—¿Cicerón? Tan gallardo como supe de él en otros tiempos, cuando la intriga y la mentira sacudieron el Imperio, y luego fue el primero en huir ante los demonios de Shojuko. Ahora regresa clamando al pueblo, al amparo de una falsa heredera, con un ejército de mercenarios y piensa que todo cambió, que tras tanto tiempo el general habrá descuidado sus defensas. Ese desgraciado no tiene ni idea, sus espías no lo ven todo. El ejército de demonios de Shojuko los despedazará, nada puede el acero contra ellos. Yo los he visto, los he vivido; solo el fuego los convierte en cenizas —aseguró y se posó serio, tomando firme la mano de May—. Acaba con mi vida, necesito descansar.

Se hizo un silencio tenso.

—No me pidas que acabe con tu vida, no lo haré —respondió al fin May y lo acompañó a la cama. Luego lo desvistió y lavó, aseándolo un poco; aquella dejadez era asquerosa. Lo cubrió con unas mantas y se sentó a su lado—. Llegarán tiempos mejores.

Cuando Orton comenzó a roncar, May salió al portal para quedar sentada en la madera de un escalón hasta más allá de la media noche. Se maravilló con la belleza del cielo azul marino oscuro, con esa enorme bóveda tan hermosa y colmada de estrellas que a veces parecía querer hablarle. Se preguntó cómo estaría el maestro Coy y sin pretenderlo acabó pensando en Jotko. Arrugó los labios huyendo de tales pensamientos. Pronto tendría frente a ella al general Shojuko. ¿Estaba realmente preparada? ¿Buscaba justicia o solo venganza? Vio pasar una estrella fugaz. Cerró los ojos y pidió un deseo, un solo deseo.



A la mañana siguiente, cuando May salió a ejercitar su mente, se encontró con el cuerpo de Orton colgando de una soga en un árbol cercano a la cabaña. Al lado pastaba el caballo. Preso del dolor y los resentimientos, se había quitado la vida. La tristeza se abatió sobre su corazón, de nuevo. Enterró al amigo Orton sin lágrimas, junto a la tumba de Baba. Y suspiró. Sentimientos encontrados afloraban cada vez que pensaba en él: había sido un ser malvado, un traidor que cayó en la tentación y participó en el levantamiento que acabó con la vida de sus padres; sin embargo siempre sería Orton, el amigo oso que la salvó por dos veces. Una nueva víctima de Shojuko.

Entró en la casa y se bañó en una pequeña palangana, vistió su cuerpo con un suave camisón blanco y se sentó frente a un espejo roto, en la penumbra. Peinó su cabello negro azabache, largo, muy largo, sin prisa; nunca lo había tenido tan largo. Y se vistió con el traje rojo de guerrera que le había entregado Coy. Tomó la espada Jian y observó su filo, el brillo de sus ojos en la resplandeciente hoja y la envainó. Se colocó un morral a la cintura y salió. Observó la bahía distante, los barcos y aquel ejército que comenzaba a dejarse oír en la mañana; y volvió los ojos hacia el lejano horizonte del interior.

El cuervo estaba allí sobre su montura, esperando, mirando de lado.

—Shojuko —murmuró May y cabalgó para galopar en busca de su destino.

El cuervo voló por encima de ella, graznado.

Apenas se había deshecho la escarcha en la mañana, el sonido de las cornetas y los tambores dio inicio a la marcha militar. Tres compañías de treinta lanceros y numerosos carros de intendencia comenzaron a avanzar en fila hacia el

interior del territorio como una gran serpiente multicolor, con sus estandartes y banderas. Se respiraba optimismo, gallardía valiente ante la victoria prometida. La princesa Kun viajaba en un adornado carruaje tirado por seis corceles, rodeada por la Guardia Real, con la capitana Roka siempre vigilante.

—¿Se sabe algo de May? —preguntó Kun.

—Nada, mi señora. Marchó al día siguiente del desembarco, debe llevarnos mucho terreno por delante —contestó Roka.

—¿No podemos avanzar más deprisa? Ardo en deseos por alcanzar al general Cicerón, por saber de sus victorias.

—No sería recomendable. La tropa tiene que ir al paso para no fatigarse; es mucho territorio el que se tiene que abarcar y los soldados deben estar siempre ojo avizor, en disposición de combate.

—Oh, Roka, siempre tan taimada y escrupulosa con las ordenanzas.

—Es por su seguridad, mi señora.



CAPÍTULO 20

Con el alba, May trotaba valiente sobre su hermoso caballo alazán. Tras atravesar las extensas llanuras del Valle de los Mil Lagos y los densos bosques que lo rodeaban, se dirigió hacia el interior buscando el corazón del Imperio, donde se hallaba la fortaleza de Shojuko. Hizo un alto en el camino, para revisar la ruta y observó el mapa que le entregó Roka. Enseguida se situó entre aquellos trazos simples sobre papiro donde podía ver claro el recorrido desde los bosques hasta aquel pequeño desierto, las escasas poblaciones que encontraría y luego, las montañas, la senda encajonada de aquella cordillera que la llevaría directa hasta su objetivo.

Siempre al este, se introdujo en las arenas de una extensa llanura desértica.

Con el sol del mediodía el calor era sofocante, insoportable; el aire reseca su garganta y quemaba su rostro. El caballo sudaba y jadeaba demasiado deprisa. Tenía que parar. Observó a su alrededor y no vio ni una sombra, todo puro desierto. El aire caliente que desprendía la tierra desvanecía la visión impidiendo ver en la distancia. Saltó del caballo, descolgó de la silla de montar el odre, esa bota de pellejo de cabra, y bebió con ganas. El agua resbaló por su cuello y pecho evaporándose en apenas nada. Mojó la mano para refrescar a su caballo y al bajar la cabeza, vio huesos en tierra, muchos,

semienterrados unos y otros al aire. Aquello la puso nerviosa, aquel desierto era una tumba que abrasaba sus pies. Tenía que seguir, quedarse allí expuesta al sol, la mataría a ella y al caballo, sin duda. Sacudió el odre para comprobar el agua que quedaba y resopló. No, no parecía muy lleno. Tenía que encontrar agua.

Del trote cedió al paso lento, hasta descabargar de nuevo y continuar a pie tirando del caballo. La situación se ponía cada vez más difícil, imposible. Ya no tenía cierto hacia dónde iba o si venía. La piel de la cara la tenía reseca y los labios agrietados. Necesitaba beber, pero no debía, apenas quedaba agua, tenía que racionar lo poco que quedara si quería seguir viva. Y temió por la vida de su caballo, por la suya. Entonces vislumbró una calavera cercana a una loma. Se dirigió hasta allí suspirando cada paso y, al llegar ante un cráneo descarnado y reseco por el sol, por la tierra quemada y el tiempo, quedó atónita ante lo que vio. Se puso de cuclillas y estiró los labios. Se hallaba ante un mar de esqueletos, tanto de hombres como de bestias; de aquellos inconscientes que, como ella, se habían introducido en aquel horno inmisericorde sin saber lo que hacían. Poco más allá, se fijó en lo que parecían ser cárcavas: una red de galerías cubiertas de espino se extendía a pie de un montículo rocoso en forma de semicírculo. Allí no podía resguardarse, ni ella ni el caballo, demasiado estrechas y bajas. Miró a ambos lados y a lo lejos con preocupación, pues aquel desolado mar de tierra seca era inmensamente más extenso que lo descrito en el mapa. Bajó de la loma para dirigirse hacia las cárcavas por si podía hallar alguna apertura más ancha. Entonces, conforme se acercaba, comenzó a notar ese calor que a menudo la invadía seguido de una sensación fría. El vello de sus brazos se erizó y la sensación aumentó con cada paso que dio. Se sintió observada. Paró y quedó



pendiente ante las angostas entradas de aquellas oscuras galerías que se formaban bajo tierra. Un olor nauseabundo a muerte la hizo retroceder; escuchó un leve chasquido, como el rechinar de dientes, y desenvainó su espada Jian. No se lo pensó: regresó precavida junto al caballo, guardó el odre y tiró de las bridas conforme comenzó a andar con la intención de alejarse, desafiante y con la espada en la mano.

Desde el interior de las grutas, ocultos en la oscuridad, multitud de ojos inquietos, de mirada gris, vigilaban su marcha entre escuetos chillidos y chasquidos de dientes apenas audibles y que iban cesando conforme la joven guerrera se alejaba.

Una vez se distanció de las cárcavas, dejando atrás esa sensación de peligro que la había asaltado, May se detuvo y miró de nuevo hacia los lados. No tenía claro su rumbo, todo le parecía igual: tierra quemada, un horizonte desfigurado y nada más. El mapa no era de gran ayuda. ¿Quién había hecho ese maldito mapa? Apretó los labios, la cosa era muy seria bajo aquel insufrible sol que la quemaba. Entonces, al frente, aunque apenas era visible por la distancia y el aire caliente que todo lo difuminaba, un movimiento oscuro con reflejos metálicos llamó su atención. Sin contemplar más opción, envainó la espada y se dirigió hacia allí con cierta prisa, tirando del caballo. Pronto escuchó un graznido y supo qué era aquello que había visto: se trataba del maldito cuervo, ese bendito cuervo negro estaba posado sobre la rama de una acacia solitaria y cuanto más cerca estaba ella más graznaba el ave, como apremiándola.

En cuanto alcanzó el árbol, buscó la sombra que proporcionaba y comenzó a relajarse apoyada contra el tronco. Allí, a salvo del sol, la temperatura bajaba y mucho. Tomó de nuevo el odre y bebió, pero poco. Tenía que

racionar y compartir. Luego vertió agua sobre un cuenco y dio de beber al caballo. El cuervo revoloteó, se posó en una rama a su lado y estiró la pata con sus largos dedos como si quisiera hacerse con el cuenco. May le ofreció agua y el ave tragó largos sorbos, alzando la cabeza hacia atrás como si se le fuera a quebrar el cuello.

Recuperado el resuello, May escaló la acacia hasta las ramas más altas, tratando de esquivar las punzantes espinas que surgían entre las hojas. Lejos de las cárcavas y desde la altura pudo ver mucho mejor. Al este, que no lo tenía muy cierto, descubrió un valle salpicado de arbustos. Más allá se adivinaba como una alameda, seguro un bosque de ribera, con lo que ello significaba: un río, un arroyo... ¡Agua! Y luego lo que parecían ser unas montañas muy lejanas, que no podían ser otras que las que abrían el camino hacia la fortaleza de Shojuko. Echó una última mirada de desconfianza atrás, hacia aquel inquietante lugar que había disparado todos sus instintos, ahora tan distante: esa abrasiva caldera, una trampa mortal sin duda. Aquella imprecisión en el mapa, al no reflejar su verdadera extensión y peligro, le podía haber costado la vida de no ser por los destellos metálicos de las plumas del cuervo.

Miró al ave y se le acercó.

—¿Dónde está tu dueña, esa vieja bruja?

El cuervo graznó y comenzó a saltar de rama en rama.

—De acuerdo, no importa —dijo May y tras asegurar que su montura permanecía a la sombra, comenzó a quitarse ropa. Dio dos sorbos de agua y le dio el resto al caballo, que rápidamente la bebió. Luego se acomodó en trapos menores en la base del tronco, sentada con los pies estirados y la espada cerca de su mano. No, no tenía ninguna intención de continuar hasta que bajara por completo el sol.



Con el crepúsculo de la noche, May cabalgó y comenzó a cruzar las enormes extensiones de tierra seca que todo lo abarcaban. La distancia todavía era seria. Pero al amparo de la luna, esquivando el inmisericorde sol del desierto, el trote era otra cosa. Aun así no podía perder tiempo, necesitaba agua. El amanecer dejó a la vista los primeros arbustos del valle, tan lejanos y ahora tan cercanos. Descabalgó y siguió por una senda que la llevaba finalmente hasta la frondosa alameda, hasta el agua. Caballo y ella entraron en el arroyo sin detenerse, bebiendo y salpicando, y se dejaron mecer por la corriente un buen tiempo. Atrás quedaba el terrible desierto. Miró al cielo: el cuervo seguía allí, como fiel compañero, volando de árbol en árbol.

May se apoyó contra una roca de la orilla y cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, no sabía cuánto tiempo había pasado. Daba igual, apretó los labios y se sintió fuerte, pletórica. Su momento se acercaba, lo sabía y no dudó en que podría enfrentarse a Shojuko. Sin embargo notaba en su interior una extraña tristeza, tal vez la nostalgia de un pasado asesinado, de un futuro arrebatado. No quería esforzarse en entender cuanto había descubierto, cuanto había vivido, solo quería centrarse en vencer a su enemigo. Entonces pudo comprobar que ya no se sofocaba cada vez que veía al cuervo, cada vez que pensaba en esa vieja bruja o en el general, ni tan siquiera sentía la necesidad inquietante por vengar a sus padres, a Suhyu, a los monjes del Templo de Dhyana, a Baba, a Orton y a tantos otros. El maestro Coy había hecho que fuera capaz de confiar en ella misma, que fuera capaz de enfrentar sus miedos y dominar a ese dragón que llevaba oculto en su alma, latiendo fuerte en su corazón. Y recordó con tristeza a Jotko. Shojuko pagaría por todos los crímenes cometidos y liberaría la tierra de sus padres del yugo de la

tiranía. Sí, enviaría a ese maldito demonio a los infiernos de donde procediera; no por venganza, sino porque era lo justo y necesario.

Pasaron varios días al trote cuando divisó un poblado cercano a una arbolada, tal vez un buen lugar donde descansar y hacerse con víveres. Conforme se acercó un hedor hizo que arrugara la nariz por varias veces, era la pestilencia de la carne humana quemada. Pronto vio cultivos arrasados y las cabañas, unas saqueadas y otras convertidas en cenizas. Continuó hasta alcanzar el centro de lo que debió ser aquel poblado, una plaza rodeada de casas bajas en su mayoría derruidas. Detuvo el trote y quedó serio ante aquel macabro descubrimiento, respiró profundamente y suspiró conforme una lágrima rojiza descendió por su mejilla: decenas de cuerpos marchitos de hombres y mujeres se veían por doquier. Descabalgó y con paso lento cruzó el poblado, tragando saliva. Al pasar ante una cabaña que aún mantenía brasas vivas, de su garganta surgió un silbido inquietante, penoso, al ver los cuerpos carbonizados de esos niños amontonados en lo que fuera una pira. Con el horror de la guerra, la maldad se muestra en su estado más puro. ¿Qué estaba haciendo Cicerón? Un mar de dudas colmó su mente. Aquellos hombres que pretendía derrocar al tirano ¿acaso querían demostrar que podían ser mucho más crueles que el propio Shojuko?

—Es el sacrificio del inocente para satisfacer la gloria y la ambición del mal. Pronto serán más, aquellos que caminan sobre un mar de tierra seca —escuchó tras ella y se volvió rápidamente, desenvainando la espada Jian.

Una anciana vestida de negro, la vieja bruja, estaba allí en pie observándola con esa mirada velada. Se le acercó y con una mano, pellejo y huesos, le acarició la cara. Después, con sus largos y tétricos dedos, le ladeó el cabello hacia atrás



como si la peinara, para finalmente posarle la mano en el hombro.

—¿Quién eres? —preguntó May, desconfiada, sin miedo.

—Soy cuervo, soy búho, soy loba... Soy la nada y lo soy todo. ¿Y tú? ¿Quién eres, hija? Recuerda: tienes que ser fuerte, eres dragón de guerra, no paloma de paz —contestó la anciana y le apretó el hombro con fuerza.

En ese instante May sintió un terrible calor que se revolvía en su interior y que iba a más, hasta el punto que notó como si ardiera viva y gritó con fuerza. Un estallido de energía la lanzó atrás y quedó tumbada boca abajo en tierra. Se levantó despacio, aturdida y miró en torno suyo. La vieja bruja había desaparecido, una espesa neblina colmaba el lugar y vio al cuervo como salir huyendo. Entonces vio un destello dorado, un águila real en picado sacudía el cielo con un estallido de plumas negras. ¡Pobre cuervo! May notó como si aquellas aceradas garras penetraran en ella, un dolor terrible, y sangró por la nariz y la boca. Tembló y quedó de rodillas por unos momentos. Vio al cuervo volar raso, herido, tropezar entre los arbustos y finalmente caer en tierra. Ella se levantó y corrió hacia un risco para alzarse desafiante, espada en mano, y cruzó la mirada con el castaño vivo de los ojos de aquella reina de los cielos. El águila silbó estridente sobrevolando su cabeza, para luego elevarse potente, muy alto.

Las pihuelas estaban ahí, Shojuko debía estar ahí.

May escudriñó el terreno. Pero no vio ni rastro del tirano ni de su ejército de demonios. Pensó en las palabras de la vieja bruja y notó una extraña sensación, angustiada: si su hermana tenía un mapa como el suyo, que era lo más plausible, se dirigía hacia un gran desastre: el inmisericorde desierto.

El caballo cedió en su marcha y cayó de lado junto al jinete. El abrasador sol se cobraba su decimosexta víctima. La columna militar que custodiaba el viaje de la princesa Kun se perdía en las arenas de aquel terrible desierto. Los soldados ralentizaban su paso, el sofocante calor hacía mella y comenzaron a caer algunos más de ellos deshidratados. Otros se deshacían de los cascos, de los petos e incluso de las armas.

—Tenemos que parar —aseguró la capitana Roka.

Kun asomó el rostro por la ventanilla de carro, sofocada ante tanta calor.

—No podemos retrasar la marcha, Cicerón nos espera —replicó.

—El mapa, la ruta no es correcta; se suponía un pequeño desierto, no esta caldera, reventarán los caballos... Nuestros hombres —dijo Roka e ignorando las palabras de la princesa, se volvió ante sus oficiales para ordenar el fin de la marcha.

Pronto se pusieron los soldados a montar telares, tiendas y parapetos y se ocuparon de los caballos. Se usó casi toda el agua de los carros de víveres para evitar la catástrofe; hombres y bestias bebían y trataban de recuperar el resuello buscando las sombras que habían alzado. ¿Hacia dónde dirigirse? No sabían por dónde avanzar, desconocían la extensión de aquel desierto y el agua se agotaba. Si se movían morirían deshidratados y si se quedaban, también. Y no era ni tan siquiera mediodía. Estaban perdidos.

Roka trataba de situarse estudiando aquel mapa.

No había manera, era una trampa mortal.

Kun, disgustada, paseó por el lugar con la llegada de la tarde. Su brava capitana tenía razón, de haber continuado hubiera peligrado toda la tropa; aquel calor era abrasador.



Sin embargo no le gustó nada que la hubiera desobedecido. Agachó la cabeza y anduvo hacía una pequeña loma que vio, desde donde pudo contemplar las cárcavas, aquella red de recovecos estrechos y espinosos. Tragó saliva al ver tantos huesos, tanto de hombres y como de animales; era un enorme cementerio al aire libre, cubierto de una capa fina de arena que no escondía un trágico final.

Y tragó saliva.

Entonces vio una figura como humana surgir a rastras de una de las galerías, entre los espinos, y otras que iban apareciendo e incorporándose de pie. No parecían soldados, no eran hombres... Más bien parecían escuetas momias de uniformes raídos. Uno de aquellos seres abrió la boca y estiró su mandíbula colmada de largos caninos hacia delante, lanzando un terrible gemido. La princesa quedó petrificada, horrorizada. Decenas de seres de ojos grises cubiertos de polvo y arena comenzaron a salir de la oscuridad de las cárcavas; sus cuerpos eran muy estilizados, de apariencia descarnada y marcados huesos, de pelos largos con mechones y largas piernas. Algunos vestían restos de malla metálica y otras indumentarias militares, incluso portaban un casco sobre la cabeza, y otros jirones de telas, pieles y a saber.

La princesa notó el tirón de brazos que le propinó Roka, para acercarla rápido al campamento, conforme aquellos seres parecían multiplicarse; cada vez eran más los que surgían de las cárcavas e incluso de la profundidad de las arenas de aquel desierto, de entre los muertos.

—¿Qué...? ¿Qué son, los has visto? —preguntó Kun sin querer volver la vista atrás.

—¡Rápido! ¡En guardia! —gritó Roka a sus oficiales.

La tropa tomó posiciones de inmediato, pica en alto, escudo en tierra.

Kun se protegió en su carruaje y luego se asomó asustada por la ventanilla.

Roka y la Guardia Real rodearon el carruaje de la princesa espada en mano, mientras sus lanceros, formando un cuadrado de cinco líneas parapetadas tras sus escudos y armas, permanecían atentos a cualquier movimiento hostil de aquellos seres que les acechaban y se acercaban lentamente, encorvados, gimiendo horrorosos, arrastrando sus pies cansinos.

De pronto, con un estallido de gritos, se abalanzaron contra los atónitos soldados.

Fue una avalancha salvaje: a mandobles, hachazos, mordiscos y zarpazos aquellos seres pasaron por encima de parapetos de escudos y hombros, sin piedad, brutal, por más que se resistían los soldados. Parecía que no había forma de acabar con ellos, por más estocadas que recibían, seguían en pie, y si se les amputaba una pierna continuaban a saltos o rastras. ¡Incluso sin cabeza! Además, conforme avanzaban cubriéndose de la sangre de los soldados muertos, sus cuerpos se musculaban, engrandeciendo su fuerza y poder.

Quebradas las defensas, Roka vio temblar su mentón ante aquella carnicería y de un salto se afianzó sobre el carruaje de la princesa, tomó las riendas y golpeó fuerte con el cuero a los caballos para salir de estampida. Miró hacia atrás y vio que la seguían a la carrera numerosos de aquellos horrorosos seres, algunos de los cuales comenzaron a galopar veloces a cuatro patas.

Kun gritaba en el interior del carruaje, golpeándose de lado a lado con la violencia de la huida. Aquellas bestias saltaron sobre los caballos y conforme Roka trataba de fustigarlas con el látigo, a uno de los equinos le arrancaron la cabeza a bocados. El cuerpo inerte del caballo rodó por tierra



arrastrando a los demás y el carruaje pasó por encima de ellos, lanzando a la capitana por el aire, volteando por dos veces y destrozándose parte de la cabina.

Apenas se levantó Roka, conmocionada por el golpe, una de aquellas bestias la golpeó, hiriéndola en la cara y pecho. Ella se rehízo valiente, hundiendo la espada en el pecho de aquel demonio y la alzó tremenda hacia arriba, partiéndolo en dos. Luego corrió para socorrer a la princesa, que maltrecha jadeaba entre los restos del carruaje. Entonces escuchó un leve tremolar de dientes, se volvió y vio como la bestia que había abatido se levantaba titubeante, conforme recomponía lentamente su tétrico cuerpo para, de pronto, saltar gritando horrible y estirando unas enormes garras.

La espada Jian de May lo atravesó en el aire y en un lance inmediato, le cortó la cabeza. Apenas tocó tierra, aquel ser se convirtió en una especie de neblina oscura y cenizas calientes, malolientes, que se llevó el viento.

—¡May! —gritó emocionada Kun.

May se mostró desafiante ante los demonios, enraizando los pies, templando al aire aquella espada cuya hoja trasmitía el calor de su cuerpo, la energía del chi de la vida como si fuera una prolongación mortal de su ser, mostrando destellos al rojo vivo con cada movimiento de su guardia.

Una docena más de aquellos seres corrieron hacia el carruaje.

May se dispuso a recibirlos, conforme Roka se plantaba a su lado. Dos de aquellos seres de aceradas garras por manos, se abalanzaron sobre la princesa; la alzaron al aire de un tremendo zarpazo que salpicó de sangre la tierra sobre la que cayó.

—¡No! —gritó May y atacó feroz con la espada Jian, un destello afilado.

Aquellos seres que habían herido a su hermana se doblaron como juncos. La rapidez del ataque y el filo de la hoja fue tal que ni tan siquiera vieron la mano que los convirtió en cenizas pestilentes. May dirigió su mirada hacia otros de aquellos seres que llegaban, se posó firme sobre el terreno, relajando sus músculos, concentrando su mente. Un aura rojiza la envolvió conforme sus ojos se tornaban ascuas vivas. Estiró el brazo orientando su mirada, dio forma a su mano *chen y*, de inmediato, liberó el *chi* que colmaba su cuerpo carbonizando cuanto tenía delante con un destello de fuego que cegó el momento.

Después, silencio.

Una tupida neblina de humo colmó la escena.

La lucha había cesado de forma inmediata.

El enemigo había desaparecido, huido.

—May —tartamudeó Kun tratando de levantarse.

—Vamos, tenemos que salir de aquí antes de que se alce el nuevo día —replicó ella.

Levantado el campamento, enterrados los muertos, antorchas en mano y tras los pasos de May emprendieron el camino para salir del desierto. De las tres compañías, apenas había sobrevivido una veintena de lanceros tras el brutal ataque.

—¿Cómo sabes hacia dónde dirigirnos? —le preguntó Roka temiendo internarse aún más en lo desconocido, pues solo veía la arena que alumbraban las antorchas y poco más allá, la nada oscura.

Entonces, como respuesta, se escuchó el graznido de un cuervo.



Amanecía cuando la caravana de supervivientes alcanzaba el sotobosque, atrás quedaba el desierto y sus atroces demonios. Siguieron hasta alcanzar el arroyo entre álamos, donde se saciaron y descansaron. Mientras algunos de los lanceros salieron a reconocer el terreno, otros montaron el campamento. Era hora de descansar y templar los nervios, de tomar un poco de resuello tras aquel terrible y despiadado ataque. ¿Qué eran aquellas criaturas infernales?

Las dos hermanas quedaron en silencio sentadas ante una hoguera.

—Creí que íbamos a morir todos —aseguró Kun.

May no dijo nada, tan solo tomó una ramita y comenzó a jugar con ella.

—¿Qué eran esas cosas? Nunca había visto nada igual —insistió la princesa.

—Los demonios de Shojuko. ¿Estoy en lo cierto? —se acercó Roka.

—Oí hablar de ellos, mucho. Pero nunca los vi... Podría ser —asintió May.

—Mañana alcanzaremos los pasos de las montañas. En unos días estaremos en el campamento de Cicerón, a salvo —apuntó Kun.

May alzó una ceja y miró a su hermana.

—¿A salvo? No te va a gustar lo que vas a ver cuando alcancemos algunos poblados. ¿Quién os hizo ese mapa?

—No sé. Supongo que uno de los exploradores. Yo misma recibí el mapa de la mano del oficial al mando, por orden de Cicerón, con las flores para la princesa. Te preparé una copia lo más exacta que pude, eran prácticamente idénticos. Quien lo hiciera no debía ser diestro en dibujo ni extensiones; no sabía lo que estaba plasmando, pudo habernos matado a todos en ese desierto —contestó Roka.

—Tal vez no sabía o tal vez sí sabía y mucho —remugó May y lanzó la ramita al fuego—. Casi dejamos allí nuestros huesos desnudos, cubiertos de arena. Curioso me resulta que el ejército de vuestro general sorteara el aterrador desierto sin bajas ni contratiempos; sin duda debía conocer su verdadera extensión y sus peligros.

Un continuado ulular la puso en alerta.

—Solo es un mochuelo, tal vez una lechuza —dijo Roka al verla preocupada.

—No, es un búho; un búho blanco —aseguró May notando ese calor, que nada bueno anunciaba, recorrer su cuerpo. Y giró sobre sí misma, concentrada en cuanto se escuchaba más allá del campamento, tratando de ver en la oscuridad de la noche.

Una saeta voló mortal hacia el pecho de la princesa Kun.

May la desvió con un golpe de brazo rápido, conforme otra saeta se hundía en su propia espalda.

—¡No! —gritó Kun al ver a su hermana caer de bruces.

—¡Guardia! —gritó Roka posándose ante la princesa.



CAPÍTULO 21

May despertó cubierta de pieles en el lecho de una tienda de campaña.

Roka permanecía sentada a su lado sin dejar de estudiarla. Al verla abrir los ojos, se alzó, preparó un cuenco de agua y se lo ofreció.

—¿Dónde estamos? —preguntó May.

—En el campamento de Cicerón, frente a la fortaleza de Shojuko. ¿Estás bien?

—Creo que sí, sí. ¿Cuándo...?

—Llegamos ayer. May, llevas tres jornadas inconsciente. Es increíble cómo has sanado, apenas queda rastro ni cicatriz —aseguró Roka revisando la herida de la saeta.

—¿Y mi hermana?

—Tu hermana no es la heredera del trono que nos ha traído hasta estas malditas tierras. ¿Verdad? —preguntó Roka con cierta tristeza—. Muchos de mis hombres fueron asesinados en ese desierto, dejan huérfanos y viudas por nada; arrastro una gran pena. Esos demonios, nunca había visto algo igual.

—Mi hermana ¿está bien? —insistió May.

—Está bien, con su prometido. Desde que llegamos, apenas ha salido de sus aposentos. Si no fuera porque no lleva cadenas, diría que está presa.

—Dices que estamos ante la fortaleza de Shojuko, ¿sin batalla?

—Las tropas de Cicerón no encontraron ejército alguno en su marcha desde el Valle de los Mil Lagos hasta la fortaleza. Aun así algunos oficiales me cuentan que fueron días muy duros, pues una vez alcanzaron las montañas, Shojuko había dispuesto cantidad de trampas quebrantahuesos, de pozos adulterados y guerrillas de hostigamiento que se centraban en destruir los carros de víveres. A pesar de la cautela, numerosos soldados se quebraron las piernas entre las trampas que se ocultaban en el camino, en los lindes, en cualquier parte. Además, no había noche en que no desaparecían hombres, ya fuera de la guardia o del interior de sus propias tiendas de campaña. Al día siguiente aparecían amarrados a los árboles sin un brazo o un pie, tarados. No los mataban: los dejaban heridos para mermar la moral y crear un gran problema de movilidad en el grueso del ejército.

—Pero eso a Cicerón no le importó.

—No, parece que no. Los heridos quedaban atrás, en campamentos improvisados sin apenas provisiones ni defensas. Los encontramos a todos degollados. También vimos esas aldeas quemadas, fue horrible.

—¿Tú confías en Cicerón? —preguntó May de forma categórica.

Roka quedó en silencio, tomó el cuenco que le había ofrecido y lo dejó sobre una mesa.

—Debo avisar a la princesa de que habéis recuperado el conocimiento —aseguró finalmente. Luego salió de la tienda con gesto serio.

May vio sobre una mesita de campaña la espada Jian y su traje rojo, el cual se veía chamuscado y cosido. Se reincorporó lentamente y cubrió su cuerpo con una túnica de telas largas.



Bostezando, se asomó al exterior. Estaba en medio de un enorme campamento militar, colmado por todas partes de carpas, banderines, catapultas, armas y soldados. Entró de nuevo en la tienda, tomó el cuenco y se sentó sobre el lecho, parpadeó por varias ocasiones y bostezó. Otra cosa no, pero hambre sí tenía.

—¡May! ¡May! ¡Estás bien? Temí mucho por ti —exclamó Kun llegando hasta ella.

Y se abrazaron con fuerza.

—Debes regresar a puerto de inmediato, antes de que sea tarde —aseguró May.

—¿Qué...? ¿Regresar a puerto? Eso no es posible —replicó Cicerón entrando curioso.

Aquel general canoso de notable presencia y ancho torso anduvo por la tienda fijándose en todo, como buscando, haciéndose notar. May notó un escalofrío que la puso a la defensiva.

—Es verdad, ¿cómo hemos de regresar? Estamos ante la fortaleza de Shojuko, está sitiado y ante semejante ejército como el nuestro, no tiene otra que rendir la plaza o sufrir las consecuencias —le apoyó Kun.

—Tienes que escucharme, tu vida peligra —se dirigió May de nuevo a su hermana.

—¿Qué dice esta joven? ¿Esta es vuestra heroína? No, no podemos regresar. Nuestro ejército es el más poderoso jamás descrito. La victoria es segura —afirmó Cicerón.

—No podréis batiros con éxito frente a los demonios de Shojuko.

—¿Demonios? No vimos a ningún demonio, solo guerreros que nos acechan desde las sombras y hombres asustados. Además, sé cómo combatirles, no les tengo miedo. En otros tiempos supe de su poder y de su debilidad: el fuego.

—Sí, en otros tiempos, cuando conspirabas contra los emperadores Yin y Yang y pretendías ser rey. Ahora buscas el trono de nuevo, como hicieras antaño, y con la fortaleza sitiada crees que está a vuestro alcance —aseguró May—. Por ello tratasteis de acabar con la princesa entregándole un ramo de flores y un mapa de muerte.

—¡May! —le reprendió la princesa.

—¿Cómo osáis? —replicó Cicerón enojado y dio dos pasos para quedar frente a May.

Y ella quedó en silencio.

—Así que tú eres el Dragón Rojo, seguro que echas fuego por la boca —sonrió con cierta sorna Cicerón—. La princesa Kun me ha hablado mucho de ti, pero no me advirtió que fuerais tan deslenguada.

—Fallado vuestro intento en el desierto, mandasteis a un asesino. Ese arquero que me hirió a mí, no era un demonio de Shojuko, no, sino uno de vuestros mercenarios. Puedo verlo en tus ojos llenos de ambición. ¡No deseáis ser rey consorte, sino emperador! —exclamó May.

Cicerón quedó absorto en aquellas palabras tan colmadas de verdad.

—Arderás esta misma noche —apuntó con lentas palabras, mirándola de soslayo.

—¡No! ¿Qué dices? —dijo Kun.

—¡Guardia! —exclamó Cicerón y cuatro lanceros entraron al momento—. Apresad a esta jovencueta...

—¡Dejadla! —ordenó Kun.

La guardia quedó quieta, confusa.

—¿Acaso no sabes quién manda aquí? —preguntó Cicerón al oficial de los lanceros.

Sin más, obedecieron y anduvieron prestos.

—Pero yo soy... —murmuró Kun.



—No eres nadie, mi amor. Ya no. No le falta razón a tu amiga, es absurdo seguir con esta farsa. El rey Azahar no está aquí y yo tengo una empresa que culminar. Ya que no seré emperador por dinastía, lo seré por derecho de conquista. Debiste morir en ese desierto; como una heroína te recordaría el pueblo, incluso hubieran levantado una gran estatua de mármol para tu gloria —aseguró Cicerón, delatando sus ambiciones e intenciones.

Kun fue a hablar, pero no pudo incrédula ante cuanto oía de boca de su amado.

—Mi señor —llegó un abanderado con prisas y mala cara—. Es urgente, un mensaje desde el Valle de los Mil Lagos.

—Ahora no —se revolvió Cicerón.

—Disculpad, mi señor, es muy urgente... Han hundido nuestras naves.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—Un ejército cayó sobre ellas, dicen si eran demonios.

—Llevalas al llano y acabad con ellas en silencio —ordenó Cicerón y abandonó la tienda de inmediato acompañado del abanderado.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha querido decir? —preguntó Kun.

La guardia quedó pendiente de ellas por unos momentos, dudando.

—No, soy la princesa Kun; me debéis obediencia, no podéis...

Pero aquella guardia no estaba formada por lanceros del rey Azahar, sino por mercenarios bien pagados por Cicerón. El oficial sacó su espada y anduvo decidido.

Los ojos de May brillaron como ascuas y con un golpe rápido, con el pie en el mentón, dejó al oficial traspuesto en tierra sin dientes ni sentido. Y desenvainó su espada Jian.

Uno de los mercenarios lanzó su pica al frente. Ella esquivó la punzada y sujetó el asta, para tirar conforme estiraba su brazo armado al frente. La sangre del mercenario salpicó la tela de la tienda. Un aura roja comenzaba a envolver a May lentamente. Los otros dos guardias se miraron y, al momento, salieron de la tienda con prisa.

May envainó la espada y quedó mirando a su hermana, la cual comenzó a llorar sentada en el lecho. Después se vistió con su traje rojo, se ajustó las protecciones y los guantes.

—Debemos marchar, ese hombre no te desea ningún bien.

—Ayer era princesa heredera de un imperio. ¿Hoy no soy nadie? ¿Cicerón me ha abandonado? ¿Por qué? ¿Cómo puede hacerme esto a mí? ¿Qué voy a hacer sin él?

—No llores por quien fuiste, ni por quien eres; y menos por ese hombre. No te amaba. ¿Aún no lo ves? No quieres verlo. Solo eras la excusa y razón que necesitaba para invadir estas tierras en busca del trono del Imperio. Te usó para ganarse la confianza del rey Azahar y conseguir el oro para comprar un ejército. Trató de acabar contigo enviándote a ese desierto y, como no lo consiguió, mandó un arquero asesino. Vámonos, esos dos cobardes han ido en busca de ayuda y no tardarán; debemos regresar al Valle de los Mil Lagos cuanto antes.

—May, yo no quiero regresar: esta es mi tierra. Toda la vida he estado preparándome para reinar como bien lo hubieran hecho mis padres. Pero ahora... ¿Cicerón dice que todo fue quimera! ¿Cómo se atreve! ¿No entiendo nada! ¿Pretende usurpar mi trono?

—Eso parece.

—¿Hablaré con él! Seguro que todo es un malentendido.

—No digas tonterías, trató de matarte y por dos veces. Vuelve a la Corte, habla con el rey Azahar, ese monarca



parece que te aprecia. Y si no te escucha, en Sambori encontrarás un hogar en el Templo Mabu.

—No, eres tú la que debe marchar. Nada te retiene aquí. No quiero que arriesgues la vida por una causa que en nada te concierne, por un trono que ha de ser de nuevo usurpado.

—Sí, marcharé, pero antes debo ponerte a salvo y acabar con Shojuko.

—Shojuko mató a tus padres por esconderme. ¿Quieres venganza? ¿O es por ese joven? Regresa a Sambori, allí podrás ser feliz con él.

May la miró de lado.

¿Cómo que con él?, pensó.

—Sí, ese joven que te amaba, al que amas —insistió Kun—. Perdóname, no te dije nada pues temí que me abandonarás. Cuando te vi en el torneo tuve miedo. Después me sentí tan fuerte como cuando éramos niñas y jugábamos. Eres parte de mí, eres mi hermana. Soy consciente que de alguna forma tengo que reparar cuanto sufriste por mí. Quería tenerte a mi lado en el trono, pero mi corazón me dice que debes regresar a Sambori, donde podrás ser feliz junto a...

—¿Qué estás diciendo? —la interrumpió May.

—En alta mar, el día que te mandé llamar, en verdad quería comentarte la gran noticia, pero no pude. Lo siento, te quería a mi lado. Una anciana encontró a Jotko en muy mal estado, cerca de la desembocadura de ese río donde fue arrojado y lo estuvo cuidando hasta que recobró el sentido y pudo sanar. Ese joven vive y seguro que está esperando saber de ti.

—¿Cómo? —preguntó May mostrándose nerviosa.

—Tu maestro Coy envió el palomo. Lo último que sé es que ese joven estaba buscando una embarcación que lo trajera a estas tierras, a tu lado. Debes regresar antes de que sea tarde, yo me quedaré y afrontaré mi destino.

May se sentó perpleja, tratando de recomponer su mente. La sonrisa de su cara no podía ocultar la alegría que le había producido saber que su joven enamorado vivía. ¿Una anciana le había cuidado hasta sanarle? Entonces sospechó de qué anciana se trataba: esa vieja bruja y su cuervo, sin duda. Y también se lo había ocultado, ¿por qué? ¿Acaso temía la vieja bruja que el mal de amor la cegara e hiciera abandonar su misión o simplemente se había mostrado piadosa? No, no se la veía muy piadosa.

De pronto, comenzaron a escucharse horribles gemidos, cada vez más cerca, que parecían salidos de los infiernos. Eran como lastimeros aullidos, unos graves, otros agudos. May y Kun quedaron en silencio, escuchando, y salieron de la tienda. No se veía nada, solo a los mercenarios que corrían prestos ante los gritos de los oficiales, organizándose ante la lucha que se avenía.

—Tenemos que salir de aquí —dijo May.

—No, es la batalla final. ¡Al fin! Cicerón liberará al pueblo de las garras de Shojuko; hablaré con él, todo se solucionará.

—No, no quieres comprenderlo: ese general no es más que otro demonio en busca de fortuna. Tú que eres la princesa del Imperio no debes someterte a un ejército invasor de mercenarios, ni convertirte en mujer servil de un hombre que solo pretende el trono... Y aun así no creo que permita que vivas.

Los horribles gemidos se empezaron a oír también por la retaguardia. En el campamento permanecían atónitos, en guardia, escuchando por un lado y por otro. Estaban rodeados por una fuerza que la oscuridad no dejaba ver. Solo podían escuchar el paso de miles de soldados en formación que hacía retumbar la tierra que pisaban. Y sentir ese olor nauseabundo, a muerto, que comenzó a colmarlo todo. Se



acercaban cada vez más, hasta que se pudo discernir la figura de un jinete altivo que cabalgaba con un enorme labrys en la mano y portaba un casco de largo cuernos; doce jinetes más lo acompañaban, la Guardia Negra. Entonces, al brillo de las antorchas y las hogueras del campamento, comenzaron salir de la oscuridad aquellos guerreros armados con lanzas, espadas, hachas... Almas en pena, encorvadas y huesudas, que no paraban de gemir con los rostros cubiertos por esas máscaras de calaveras humanas, carnosas, sanguinolentas.

—Los demonios de Shojuko —murmuró May.

—Mi señora, rápido —dijo Roka llegando hasta ellas—. Debemos partir de inmediato, tratar de romper el cerco... Alejarnos cuanto podamos de aquí.

—¿Qué dices? —interrumpió Kun.

—Han llegado noticias desde el puerto, una paloma mensajera: los demonios de Shojuko cayeron sobre la flota imperial anclada en el Valle de los Mil Lagos, la han destruido por completo, los navíos arden a lo largo de la costa, solo tres lograron evitar la furia desatada y zarpar.

—Shojuko se ha asegurado de que nadie pueda huir de sus dominios. Por ello no desencadenó batalla alguna, solo argucias. Esperó a que todo el ejército de Cicerón estuviera tierra adentro, frente a su fortaleza —aseguró May, comprendiendo, y dio un paso al frente templando su espada—. No huiremos, ya no hay donde huir.

CAPÍTULO 22

Un batallón de lanceros de la caballería de Cicerón se lanzó contra aquel tétrico ejército para romper el cerco que se estaba formando; galopando veloces, cruzaron el valle que separaba ambas fuerzas con las picas brillando al frente, seguros de su poder. El choque fue brutal, los demonios de Shojuko volaron del impacto y otros caían bajo el acero como si fueran de barro, la batalla parecía acabar antes de haber empezado.

Cicerón sonrió mostrándose pletórico.

Pero aquellos seres comenzaron a levantarse de nuevo, rehaciendo sus cuerpos, mutando sus bocas en grandes mandíbulas colmadas de colmillos y sus manos en zarpas de largos dedos y afiladas garras; y saltaron sobre los caballos de los lanceros soltando terribles dentellas y zarpazos. Fue rápido, muy rápido, horroroso. No quedó un hombre con vida ni tampoco un solo caballo, todos yacían en tierra destrozados sus cuerpos, cubiertos de demonios que rugían voraces. Y volvieron sus cavernosos ojos hacia el gran ejército de Cicerón, el enorme campamento. Esperando una orden comenzaron a formar filas de nuevo, avanzando paso a paso, inquietos y siseantes. De pronto pararon y se hizo el silencio, un silencio total. Un silencio roto finalmente por los gemidos de los mercenarios muertos que comenzaron a alzarse,



destrozados sus cuerpos, mutilados, para incorporarse al grueso de las tropas de los demonios.

Cicerón miró asombrado, con curiosidad, asco y temor, tanto como sus mercenarios, a aquel impresionante ejército de muertos que les había cercado. ¡Habían barrido a todo un batallón de caballería como si nada fuera! ¡Y una vez muertos, los mercenarios se habían incorporado a sus filas! ¡Almas en pena! Rápidamente ordenó el repliegue en todo el frente, la fortificación de las defensas y armarse a todos sus hombres con fuego. Los mercenarios, armados y compuestos, se prepararon para la batalla alzando un muro de escudos y largas picas, preparando brea y fuego junto a los arqueros. Y dispusieron junto a las catapultas grandes bolas de paja compacta con piedra y brea.

—Rápido, démosle fuego a esos demonios. ¡El fuego purifica las almas! —ordenó Cicerón sacando valor y garra, temblando el mentón—. ¡Organizad líneas de arqueros, prended las picas con brea abundante! ¡Disponed las catapultas!

Y esperaron con las antorchas en la mano.

Nada aconteció.

Como si no tuvieran prisa por iniciar la batalla, los demonios de Shojuko permanecían inmóviles con su general al frente, creando la duda, sembrando pánico tan solo con su visión, con esos gemidos angustiosos y el hedor que todo colmaba, ese olor a muerto.

Y seguía transcurriendo la noche, todos en guardia, sin más.

Conforme pasaba el tiempo y crecía la angustia, algunos mercenarios rompían la formación y trataban de huir; guerreros que habían oído las leyendas sobre los demonios de Shojuko y que ahora bien las daban por ciertas, desertores

que morían atravesados y destrozados por las lanzas y el metal de los demonios que cercaban el campamento.

—¿A qué...? ¿A qué esperan? —preguntó Kun alzando la cabeza, tratando de ver.

May se izó sobre un carruaje para ver mejor. Su cuerpo temblaba, notaba esa inquietud que aceleraba los latidos de su corazón, esa sensación de calor y frío. Miró al frente: más allá de los mercenarios se hacían presentes las columnas de demonios, penas el alma, muerte segura. Como guiada por su instinto, su vista se fue al cielo oscuro, donde un águila real sobrevolaba la formación invasora, por encima de Cicerón y de sus guerreros, tantos como habían, y luego ahondaba en el campamento buscando.

Y la rapaz silbó potente al surcar el cielo por encima de las dos hermanas.

—A mí, me espera a mí —aseguró May y saltó del carruaje.

—¡No! ¡No, no vayas! ¡No me dejes sola! —exclamó Kun.

—Tengo que ir. Debes quedarte con Roka; cuidará de ti, con ella estás a salvo.

Roka se posó al lado de la princesa, espada en mano, y asintió.

May comenzó a caminar con su espada Jian en guardia, templando su cuerpo, relajando músculos, respirando hondo. Cruzó ante Cicerón, al que le dedicó una mirada de desprecio, y se abrió paso entre los mercenarios hasta llegar a la primera línea de defensa. Tomó aire y suspiró con fuerza. Luego, decidida, segura de sí misma, anduvo por más de veinte pies hacia delante, en terreno de nadie, mostrándose, y buscó la mirada del temido demonio.

Shojuko descabalgó y desde su posición anduvo hacia ella.

Toda la línea de defensa orquestada por Cicerón, sin bajar la guardia, dio varios pasos atrás al verle acercarse, pues la



zancada de aquel general impresionaba, se hacía notar, la tierra crujía y los gemidos de aquellos seres, demonios y almas en pena, se escuchaban con más fuerza.

Y quedó frente a May.

—¡Matadle! ¡Matadle! —exclamó Cicerón.

Los soldados avanzaron y lanzaron sus picas impregnadas en brea ardiente, sin importar que pudieran dañar a May.

Shojuko dando un severo golpe de pie en tierra, estiró un brazo y abrió su mano.

El aire pareció arder y aquellas picas se desvanecieron hechas cenizas.

May deslizó la hoja de la espada de izquierda a derecha y se puso en guardia.

Pero Shojuko no pareció preocuparse mucho por ello.

El general bajó la mano y miró de soslayo a aquella joven guerrera que le desafiaba. Y la rondó estudiándola con detenimiento. Después comenzó a desabrocharse las correas del casco de cuernos que adornaba su cabeza. Lo alzó con ambas manos y lo sujetó con unas de ellas, a su cintura. Una larga melena azabache se meció con el viento mostrando aquel hermoso rostro de mujer y dejando ver la tremenda cicatriz que mostraba en el cuello.

—¡Tú! —exclamó con su poderosa voz—. Tú que vienes a esta tierra, la tierra que te vio nacer, acompañada por un ejército invasor, mercenarios asesinos sin alma ni hogar que pretenden someter a tu pueblo... Tú que te plantas ante estas murallas para desafiarme cuando eres parte de mí, sangre de mi sangre. ¿Cómo te atreves?

May cayó sentada en el suelo con la boca abierta.

¡No podía ser!

Frente a ella se alzaba la emperatriz Yin y estaba viva, muy viva. Shojuko, ese terrible demonio que venía a combatir, a

destruir, a matar ¿era en verdad su propia madre? ¿Cómo podía ser?

—Bienvenida a tu hogar, hija —dijo Shojuko, la emperatriz Yin. Luego volvió su rostro atrás, hacia su ejército de demonios, y alzó levemente la mano señalando al frente con un dedo de su garra metálica.

—¿Madre? —susurró May.

—Matadlos a todos, que no quede ni rastro de su atrevimiento —ordenó y posó la mano sobre la cabeza de May para acariciarla con dulzura.

Fue aquella noche de principios de primavera cuando los demonios de Shojuko se abalanzaron sobre las atemorizadas tropas del general Cicerón, el ejército más grande jamás conocido. Cientos de bolas de fuego y gritos se alzaron en la oscuridad del cielo. El choque fue tremendo: al aire volaron espadas, cascos y cabezas; escudos, lanzas y brazos. Lucha de hombres que sucumbían como héroes de una causa perdida; una batalla en que los demonios, fieles servidores del mal, se ganaban la tierra que salpicaban de sangre. Valor y suerte no faltaban en cualquier lance, pero aquellos seres demoniacos volvían a levantarse a pesar de recibir heridas fatales, como si fueran inmortales, y arremetían de nuevo contra las confusas tropas de los mercenarios.

Solo el fuego podía en verdad con los demonios, la bolas de las catapultas, las picas y saetas ardiendo; el general Cicerón los combatía duro con su espada impregnada de brea en llamas. Pero eran demasiados, por más que el fuego se llevaba, parecía imposible... De la profunda oscuridad de la noche surgían más y más, demonios sin piedad, horriblos, mortales con sus armas, puños y mordidas. No, aquellos soldados de negro no usaban máscaras de calaveras, eran sus propios



rostros descompuestos y de afianzados colmillos. Y los muertos, los mercenarios muertos, al momento se alzaban entre espasmos y jadeos con sus rostros desfigurados, los ojos velados en gris y sus cuerpos amputados para unirse en combate a las almas en pena de Shojuko.

May seguía sentada en el suelo, confusa, envuelta en una ebria telaraña mental de la que no podía salir. No escuchaba, nada sentía. No podía comprender. Como ausente de todo, permanecía con la vista clavada en el general Shojuko, su madre, que sin armas ni razón la había dejado al mostrar quien era en verdad. Y vio cómo se colocaba de nuevo el casco de largos cuernos y estiraba su brazo armado con el labrys, conforme el águila real surcaba el cielo por encima de sus cabezas.

—Míralos morir, hija. Son presa de sus propias ambiciones, de sus grandiosos sueños de conquista... ahora convertidos en terribles pesadillas —dijo la emperatriz Yin, volviendo a ser el general Shojuko—. Plebe de traidores, les di paz y libertad ¿y cómo lo agradecieron? Aún sangraban mis carnes tras traerte a este mundo cuando apresaron mis manos, me laceraron y humillaron. La afilada hoja cortó mi cuello y al hielo eterno me lanzaron. Allí estaba tu padre, envuelto en un charco de sangre helada. ¡Muerto! Apenas tenía fuerzas para llorarle, mis pensamientos sangraban pensando en la suerte de mi hija recién nacida.

May fue a levantarse.

Shojuko lo impidió, posándole su acerada mano sobre el hombro.

—Abrazada a tu padre esperé el fin, maldiciendo mi suerte y a aquellos que tanto mal nos hicieron. Fue entonces cuando la nieve cedió y caí en una galería que tan solo conocía por las leyendas... Leyendas que eran historia. Estaba en el Templo

de Hielo, en las profundidades de las Montañas Sagradas. Podía ver miles de almas atrapadas dentro de aquellas paredes heladas. Hombres y demonios deformes, horribles, rasgaban la superficie con sus huesudos dedos, con esas largas uñas, queriendo atraparme mientras gemían su odio y dolor. Me alcé y corrí entre las sombras azules de aquellas paredes heladas; resbalé una y otra vez, hasta que llegué a un altar de puro hielo donde una escultura de hielo todo lo iluminaba. Era la temible Durga. A ella me abracé y grité presa de mi dolor... ¡Era mi aliada, me abandonó ante la voracidad del mal! Y comencé a golpearla con fuerza hasta que caí rendida. A ella le rogué. Entonces escuché por primera vez aquella voz en mi mente, una voz muda que cicatrizó mis heridas y me dio una nueva vida: “Yo te daré lo que tanto deseas, será justicia o venganza, pero aquellos que tanto mal hicieron estarán a tus pies, tu ejército caminará por las sendas que les brindes para enfrentarse a los malvados que robaron la vida, la paz. Mi mano guiará tus sentimientos y el ejército de demonios será tuyo hasta que el último de los traidores caiga en desgracia”. Las paredes de hielo comenzaron a derretirse conforme miles de manos, pies y caras las atravesaban. Enseguida, aquellos demonios me rodearon y pusieron sus manos huesudas sobre mis carnes, y uno de ellos se postró ante mí con el yelmo del terrible Mahishasura. Cerré los ojos y acepté mi destino. Así, durante años batallé, senté mis leyes y recuperé mi trono. Durga no me había abandonado; ella deseaba justicia, pero yo le di venganza. Nada supe de ti, muerta te creía... Hasta que supe que vivías oculta, en una cabaña, lejos de todo. Tan cerca y tan lejos de mí. Desde entonces supe que llegaría este día, en el que vendrías de la mano de la temible Durga a arrebatarme aquello que es mío... En busca de mi trono, de mi vida... y eso no lo puedo permitir.



May alzó la cabeza, atónita por todo lo escuchado.

Shojuko, la emperatriz Yin, ladeó su tremendo hacha de doble filo y miró a su hija con templanza. Sin mediar más palabra, lanzó un terrible golpe buscando decapitarla.

Un fuerte graznido se escuchó conforme un cuervo negro pasaba rápido sobre la cabeza de May, rozando sus cabellos. La joven guerrera reaccionó en el último suspiro, como salida de un trance, al escucharlo, y se echó a un lado para evitar la afilada hoja en su mortal descenso. Un largo mechón de la melena saltó al aire tras el paso del labrys.

—¡Madre, no! —gritó a la par que blandía su espada Jian.

—Has venido para acabar conmigo, no tengo más opción —aseguró Shojuko y estiró su brazo con fuerza. Con un destello de energía, poderoso, lanzó a May por los aires. Y se acercó veloz de nuevo a ella con el labrys en alto. La tierra temblaba ante sus pasos.

—Escúchame, tienes que parar. ¡Tienes que parar! —exclamó May y rodó en tierra para evitar el ancho filo.

Entonces, May escuchó su nombre, fuerte, con angustia y temor. Era su hermana Kun, gritaba buscándola, tratando de huir de los demonios que se cernían sobre ella. Roka no podía contenerlos, apenas se mantenía en pie, lanzando mandobles con su espada impregnada de brea y fuego.

Shojuko esperaba decidido, ladeando su tremendo labrys.

May apretó los dientes y corrió en ayuda de su hermana, veloz entre soldados y caballos, entre vivos y muertos. De un salto se puso delante de Kun, tratando de contener a cualquier demonio que se les acercaba. El corte de su espada Jian rasgaba el aire rápidamente y aquellas criaturas infernales caían envueltas en ascuas, convirtiéndose en cenizas y polvo al viento. ¿Cómo contener a tantos? Y se vio de nuevo alejada de su hermana, batallando feroz.

Cicerón respiraba profundamente, envalentonado, pues podía acabar con cualquier demonio sobre el que saltaba con su espada en llamas. Mas bien parecía que ninguno quería combatir con él, de hecho rehuían su presencia.

Y se acercó a la princesa Kun.

—¡Sí, fuego, démosle fuego a esos demonios! —exclamó. Kun le observó temerosa.

Cicerón le dedicó una sonrisa y de pronto, viendo su oportunidad, alzó su espada en llamas contra ella.

—¡No! —gritó May al verles en la distancia.

Kun estiró inocentemente el brazo sobre su cabeza para frenar el terrible golpe que Cicerón soltaba contra ella, mirando piadosa y aterrorizada la cara de aquel hombre que la había amado y traicionado, que ahora la mataba.

May desesperó y corrió hacia el lugar, pero la distancia era grande. Nada podía hacer.

Entonces, como surgida de la nada, entre la oscuridad, las armas y los soldados que se batían en tan terrible batalla, apareció Roka tras ellos atravesando el costado de Cicerón con la espada y giró la muñeca.

—¿Eh, qué? No, no... ¿Roka? ¿Tú...? —agonizó Cicerón, doblando las rodillas, atónito ante tal desenlace, observando la hoja ensangrentada que asomaba por su vientre, notando la vida escapar.

—Son órdenes de mi rey guardar la vida de la princesa Kun ante todo —aseguró la capitana para sorpresa de Cicerón, el cual y con la cara desencaja soltó su espada en llamas y afianzó con sus manos el acero que asomaba por su vientre.

De un tirón, Roka recuperó la espada.

Cicerón trató de hablar, pero no pudo más que balbucear sin pronunciar palabra alguna y cayó de bruces sobre la enfangada tierra.



En ese mismo instante, los demonios pararon en su lucha.

Muerto Cicerón, se escuchó un largo siseo que avanzó muy rápido por el valle y que se abatió con fuerza, como una brisa helada, tempestiva, por todo el campo de batalla. Ante la sorpresa de todos, el ejército de Shojuko comenzó a desvanecerse en el aire convertido en cenizas ardientes que hacían brillar la oscuridad de la noche, escuchándose un aterrador coro de gemidos. Al momento, de aquellos terroríficos demonios solo quedaban polvo, huesos, armas y cascos calcinados. Los muertos en la batalla que se habían alzado volvieron a caer, desplomándose por sí solos.

Soldados y mercenarios miraban sin entender. Los demonios de Shojuko ahora no eran más que cenizas pestilentes que el viento elevaba en el aire, llevándolas lejos de allí.

May miró a Cicerón, su cadáver, y a las cenizas de aquellos demonios, de sus cascos y armas dispersas, y comprendió. Entonces el águila real sobrevoló la zona y silbó potente lanzándose contra ella. Pero un búho nival impactó brutal sobre de la rapaz haciendo presa en el lomo con las garras, formándose un estallido de plumas blancas del búho y doradas del águila que desapareció en la distancia y la oscuridad de la noche.

Luego, silencio.

Silencio y miradas temerosas hacia todos lados.

Nadie sabía qué estaba ocurriendo, qué iba a pasar. Los hombres, todos aquellos soldados que se habían unido al ejército de Cicerón en apoyo a su princesa y cuantos mercenarios sobrevivían, comenzaron a concentrarse ante la fortaleza. Desaparecido el ejército de demonios, miraban al frente temerosos y valientes.

Shojuko permanecía allí inmutable, serio.

La Guardia Negra esperaba tras él, pendiente de todo.

Altivo y sin temor alguno, Shojuko enraizó su pies y estiró los brazos al aire buscando el chi que lo fortalecía. El cielo comenzó a tornarse oscuro y decenas de relámpagos llegaron hasta él conforme su cuerpo empezaba a resplandecer y sus ropajes a consumirse entre llamaradas. May, aquella joven guerrera de rojo, no era el único dragón presente en la batalla. Shojuko observó al frente, a aquellos traidores que reclamaban su trono para una falsa princesa; y luego alzó su mirada al viento que arrastraba las cenizas de lo que fuera su ejército de demonios. Estiró los labios con resignación y remugó de una forma curiosa, muy familiar para May que observaba con interés cada movimiento.

Un nutrido grupo de mercenarios se lanzó al ataque con las armas prestas, gritando.

Shojuko gritó al aire, poderoso, abrió las manos y un destello de energía abrasó por completo a aquellos que se habían atrevido a cargar contra su persona; decenas de hombres cayeron envueltos en llamas. El ejército de demonios había desaparecido, pero el poder de Shojuko todavía era enorme; un dragón, nadie podría acabar con él fácilmente a pesar de ser tantos. Los mercenarios retrocedieron temerosos, sin saber cómo actuar muerto Cicerón, y quedaron mirando a Kun, esperando órdenes.

Y ella se volvió ante May con las cejas en alto y la cara desencajada.

¿Qué hacer?

May anduvo unos pasos y notó la mano de Roka en el brazo.

—Acaba con ese demonio, Cebolleta —dijo la capitana.

La princesa Kun asintió, animándola con una delicada sonrisa, incierta ante lo que pudiera ocurrir.



May volvió la vista contra Shojuko y avanzó sin prisa ni temor. Su cuerpo reaccionaba a la emoción de la proximidad. Aquel extraño calor se apoderaba de ella de nuevo, se hacía sofocante, sus ojos comenzaban a tornarse rojos. El dragón tatuado en sus brazos lo sentía vivo, creciendo en su cuerpo. Y saltó sobre el general impidiendo que volviera a descargar la fuerza de su energía sobre los soldados: un estallido de energía alumbró la noche con el choque del metal, con el encuentro de dos dragones. Estoque, corte y defensa, May sudó como nunca con cada lance; los brazos comenzaron a pesarle, no había por dónde penetrar con el arma y Shojuko parecía ganar terreno sin apartar la mirada de ella. Así, con un rápido corte de espada Jian, la joven guerrera partió el labrys del general en dos, olvidando el cuerpo y atacando la empuñadora.

—Sabía que tú también me traicionarías, hija, como todos en vida me traicionaron —aseguró Shojuko y lanzó a un lado la madera quebrada del labrys—. Ni los muertos me son fieles.

—Yo nunca te traicioné, madre, ni tan siquiera tuve la oportunidad de conocerte. Pero tú sí traicionaste a la temible Durga: abrazaste el mal y sacrificaste toda tu nobleza, humildad y pureza por alcanzar una venganza que nunca te devolvería la felicidad —respondió May.

—Todos son culpables, nadie es inocente. Mataron mi amor, a mi amado, mi vida... Durga quería justicia y yo la colmé de venganza. ¡Debían pagar, debían morir! —gritó Shojuko lanzando un golpe en el costado de May y otro en su rostro, enviándola contra la tierra embarrada.

Ella se alzó mordiendo su labio partido y respondió golpeando con fuerza la rodilla de apoyo de Shojuko, y este volvió a esgrimir su garra metálica, rasgándole el pecho y un

hombro, para enraizar sus pies y generar aquella masa de energía tan pavorosa. Y la volcó con todo su poder contra May, a la vez que ella, rápido, replicó. Un estallido abrasivo de energía hizo que ambas salieran despedidas por el aire. Se alzaron envueltas en humo y llamas, se observaron por un instante y de inmediato se lanzaron la una contra la otra haciendo temblar la tierra que las rodeaba.

Dos dragones en combate, el bien y el mal... Triste final.



CAPÍTULO 23

Frente a las altas murallas de la fortaleza, en aquel valle sembrado de cadáveres y cenizas pestilentes, el bien y el mal libraban, tal vez, su última batalla en el reino de Oriente. No se veía ventaja alguna, solo esfuerzo, arte e ira. Todo poder. La princesa Kun, protegida por Roka, y el ejército de mercenarios permanecían atentos en la distancia, al igual que la Guardia Negra y los soldados llegados de otros reinos.

Ni una sola palabra se dijeron madre e hija, no había nada de qué hablar. En el fragor de la lucha, cuando el agotamiento se reflejaba ya en sus caras, en un rápido y fortuito lance, Shojuko logró golpear a May con el pie en un costado y después en la rodilla, desplazando su punto de apoyo, haciéndola caer de frente. Ella se golpeó con una roca en la frente y quedó traspuesta, tratando de levantarse, con la mano en la herida que fluía. Shojuko aprovechó la ventaja, conforme su cuerpo se tornaba más y más oscuro; enraizó los pies y alzó sus brazos lentamente, con rabia, formando tremendas garras con las manos, levantado tierra y muertos, consumiendo toda la energía posible de su alrededor para acumularla en sus manos... y la envió contra May estirando los brazos.

Un fuerte estallido retumbó la tierra, haciendo caer a cuantas personas y bestias permanecían en pie. May salió

despedida, envuelta en fuego, hasta quedar maltrecha y empotrada en una torre de la fortaleza. La joven guerrera se había mostrado fuerte y decidida como el dragón que era, pero la fuerza a la que se enfrentaba era grandiosa. Intentó abrir los ojos, conforme un reguero de sangre cruzaba por delante de su mirada. Su mente la abandonaba, se sentía tan débil que todo el esfuerzo realizado parecía haber sido en vano. Sin embargo su rabia interior estaba ahí, abrasando su cuerpo, deseando estallar.

Shojuko corrió hacia ella.

May se dejó caer y se arrastró por el suelo, conmocionada, entonces vinieron a su mente aquellas palabras del maestro Coy: “el tai chi chuan es el arte del dragón”. Se levantó respirando hondo y adoptó la guardia tai chi con los pies enraizados en tierra, alzó los brazos en completa relajación, sintió cada movimiento acompañando su respiración y toda la energía que fluía en su interior, el chi de la vida, el chi de la muerte, el chi del dragón: tierra, cielo y espacio, todo fluye. Sus ojos brillaron como ascuas en vida, su pelo se tornó rojo fuego, un resplandor la envolvió y entonces, estiró con potencia sus brazos: un torrente de energía se abatió sobre Shojuko desgarrando por completo sus vestimentas, sus carnes y cabello; lanzándolo contra las murallas de la fortaleza. El choque fue brutal, la muralla cedió y se derrumbó sobre Shojuko.

Silencio...

Shojuko sacó su mano metálica entre la piedra y la tierra que lo cubría, y salió para caer doblando las rodillas, jadeando, tratando de respirar, mirando a los lados como buscando. May saltó sobre él girando sobre sí misma, conforme el dragón de su tatuaje la envolvía por completo: golpeando espiral con la mano, el codo, la rodilla y finalmente con el pie.



Shojuko no pudo resistir aquella embestida que destrozó su cuerpo y mente, que quebró su resistencia, y quedó en tierra entre convulsiones.

—Mi ejército de demonios, ¿dónde fue? —gimió al verse derrotado.

—No está, el último de los traidores que se alzó contra los emperadores murió. Deberías saberlo: con la muerte de Cicerón, se hizo justicia y tu pacto con Durga expiró. Al principio no lo entendí, pero luego estaba claro. Tú mismo lo dijiste: “el ejército de demonios será tuyo hasta que el último de los traidores caiga en desgracia” —dijo May recuperando la espada Jian y posándose a su lado—. Con Cicerón, el último de los traidores desapareció de la faz de la tierra y con él, tu ejército de demonios.

Shojuko, entre temblores, se quitó el casco y lo tiró a un lado, mostrándose como la emperatriz Yin, y la miró extrañada.

—Sí, Cicerón —afirmó después con una sonrisa extraña—. Ese perro traidor siempre anduvo baboso, quería alcanzar la luna para mí y acabó cortándose el cuello. Huyó el muy miserable, no pude acabar con él. ¿Lo has matado tú? ¿Cómo sabías lo que pasaría?

—No fui yo quien acabó con su vida, pero lo comprendí cuando vi a tus demonios convertirse en cenizas. Por eso no le atacaban, debía sobrevivir. Muertos los traidores, cumplida la venganza, las almas en pena regresarían al hielo eterno de donde procedieron. Y así ha sido.

—Pero no puede ser... Orton, el oso Orton... vive.

—Orton se quitó la vida, no pudo resistir el dolor de su condena en vida.

La emperatriz Yin asintió, comprendiendo. Y volvió la mirada sobre May, con pena.

—Tú que eres la heredera legítima de mi imperio. ¿Por qué me haces esto? Dices que abracé el mal, que en un demonio me convertí... Pero el mal había vencido, todo el esfuerzo por acabar con las guerras del Imperio había sido en vano. ¿Qué se esperaba de mí sino venganza? Cuando descubrí que estabas viva traté de recuperarte, pero era tarde. Cuanto más me acercaba a ti, más te alejabas: la temible Durga te ocultó para acabar conmigo.

—Durga me protegía de tu locura.

La emperatriz miró con cierta templanza a May.

—¡Que extraños y caprichosos que son los designios de los dioses! —exclamó—. Caprichos que convierten la flor en fruto, tal cual como el fruto se pudre y esparce sus semillas para engendrar una nueva vida. Todo lleva su tiempo y mi tiempo termina. ¿Puede el mal engendrar el bien, hija?

Después escupió un golpe de sangre y asintió, para sonreír.

—La maldita Durga no puede permitir que reine el mal —continuó—. Te escondió, alimentó tu ira y ahora, aquí estás para darme muerte. Tú llevas mi sangre, pero también la de tu padre y eso te hace más fuerte. Sí, eres un auténtico dragón; poderoso, humilde... Ningún demonio podrá con tu alma.

—¡Mátala! Eres dragón, el mal ha de ser extirpado —escuchó May en lo más profundo de su ser, en su mente, como una voz salida de la nada.

No quería. Pero su cuerpo se posicionó lentamente y alzó la espada Jian, dispuesta.

—Hija, no, no me mates, no —susurró la emperatriz cerrando los ojos lentamente.

La mortal estocada no halló destino, la punta de la espada se hundió en tierra.

May miró al cielo y vio un tremendo relámpago cruzar por encima de ella.



—No, no te mataré. Shojuko ha muerto y su ejército de demonios regresó a los hielos eternos, el mal ha sido vencido. La emperatriz Yin vive —aseguró y se agachó para tratar de reincorporar a su madre.

Entonces vio que la herida del cuello de su madre sangraba; la vieja herida que le diera muerte hacía tanto, en las Montañas Sagradas, regresaba. Al igual que los golpes y cortes sufrido en su cuerpo y cara. Y la emperatriz comenzó a agonizar gimiendo entre espasmos de pena y dolor.

—¡Madre! ¡Madre! ¡No! —gritó May.

Entonces apareció la anciana de negro total, la vieja bruja. Paseaba con cierta parsimonia entre los restos de la batalla con la mirada fija en ellas. May pudo ver que, conforme se acercaba, rejuvenecía hasta transformarse en una joven muy hermosa, de largos cabellos blancos. Se posó ante ellas, descalza, y estiró el brazo abriendo su mano y meciéndola como si acariciara su alma y entonces, con un brusco movimiento, cerró el puño y recogió el brazo.

La emperatriz Yin giró la cabeza de golpe, como si le partieran el cuello, y cayó de bruces; su cuerpo comenzó a volatilizarse convertido en cenizas.

—¡No! —gritó May y dos lágrimas rojizas rodaron por sus mejillas—. ¿Por qué?

Aquella mujer la miró seria y alzó la vista al cielo, siguiendo la estela de las cenizas.

—Tú la mataste al arrebatarle su poder, el cual la protegía de las fatales heridas del pasado. Así decidiste su destino y el tuyo —contestó.

Luego le dio la espalda y se alejó entre los muertos conforme el búho nival la sobrevolaba.

—¡Espera! —exclamó May, como pidiendo más explicaciones.

La mujer se volvió. El búho blanco desapareció en la alturas conforme el cuervo negro surgía volando raso hasta alzarse sobre su hombro.

—Buscabas venganza, pero impartiste justicia. Serás una gran reina; mas estate atenta, el mal no descansa nunca — dijo la hermosa mujer y se alejó perdiéndose en la nada, difuminándose a cada paso que daba entre la niebla que apuntaba el nuevo día.



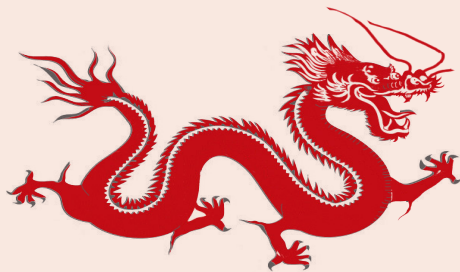
EPÍLOGO

Tras la gran batalla entre el bien y el mal, pasaron largas jornadas de duelo y llanto antes de que la luz lo invadiera todo de nuevo. Llegaban tiempos de nuevas y reformas, de alegría y apertura: el Imperio de Oriente recobraba sus libertades, el mal había sido vencido y erradicado. Las tropas de mercenarios del general Cicerón regresaron a Occidente, sin general; mientras el ejército de los pueblos de Oriente tomaba cada bastión del general Shojuko sin oposición alguna, sin batalla ni lucha, en nombre de una legítima heredera. La fortaleza imperial, derruidos sus muros, volvió a lucir como el palacio que un día fue con sus jardines y lagos de cisnes. Lo único que permaneció de la época del general Shojuko fue la Guardia Negra, la cual y bajo el mando de Roka ahora tenía a una nueva emperatriz a la que servir y guardar, aunque no llevaban máscaras de calavera.

Distante de cuanto acontecía en palacio, May se encontraba lejos, con el cabello rapado, vestida de retales y pieles, con un morral al hombro y su espada Jian a la espalda; en una profunda gruta, acompañada por un enorme oso pardo, el cual dormitaba resoplando cada ronquido que daba. También estaba allí un cuervo negro, que audaz revoloteaba y retozaba sobre el peludo lomo del oso. Sentada al calor de una hoguera, entre el baile de sombras que desprendía el fuego, pensaba

en el maestro Coy y en la dulce Ba-Ghan. Por las noticias que le llegaron antes de salir de palacio, supo que el maestro había logrado recuperarse por completo; bueno, las heridas de la mordida de aquel engendro le recordarían por siempre, con una ligera cojera, su singular lucha contra el mal. May también recordó con nostalgia a la afable Sasha, a la pequeña Yan Yan y el delicioso aroma de su local de almuerzos, tan ricos. De inmediato, su mente voló hacia aquel joven artista y luchador que le brindó tanto cariño, Jotko. En algún lugar del camino andaría, pues ya hacía un tiempo que partió a tierras de Oriente en su busca. Sonrió con cierta malicia. ¿Cómo olvidarle si estaba presa del mal de amor? Se alegraba tanto de que hubiera sobrevivido. En su vida solo había pedido un deseo y fue a una estrella fugaz: que encontraran a Jotko con vida. Durga, la vieja bruja, la había escuchado. Así debía de ser, seguro. Un día volvería al reino de Azahar, su corazón le indicaba que allí tenía una vida esperándola. Sí, pero ahora necesitaba visitar las Montañas Sagradas, deseaba pisar el valle de Shambala y conocer el Templo de Brahman, hogar del Dragón Blanco; allá donde habita el tigre blanco y donde la divina Durga no es temida, sino venerada. Tenía tanto que aprender. Y sí, ella era la legítima heredera de aquel trono devorado por la oscuridad del mal, por el que tanta sangre se vertió durante décadas. Ella debía ser emperatriz, pero no. Al fin y al cabo, su hermana Kun había sido educada durante toda la vida para ser la emperatriz de un imperio y ella había nacido para ser guerrera y combatir los demonios de la oscuridad.

FIN



红龙

Tai chi chuan, el arte del Dragón

